
SS
SERVICIO SECRETO
DONALD CURTIS
ETERNA ES LA NOCHE

DONALD CURTIS

ETERNA ES LA NOCHE

1ª EDICIÓN
SEPBRE. – 1958



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
506. — Póker Negro. 580. — Espuelas de oro. 552.— El jinete del arco iris.

En Colección SERVICIO SECRETO:
415. — Un centavo por mi piel. 418. — Moriré mañana. 421. — Al margen del terror.

En Colección BUFALO:
211. — Viaje hacia la muerte. 243. — El hombre del Sudoeste. 250. — Pasaje al Oeste.

En Colección PANTERA:
8. — La carga de Llano Rojo. 35. — Rancho "Perdición". 43. — Destino: muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:
6. — Quebrada de Trueno. 86. — Las manos de Nolan. 115. — Una cuerda para Logan.

En Colección CALIFORNIA:
45. -- Murió en Sacramento. 57. — La fama de Lee Barnes. 61. — Violencia en los Glaciares.

En Colección COLORADO:
22. — La herencia de Caín. 47. — La dama de Santa Fe.

En Colección KANSAS:
7. — Doctor "Colt".

Eterna es la NOCHE

por DONALD CURTIS



CAPÍTULO PRIMERO

—Mark Scott. Dado de alta…

Le tendieron una tarjeta azul con un sello. Encima de la tarjeta, brillaban unos gruesos cristales. Detrás, unos ojos fríos e impersonales, como todo lo de aquel lugar. El azul parecía más intenso en la cartulina, contrastando con la blanca bata del hombre que se lo tendió en la ventanilla.

Se apartó del hueco. El hombre nombró a otro. Y le dio otra tarjeta azul. Pero eso ya no le importaba al hombre que caminaba hacia la salida del largo corredor blanco, pisando firmemente el suelo embaldosado y pulcro. Era su tarjeta la que contaba. Su tarjeta azul.

Dado de alta… Eso habían dicho. Ya podía volver a la vida.

¿Qué vida?

Eso estaba por ver aún. Se retuvo en otra ventanilla. Allí mencionaba algo sobre tarjetas azules. La entregó sin decir palabra y el funcionario la examinó. Luego, le sonrió pidiéndole sus documentos personales.

Rebuscó torpemente en los bolsillos de su chaqueta… Estaban en alguna parte, sí. El doctor Scoffield se los había entregado, precisamente aquella misma mañana…

Ah, ya habían aparecido. Tendió una tarjeta metida en una funda de material plástico transparente. Un documento de trabajo, en el que aparecía una fotografía, un nombre. Era el suyo. Tenía que ser suyo, claro. Porque si no, ¿de quién iba a ser?

—Mark Scott —leyó el hombre—. Mecánico especializado en material de guerra. Veintiocho años. Casado. Ojos grises, pelo castaño. Bueno, eso parece coincidir, ¿eh, muchacho? Lo demás… Dios dirá.

—El doctor Scoffield dice que todo va bien —logró decir lentamente el hombre.

—Vaya, amigo, lo celebro —y parecía decirlo de verdad, a pesar de que seguramente el tipo diría lo mismo a cien o doscientos más cada día—. Alan Scoffield es algo muy serio en estas cosas, pero a veces… Ya sabe usted que no siempre hay suerte ni éxito.

—Sí, claro —no añadió más, porque tampoco se le ocurría nada. Todo eso le molestaba. Estaba deseando dejar aquel lugar, volver a… adonde fuera. Pero salir de allí sobre todo.

El hombre de la ventanilla, en cambio, no tenía prisa al parecer. Ahora, después de devolverle la tarjeta de identidad laboral, estaba leyendo su tarjeta azul. Recitó en voz alta, como si él no lo supiera ya y tuviera que leerle su caso:

—«Accidente de tráfico. Graves quemaduras y heridas, con fuerte *shock* traumático. Total desfiguración facial. Pérdida de memoria. Intervención quirúrgica lograda. Amnesia completa que irá curándose paulatinamente o tal vez de golpe, por efectos de otro *shock*. Alta definitiva. Hospitalización perjudicial. Reclamado por su esposa».

Una pausa. Le miraba como si fuese un bicho raro.

Posiblemente lo fuera, con aquellas vendas cubriendo todavía su rostro. De todos modos, le molestaba también la mirada. No le agradó el aire compasivo de aquel hombre.

—Amigo, de buena se libró —comentó, empezando a mostrar algo de actividad—. ¿Y todavía no recuerda nada de lo anterior? Yo creí que eso sólo ocurría en el cine, en las novelas. Mi mujer dice a veces que…

—¿Quiere darme mis cosas, por favor? —se sorprendió de la dureza de su voz. No acostumbraba a hablar a nadie así. Acaso porque hasta entonces, dentro de aquel establecimiento, había sentido el natural complejo de inferioridad de quién se sabe en manos de los demás, a expensas del ajeno esfuerzo por salvarle de algo horrible. Ahora era diferente. Estaba libre. Dado de alta, decía aquella tarjeta azul. ¿Por qué un charlatán estúpido tenía que retenerle allí, contándole los chismes de su mujer? Sin embargo, advirtió la expresión abatida del otro y agregó con más suavidad—: Perdone. Es que tengo prisa…

—Comprendo —la sonrisa ahora estaba llena de simpatía, de solidaridad—. Le estará esperando su mujer, su hogar… Perdóneme usted a mí, señor. Enseguida le doy sus cosas…

Se apartó de la ventanilla. El hombre llamado Mark Scott, aquel alto joven de veintiocho años, cabellos castaños y ojos grisparduzco, se quedó inmóvil, con la vista perdida en el largo panel de cristal esmerilado donde se abría la hilera de ventanillas.

¡Su mujer, su hogar! No había pensado en eso hasta ahora. En realidad no había pensado en nada de cuanto le aguardaba allí fuera, al otro lado de la puerta de cristales. Y por primera vez, al pensarlo, sintió miedo. Miedo a nada y a todo a la vez.

Era ridículo asustarse, precisamente de aquello que tanto había deseado, pero jamás como en ese momento había comprendido lo solo y desamparado que iba a estar de allí en adelante. Porque él había tenido hasta entonces a los demás para guiarle. Ahora, acaso ya no tendría a nadie.

Había una mujer, sí. Una mujer llamada Violette, en algún lugar, allá afuera, aguardándole. Aún recordaba el nombre de aquella mujer, porque eso pertenecía al presente, ya que el doctor Scoffield le había mostrado el telegrama donde ella anunciaba su llegada a la ciudad, respondiendo a la llamada que por radio hiciera la institución clínica donde había sido internado, a raíz del accidente. Pero ahí terminaba todo. ¿Cómo era ella, cómo era su casa, la ciudad, todo lo que iba a ver ahora?

—Sus cosas —dijo el hombre, tendiéndole una bolsa de material plástico, que vació sobre el mostrador—. Compruebe a ver si están todas las que llevaba encima cuando llegó aquí y…

Entonces se dio cuenta de su situación, y enmendó, azorado:

—Oh, perdone. Me olvidaba de que su caso es diferente. Usted *no puede* recordar lo que llevaba entonces. Es una frase tan mecánica ya… Pero le garantizo que está todo.

—No lo dudo, gracias —dijo sordamente, sin mirarle. Sin mirar otra cosa que aquellos objetos, alguno de los cuales acaso le diría algo, daría un resquicio de luz a su cerebro en tinieblas.

Utilizó la mano izquierda. La derecha aún estaba vendada y no podía manejarla bien. Tomó un reloj de pulsera con cadena de metal, parado a las dos y diez, con el cristal roto y el metal niquelado con abolladuras en varios sitios. Un paquete de cigarrillos emboquillados, de marca no muy popular. Un encendedor con dos iniciales: M.
S. Un

libreto de cerillas con el nombre de un ave exótica y el dibujo de la misma, en azul, debajo. Un billete de ferrocarril, unido a unos billetes de cinco, dos y un dólar, con un clip dorado bastante nuevo. El billete era de segunda clase y marcaba el trayecto Pitsburg-Chicago; los dólares sumaban exactamente cincuenta y tres. Unos guantes de piel color canela, ribeteados en color más oscuro. Un llavero de cuero, con seis llaves Yale y una más reducida, de tipo no plano. Un pañuelo nuevo, sin doblar, con las mismas iniciales, M. S. Una
carterita o billetero, sin dinero dentro, y con unos sellos postales de escaso valor, la fotografía de un hombre de aspecto físico, similar al suyo que acaso fuera él mismo, con un fondo de talleres, chimeneas humeantes y tinglados. Un camión acababa de pasar ante el objetivo, y aún se veía su parte posterior al fondo, con dos letras borrosas por el movimiento, visibles sin embargo en la carrocería: DE… o BE, eso no estaba claro. Pero la fotografía no tenía anotaciones o fechas. El hombre, que acaso fuera él mismo, vestía «mono» oscuro y camisa blanca debajo.

No había nada más. Algo tintineó al final, un anillo de oro, delgado y ligero. Examinó su interior. Se habían grabado letras y cifras en la estrecha banda de metal: «*a M. S., de* V. *F.* 1955».

Se puso el anillo en el anular correspondiente, y encajó bien. Después de todo, era suyo, ¿por qué no había de estarle bien? Pensó esto mecánicamente, mientras se guardaba todas las pertenencias en sus bolsillos, y despidiéndose con aire distraído del hombre de la ventanilla, se movió pausadamente hacia la salida del establecimiento sanitario.

—¡Buena suerte, y que sane pronto, señor Scott! —Sonó a sus espaldas la voz del empleado.

No contestó. Seguía avanzando hacia el exterior, hacia el retorno a la vida. Un retorno difícil, oscuro y lleno de incógnitas terribles. Un retorno a medias, puesto que algo en su cerebro se encerraba en sí mismo, se ocultaba donde no podía llegar la luz del recuerdo y de la consciencia, para velarle el pasado, su pasado y el de los seres con quienes tenía que encontrarse de nuevo por lógica ley de vida.

«Que sane pronto, señor Scott… Que sane pronto, señor Scott…». Repetían ecos lóbregos y cada vez más lejanos, bajo la bóveda de su cerebro, acompañándole burlonamente a la salida del

establecimiento sanitario. ¡Sanar pronto! Eso significaba algo claro, preciso, contundente. No era un hombre sano, no era un ser normal el que volvía a la calle, a la vida, fuera de los blancos corredores, lejos del olor a desinfectantes, de las batas impolutas y las luces crudas, lechosas. No sólo por la imagen que de su rostro le devolvían los espejos y paredes esmaltadas, brillantes y bruñidas. No únicamente por aquella masa de vendajes que, cubriendo su cabeza, le convertían en un curioso monstruo, con dos brillantes ojos gris-parduzco, asomando su vivacidad y su desconcierto por detrás del entramado de vendas que surcaban su faz, invisible salvo en sus formas generales.

No era normal, porque cuando pudiera quitarse los vendajes y descubrir el nuevo rostro que el doctor Scoffield había logrado crear sobre la informe masa de carne abrasada y herida por el accidente, estaría contemplando una cara desconocida. Tan desconocida como si el bisturí no hubiera penetrado en ella, y la maravilla actual de la cirugía plástica no hubiese logrado el milagro de dotarle de un rostro que su accidente borrara cruelmente. Su mente, sus recuerdos, la memoria que había de llevar las sensaciones del pasado, no funcionaban. Su pasado era una hoja en blanco. Sin evocaciones, sin impresiones, ni imágenes. Sin nada…

Sólo sabía que era Mark Scott, que estaba casado con Violette Scott, de soltera Farr. Que había residido alguna vez en Pittsburg y que algo o alguien le llevó a Chicago, donde un coche le había atropellado, destrozándole físicamente, y salvando la vida por puro milagro. Esto último lo sabía por el doctor Scoffield y sus ayudantes. Pero nada más conocía por su directa y propia experiencia. El pasado no existía. De él, ni siquiera quedaba ya un rostro familiar a cualquiera. Porque ese rostro había sido cambiado, sus facciones alteradas, para borrar las huellas tremendas del siniestro sufrido y para devolverle la normalidad a su cara. Esto no sería posible saberlo hasta algunos días después. Y él estaba dispuesto a prolongar esos días lo más posible. Porque ahora, una mujer, *su mujer*, le esperaba. Y ella no debía saber… No tenía por qué enterarse de todo… hasta que fuera absolutamente preciso e inevitable. Cuando estuviera preparada para sufrir un golpe así. El propio doctor Scoffield le había dicho, al despedirse de él horas antes:

—Escuche usted, Scott. Su estado es ya clínicamente satisfactorio. Bajo esas vendas que ahora cubren su rostro, las cicatrices de la operación sanan rápidamente, y pronto apenas si quedarán unas leves líneas, recuerdo de los puntos donde el bisturí ha creado un nuevo rostro. Por ese lado, no hay dificultad alguna ya. Pero piense en su esposa, muchacho. Ella no está preparada para ver a un marido que ha cambiado su cara, y será un golpe muy fuerte… porque yo no he tenido valor para comunicárselo. Cuando me ha llamado telefónicamente desde Pittsburg, le he aconsejado que es mejor que le lleve a usted con ella a su vida y ambiente normales, para ver si ello contribuye a devolverle la memoria. En casos así, un simple *shock*, la impresión de algo vivido en el pasado que se nos oculta tan obstinadamente, basta para crear la reacción precisa, y se recuerda todo de pronto, con la mayor claridad. En otros casos, los recuerdos fluyen paulatinamente, poco a poco, hasta reconstruir el pasado como un rompecabezas cuyas piezas tenemos dispersas. Sólo le pido una cosa, Scott: paciencia, fe y serenidad, para aguardar el momento de revelarle a su esposa la verdad completa. Para ella, tenga usted en cuenta que será algo así como enfrentarse con un desconocido, con un hombre nuevo e ignorado…

«Un hombre nuevo e ignorado… un desconocido…». Seguían resonando, como devueltas por mil sonoros y profundos ecos, las palabras, bajo el cráneo de Mark Scott, el hombre que volvía a la vida. Una vida de la que ni siquiera sabía nada, de cuyos seres y criaturas lo ignoraba todo… Absolutamente todo… excepto el nombre de una mujer, una desconocida perfecta para él: su mujer, Violette.

Apareció la puerta de grandes vidrieras, y al otro lado la calle. Empujó aquellas grandes hojas de cristal grueso, con cierto temblor ansioso, emocionado. Respiró, tomando aire. El aire de la tarde era fresco, vivificante. Se respiraba un nuevo clima en el exterior. Bajó los escalones aspirándolo a pleno pulmón, emborrachándose de un oxígeno sin olor a desinfectante y a éter. Un aire que olía a ciudad, a multitud. Pero que era extrañamente puro, al lado de aquel otro que se respiraba dentro del blanco establecimiento.

Se detuvo en mitad de la acera, mirando en derredor con cierto aire torpe y vacilante. Las luces empezaban a encenderse en escaparates, luminosos y faroles de alumbrado tratando de

ahuyentar la profunda sombra azul del atardecer. Un alto rascacielos, frente a él, formaba chaflán. En su torre, una esfera luminosa señalaba la hora: las seis y media de la tarde.

Puso su reloj a compás de aquél, y le dio cuerda. Funcionaba bien, a pesar de sus quebrantos. Comenzó a caminar, sin prisa, dejando atrás el *loop*. El aire de la tarde llegaba con olor a humedad, y el azul sucio del Lago Michigan, sobre el que reptaba el humo de los remolcadores, barcazas y vapores, reflejó las esferas luminosas de las farolas de alumbrado de los *docks*, frente a él.

La gente, al cruzarse con él, le miraban como podrían haber mirado a Frankenstein, si caminase por la calle. Mark, elevando su mano, rozó las anchas franjas de tela y grasa que cubrían su rostro, y recordó que su aspecto físico no distaría mucho del de cualquier monstruo de la pantalla.

Una curiosa sensación le hormigueó. ¿Por qué tenía que recordar, tener noción de todas esas cosas, serle familiares las gentes, sus caras, sus precipitados y activos pasos, los escaparates que empezaban a iluminarse, los luminosos que parpadeaban, reflejándose en el gris espejo de las aguas del lago, todo en definitiva, y en cambio él mismo era para sí un perfecto desconocido, un ser con la mente en blanco y el futuro pendiente de los demás, de cuánto los demás humanos hicieran en su favor, para mantenerlo en la comunidad humana y no expulsarlo como un paria?

De pronto, se detuvo, rígido, con una inexplicable sensación de pánico, de temor absurdo pero inevitable. Alguien se acercaba a él, a sus espaldas. Un rumor de carreras, de pisadas precipitadas sobre el asfalto, le llevó una congoja terrible, inaudita. Primero permaneció clavado en tierra, luego pensó en correr, en huir lejos, en escapar de aquellos pasos que iban hacia él…

Dominó todas aquellas extrañas y desconcertantes sensaciones y se volvió poco a poco hacia el origen de aquella carrera. Vio a lo lejos las letras luminosas, blancas y azules, de un edificio recto, elevado y geométricamente frío: «MEDICAL CENTER». De allí procedía él. Y alguien más; una mujer que venía hacia donde él se encontraba ahora.

—¡Mark, Mark, espérame! —gritó ella, con voz clara y potente.

Algunos transeúntes, extrañados, se detuvieron y la miraron a

ella. Luego, volvieron a él los ojos. Scott se sentía violento, desconcertado. ¿Quién sería ella? ¿Por qué corría hacia él y le llamaba por su nombre?

—¡Espera, Mark, por amor de Dios! ¡Soy yo… Violette! —añadió ella, en un grito.

¡Violette! Sin darse cuenta de lo que hacía, Mark Scott se encontró con un cuerpo femenino en sus brazos, sintió contra sí la presión de la mujer, y bajo la tela del vestido la piel cálida y tersa de una figura juvenil, estremecida por la emoción del encuentro.

—Violette… —musitó roncamente, sin saber qué más añadir. Por eso repitió—: Violette…

—¡Oh, Mark, Mark, cuánto he deseado este momento! —gemía ella, sin alzar el rostro, sin importarle nada la gente que les rodeaba entre curiosa y divertida—. No he podido llegar antes, debiste aguardarme en la puerta de la clínica… De no ser por tus vendajes, tu modo de caminar, y lo que una enfermera del vestíbulo me dijo, no hubiera dado contigo. ¿A dónde ibas?

—No lo sé —y pensó para sí: «¿Es que iba a alguna parte?». Agregó—: Está todo tan confuso aún. Violette… no recuerdo nada… Absolutamente nada… No sé si Scoffield te ha…

—Claro que me lo ha dicho, Mark. Y en mi encontrarás comprensión, fe… paciencia —ahora sí levantó el rostro hacia él, y al comprobar que un cerco de curiosos se espesaba en torno de ellos, le tomó de la mano y avanzó en dirección inversa, de nuevo hacia el centro médico, hablando con rapidez—: Vamos, Mark, tengo un coche esperando. Es de un buen amigo, me ha ayudado para llegar aquí. Ya sabes que nuestro coche hubo que venderlo y… Bueno, no, tú no puedes saberlo ya, porque no recuerdas nada… Perdona si olvido esto con frecuencia, pero es algo tan anormal, tan… tan singular, que no logro habituarme a ello…

Mark Scott no respondió. Estaba pensando. Pensando en Violette, en su mujer. Era aquella muchacha que le tomaba la mano, como un lazarillo y le llevaba nuevamente atrás, frente al *Loop* y su iluminada esfera. Violette era una criatura hermosa, joven, llena de vida y de encantos. Su cabello rojo, sus ojos del color de su nombre, un lila extraño y profundo; su boca roja, carnosa, su naricilla breve, respingona. Su delicada figura juvenil de esbeltas líneas, sólo quebrada en las curvas suaves de su busto y caderas. Hermosa,

joven y de sencilla elegancia. Así era Violette. Pero su naricilla temblaba, estremecida de pasión, demostrando que también era cálidamente sensible, posiblemente apasionada y de dulce carácter. Y era su mujer. Una mujer a quién no recordaba haber visto jamás… pero que llevaba su mismo nombre y había ido a Chicago a esperarle a él…

—Violette, ¿estás segura de que debo regresar allí… en mi estado actual? —preguntó Mark, pensativo.

—Naturalmente. ¿Qué tonterías se te ocurren, Mark? —Ella le miró con asombro—. Has de regresar. Yo te ayudaré a ser de nuevo lo que eras, a volver a la normalidad. He logrado emplearme en casa de los Seyler y… Oh, tú ya no sabes quién es Seyler, volví a olvidarme de eso. Bueno, cuando estés otra vez allí, todo será distinto. Recordarás cuánto eras y cuánto viviste. Tiene que ser así, estas cosas de amnesia son momentáneas, fugaces…

Mark no respondió. No quería quebrar los optimistas pensamientos de Violette. ¿Para qué? En realidad, él también necesitaba de tales optimismos, si no quería desesperar y llegar incluso a aborrecer la vida. Porque su situación era terrible, la peor que podía sufrir un hombre. Ser un desconocido para sí mismo… y serlo, después, para los demás, el día que le arrancasen las vendas de la cara y viesen que su rostro no era el mismo ya…

Por cierto que Violette, ahora, le miraba angustiadamente los vendajes. Mark respiró hondo, eludiendo la observación de la muchacha. Ella le preguntó:

—Mark… Sé que han tenido que hacerte algunas curas. El doctor, por teléfono, me dijo que tendrías que ir vendado algún tiempo, para que cicatricen las heridas. ¿No… no has sufrido deformación, no has sufrido mutilaciones o…?

—Estate tranquila, querida —sonrió bajo las vendas, y sus labios hicieron distender las tiras de gasa. Pero no quiso mentir y dijo ambiguamente—: Cuando me quite esto, seré un hombre como los demás, no habrá mutilaciones ni cicatrices…

Ella pareció aliviada por su sinceridad. Pero bajo esa aparente sinceridad, se escondía la mentira. Violette no encontraría mutilaciones ni deformaciones… sino un rostro nuevo, el de un desconocido completo…

CAPÍTULO II

—¡Mark Scott! —exclamó el hombre sentado ante el volante de aquel «Daimler» azul turquesa, saltando a la acera y corriendo hacia él—. ¡No es posible, muchacho…!

Mark se quedó rígido. Había pensado en momentos así. En los instantes difíciles de ir encarándose con las personas que le conocían y a las que él no conocía en absoluto. Procuró recordar, crispó la frente en gesto profundo, tratando de concentrar sus recuerdos, pero todo fue inútil. No se acordaba de cosa alguna, no le trajo recuerdo ninguno aquel rostro rubicundo, afable y rollizo, bajo los rubios cabellos ralos, que empezaban a escasear, en alarmante proporción, pese a la juventud del conductor.

Violette intervino a tiempo, con acento suave:

—No puede recordar nada, ya te lo dije, Víctor…

—¡Oh, es cierto! —El muchacho se golpeó la frente con un palmetazo que casi hubiera derribado a un toro, pero a él no le hizo el menor efecto—. Perdona, Mark, pero casi lo había olvidado… Resultaré al final más amnésico que tú…

La broma era de mal gusto, y el muchacho así debió entenderlo nada más soltar la frase, porque se puso colorado, comenzó a mirar a cualquier sitio donde no estuvieran Violette ni Mark, y por fin fue ella quien resolvió diplomáticamente la embarazosa situación.

—Víctor, será mejor que nos vayamos de aquí. La gente no cesa de mirarnos… Mark, éste es Víctor Morrow, nuestro amigo de Pittsburg. Un gran chico, y buen amigo tuyo…

—Espero que la amistad esté por encima de los recuerdos, Morrow —dijo con cierta ironía Mark, tendiéndole su mano izquierda—. Sigo siendo su amigo, si lo fui antes…

—¡Amigos entonces, muchacho! —rió él, más aliviado. Y agregó —: Vamos a sitios menos concurridos, Violette. Tienes razón, parecemos un espectáculo…

—El espectáculo soy yo solo, Víctor —dijo secamente Mark Scott, metiéndose en el coche sin esperar a más—. ¿Ha traído de Pittsburg a Violette?

—Claro. No tenía precisión urgente de venir, pero cuando Violette pide algo, no hay quien se lo niegue, ya lo sabes… Bueno, supongo que lo sabrás y…

Dándose cuenta de que cada vez estropeaba más las cosas, se metió en el coche. Violette sonrió, comprensiva, haciéndolo junto a Mark, en el compartimiento de atrás, y el «Daimler» partió a toda velocidad hacia el centro de la ciudad.

—¿A dónde, amigos? —dijo Morrow, volviendo su rostro rubicundo y jovial.

—A cualquier sitio poco frecuentado —dijo Mark. Se reclinó en el asiento, suspirando cansadamente, y añadió—. Necesito aún cierto tiempo para habituarme a todo esto… y no sentirme como desnudo, bajo las miradas de la gente.

—Tendrás todo el tiempo que quieras para eso, Mark —aseguró ella suavemente, reclinándose sobre su hombro—. Yo sé esperar y sé cuál es mi deber contigo, querido…

Mark la estudió ahora con una mirada de soslayo, algo intrigado. Había una cosa extraña en la forma de hablar de Violette, pero no pudo descubrir lo que era, porque ella no volvió a hablar, manteniéndose silenciosa, recostados sus rojos cabellos en su hombro.

Ninguno de los tres ocupantes del coche pudo enterarse de que, en el momento de arrancar el «Daimler», un hombre salió de un establecimiento-droguería situado frente al «Medical Center», hizo una seña rápida, que atrajo a un coche color gris perla, parado media manzana más arriba, y entró en el mismo, diciendo brevemente:

—No pierdas de vista a ese «Daimler» azul, Doc. Ahí va nuestro hombre…

El conductor del automóvil gris asintió, lanzándose en persecución del coche de Pittsburg, a través del denso tráfico de la ciudad del lago Michigan, en aquel atardecer otoñal.

Ninguno de los tres ocupantes del «Daimler» se enteró de la persecución de que estaban siendo objeto.

Mark Scott terminó la taza de espeso y humeante café, mirando

pensativo a sus dos compañeros de mesa. Se sentía mejor, mucho mejor, a pesar de la ligera cena hecha en
«Michigan's»
frente a las luces cabrilleantes del lago, que temblaban ante ellos al otro lado de los grandes ventanales asomados a la bahía.

—Bien, Violette —dijo, sin saber concretamente por dónde empezar—. De modo que hemos de volver a Pittsburg, a nuestra vida habitual…

—Eso es, Mark. No podemos permanecer indefinidamente en Chicago, no nos es posible tampoco viajar, gastar en traslados constantes un dinero que no tenemos…

—Por eso no debéis preocuparos, Mark —intervino jovialmente Víctor Morrow—. Os puedo prestar algún dinero, aunque no sea precisamente millonario. Ya me lo devolveréis cuando todo haya vuelto a la normalidad, y Mark patente sus proyectados inventos…

Violette movió enérgicamente la cabeza de un lado a otro.

—No Víctor —denegó, resuelta—. No es mi propósito empeñarnos de ese modo, ni siquiera contigo. No viviría tranquila, y estoy segura de que Mark tampoco sería feliz. Hemos vendido las pocas cosas que podían proporcionarnos algo de dinero en efectivo para ir cubriendo gastos, y estamos decididos a arrostrar el futuro sin cobardías. Pero de eso a cometer insensateces, media todo un abismo. La lucha va a ser dura, más dura que nunca. Porque todavía no sabemos si Mark podrá encajar de nuevo en su antiguo empleo. Ha perdido la memoria, es un hombre nuevo y no sería extraño que hubiera olvidado su condición de mecánico especializado, y resultara completamente nulo para su empresa y hasta para sí mismo, en relación con sus inventos casi ultimados. Entonces, sería más grave el problema. Llegado ese caso, el peor de todos, no quiero tener más quebraderos de cabeza. Si en algún sitio puede curarse Mark, recordar el pasado y volver a ser el que era, es precisamente en Pittsburg, donde ha vivido y trabajado últimamente.

—Está bien, Violette, tú sabes mejor que nadie lo que os conviene —admitió Morrow—. Pero en cualquier caso, sabéis que estoy a vuestra disposición para todo lo que de mí dependa.

—Gracias, Víctor —ella le apoyó una firme mano afectuosa sobre su brazo—. No será fácil olvidar una oferta así, en estas

circunstancias nuestras…

Mark no había despegado aún los labios. Se limitó a escuchar, y sólo una vez pareció a punto de hablar. Pero se abstuvo, esperando a que se hiciera el silencio, como ahora, y entonces intervino suavemente.

—Violette… Yo no sé aún si sabré adaptarme de nuevo a mi antigua vida, pero tengo conciencia de que conozco las maquinarias, los engranajes y mecanismos más complicados. Eso ya es algo. Puedo recordar el nombre de muchas piezas y su difícil aplicación, manejo o montaje, simplemente con pensar, con tratar de evocar el pasado… Es curioso que ocurra esto, ¿verdad? Lo demás, es como si no existiera, como si tuviese ante mí un velo. Sutil tal vez, porque a veces me produce la impresión de que voy a poder rasgarlo, de que mi mente logrará perforarlo con un rayo de luz, y acto seguido esa impresión se desvanece, y todo vuelve a estar como estaba.

—No debes torturarte ni forzar tu imaginación, Mark —dijo Violette con dulzura, mirándole intensamente—. Tenemos todo el tiempo de nuestra vida para recordar, para pensar y tratar de rehacer el pasado. Yo te ayudaré, Mark. Puedes estar seguro de que no te faltaré jamás al lado, por encima de todas las cosas…

Otra vez aquel tono extraño, inquietante y oscuro. Mark estaba seguro de que las palabras de Violette ocultaban algo, de que ella era normal porque se esforzaba en serlo, no porque realmente lo fuese. ¿Qué escondía, qué había tras aquel rostro encantador, juvenil y optimista, de serena belleza? ¿Qué había en su mente, en su corazón?

Sabía tan poco de ella ahora… como de sí mismo. Era horrible ver las cosas y, en cambio, saberse ciego, dando palos en la oscuridad para orientarse. La peor de las oscuridades, la más terrible de las cegueras, porque en ésta había luz en todas partes. Menos dentro de su mente, abismada en una noche sin fin y sin luces orientadoras, sometida al criterio y guía de los demás.

—Violette, por favor —se sorprendió al oírse a sí mismo, con aquel tono persuasivo, casi implorante—. Háblame de mi pasado, de nosotros, y de nuestra vida…

Era una pregunta absurda en labios de cualquier otra persona. Víctor mismo luchó un momento evidentemente, para adaptarse a

la rara situación. Violette, en cambio, demostró gran facilidad de comprensión para toda clase de trances inusitados, porque respondió:

—Sí, Mark. Lo necesitas. Perdona si no se me ha ocurrido antes. Te contaré todo lo que sé de ti, todo lo que nuestra vida tiene de importante…

Hizo una pausa, tratando tal vez de ordenar sus recuerdos. Luego, con la mirada perdida en el vacío, empezó a desgranarlos lenta y pacientemente:

—Te conocí en Nueva York, casualmente. Entonces, había ido yo allí a buscar empleo de taquimecanógrafa, y lo conseguí en una agencia de colocaciones, no demasiado buena ni prestigiosa. Tú entraste a buscar empleo un día. Mencionaron algo sobre tus puntos de vista políticos, no demasiado de acuerdo con los del Gobierno de los Estados Unidos. Pero parece ser que últimamente, tus simpatías nazis habían declinado bastante, y lograste un empleo, trabando amistad conmigo al mismo tiempo, puesto que yo atendía a los demandantes y te proporcioné impresos y todo lo demás, para solicitar el trabajo en unos importantes talleres metalúrgicos de Nueva York. De eso nació una buena amistad, me invitaste a comer contigo dos o tres veces y a ver unas funciones de ópera en el «Metropolitan», porque estabas solo en la ciudad y casi en el mundo, ya que aparte un primo hermano residente en California, no tenías otros parientes o familiares cercanos. Simpatizamos, y un día, de repente, me encontré con que la policía detenía a mi jefe, el agente de colocaciones, por ciertos negocios sucios realizados bajo la pantalla de su agencia. Me vi en la calle mientras a él lo encarcelaban, y a ti, por tu especialidad, te mantuvieron en la fábrica, a pesar de lo ocurrido con la agencia. Pero el sueldo era bajo, yo buscaba empleo y tú tuviste la peregrina idea de casarte conmigo, no sé por qué, pues ni siquiera habías llegado a hacerme el amor…

—Debía de ser ciego entonces —sonrió amargamente Mark, sin dejar de mirarla.

Violette se ruborizó intensamente y continuó:

—Bien, lo cierto es que fui tan tonta como tú y acepté tu oferta. Nos casamos, y tú obtuviste un empleo más importante en una Empresa de Pittsburg, por tu especialización en material bélico de

primera clase. Nos trasladamos a la capital de Pennsylvania, y allí has seguido el trabajo durante casi dos años. Has montado tu taller propio en casa, has logrado realizar algunas cosas útiles e ingeniosas de las que yo entiendo poco, y que aseguraste siempre que podías patentarlas y mejorar de posición. Últimamente trabajabas en otra cosa mejor aún, por la que te mostrabas entusiasmadísimo, aunque no me contaste nada de ella. Tienes tus apuntes en un librito, que por cierto no he logrado entender siquiera. Nuestra vida ha sido normal y monótona, Dios no nos ha concedido aún hijo alguno, y empezábamos a mejorar nuestro hogar y nuestros medios de vida, precisamente cuando ocurrió lo de la inspección política dentro de las fábricas, por ciertas filtraciones de origen extranjero que se rumoreaban.

La nueva pausa inquietó a Mark, que asistía profundamente interesado al relato de su propia vida, contada por su esposa. Apremió, algo tenso:

—¿Y bien? ¿Qué ocurrió entonces?

—Parece ser que tus antiguas simpatías nazis habían sufrido cierta desviación, pero también seguían siendo contrarias a tu país y a las ideas de tus conciudadanos americanos, Mark. ¡Oh, no sé por qué los hombres habéis de hacer siempre lo contrario de lo que es justo y normal, simpatizando con causas ajenas a vuestro propio bien! Pero eso no tenía remedio, y se te sometió a expediente. Tu condición de especializado, con acceso a las naves más importantes de la fábrica, parece ser que les hizo sospechar que pudieras ser espía, saboteador o algo así… Te vigilaban, te seguían los pasos.

—Sigue, Violette —dijo roncamente Mark.

—Así llegó la nota de Washington, firmada por el Gobierno Federal, reclamando para ti un aval de garantía que te permitiese seguir en el trabajo. Tú aceptaste a la fuerza esa imposición, y recordaste que en Chicago tenías un antiguo amigo de intachable conducta y prestigio, cuya garantía te podía abrir todas las puertas y terminar de una vez para siempre con aquel estado de cosas. Te fuiste de Pittsburg, después de una conferencia telefónica nocturna, con alguien de esta ciudad, que tú dijiste era tu amigo en cuestión… Y ya no supimos más de ti, a pesar de nuestros esfuerzos e investigaciones, hasta que un tal doctor Scoffield nos telegrafió tu presencia en su clínica, así como tu amnesia total, recomendando

un retorno a tu vida habitual, para sanar más rápidamente. Creo que ahí acaba la historia, Mark…

—¿Sabes el nombre de esa persona que ha de responder por mí aquí en Chicago? —preguntó tras un silencio Mark.

—Sí, espera… Una o dos veces le mencionaste. Parece ser que te debía algunos favores antiguos y estabas muy seguro de que te ayudaría en este caso. Era… algo así como Wilder… ¡Sí! Herman Wilder… Y dirigía la Sociedad de Productos Químicos Random, en Lincoln Park, eso lo recuerdo bien, porque lo anotaste delante de mí…

—Entonces, Violette, tenemos que localizar a ese hombre —dijo gravemente Mark—. Quiero hablar con él. Y si hemos de volver a Pittsburg, será preciso que llevemos su aval, ¿no te parece?

—No sé, Mark… He hablado con el gerente de tu empresa, y parece ser que, dadas las circunstancias de tu accidente, prescindirán de ese trámite en consideración a ti.

—Son muy amables, pero preferiría llevar el aval. Si mi filiación política no es demasiado clara para los Federales, un día u otro hará falta. ¿Qué opina usted, Morrow?

—Es posible que sea mejor así, puesto que estamos ya en Chicago —sonrió el joven rubicundo—. Además, acaso ese Wilder pueda ayudarte también, Mark. Él sabrá otras cosas de ti, que completarán la historia de tu vida, en tanto que sigues en el olvido…

Violette y Mark insistieron en pagar la cuenta de la cena, pero Morrow se negó, abonándola él. Después, salieron del local, subiendo de nuevo en el «Daimler», que arrancó a buena marcha en dirección a la parte alta de la ciudad, siguiendo la orilla del lago, por todo el iluminado bulevar.

En ningún momento pudieron imaginar siquiera que les siguiese de cerca un automóvil gris, sin nada peculiar en su aspecto.

La Sociedad de Productos Químicos Random resultó ser un gran edificio de piedra, situado en un cruce de la North Avenue, frente a los macizos de Lincoln Park. Sus grandes ventanales estaban apagados, sin señal alguna de vida, lo cual no resultaba nada extraño, dada la hora.

No obstante, Mark Scott y Violette entraron en el amplio vestíbulo del edificio, en tanto que Morrow se quedaba al volante,

fumando un cigarrillo y aguardando pacientemente a que estuvieran de regreso.

Un conserje de cabellos canosos y menudos ojillos agudos, que miraban algo estrábicamente, pero con astucia, les requirió desde el *comptoir*:

—Señores, por favor, ¿desean algo? Las oficinas están cerradas.

—Queríamos ver al gerente general de la Sociedad Random —informó escuetamente Violette, sonriendo al vejete de un modo que sólo una criatura como ella, con aquellos cabellos de purísimo color cobre, y grandes ojos sensibles podía hacerlo—. Sé que no es éste el lugar apropiado a la hora, pero se trata de algo urgente. Si pudiera usted informarnos sobre el lugar más factible para dar con él…

—¿Dice que es urgente, señorita? —El viejo, evidentemente, no pensaba que ella fuera la esposa de aquel amasijo de vendas animadas que iba a su lado, pensó con amargura Mark.

—Sí, bastante. Hemos de salir de Chicago mi marido y yo mañana mismo, antes de la hora de abrir las oficinas, y tenemos precisión de ver al señor Wilder antes de ausentarnos.

—Oh, el señor Wilder… —El conserje pareció defraudado, y Mark se preguntó si sería por el hecho de saber que la pelirroja damita era su mujer o por otra razón—. Entiendo, señora.

—¿Entonces, puede decirnos dónde encontrarle ahora o, por lo menos, buscarlo?

—Sí, eso puedo decírselo —una sonrisa singular curvó los labios del anciano, que siguió con mayor seriedad—: Claro, ustedes no pueden saber lo ocurrido, ya veo…

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —Se intrigó Violette Scott, mirando al conserje.

—En principio creí que preguntaban por el señor Robinson, el nuevo gerente de la Sociedad. Pero veo que buscan en realidad a Herman Wilder, el antiguo.

—Claro. Ignorábamos que hubiesen cambiado de gerente, en el plazo de unos días, que es lo que hace que mi marido se puso en comunicación con él, antes… antes del desdichado accidente que ha sufrido.

—No tenían más remedio que cambiar de gerente —sonrió de nuevo con raro aire el anciano—. A rey muerto, rey puesto, ¿no dice eso un refrán?

—¿Es que ha muerto Herman Wilder? —interrogó incisivamente Mark Scott, adelantando hacia el hombre su espantoso rostro vendado, en el que brillaban intensamente sus pupilas.

—Debí empezar por decirles eso, señores —asintió el conserje con gravedad—. Murió hace cinco días, precisamente aquí, estando en las oficinas, después de marcharse el personal. Se quedó solo en su despacho… y nadie volvió a verle tal como era.

—¿Sufrió algún ataque cardíaco? —interrogó, algo pálida, Violette.

—No, señora. La noche era calurosa, y debió asomarse al ventanal, en busca de un poco de aire fresco. Estos ventanales son peligrosos, ya sabe: antepecho muy bajo, una altura muy grande… Cayó a la calle. Lo demás, ya pueden ustedes figurárselo. Incluso a mí me costó reconocerle, tal como quedó sobre la acera.

CAPÍTULO III

El tren silbó en la noche, dejando atrás la gran ciudad del lago Michigan, con su gris amasijo de altos edificios, sus bloques cuadrados y homogéneos de viviendas o mataderos de ganado, que se repartían casi por un igual el amplia área de Chicago.

—Ha sido una pena que Víctor tuviera que quedarse para negocios en Chicago —musitó Violette, alzando los ojos de su revista ilustrada, para mirar al hombre que viajaba con ella en aquel compartimiento, el que era su esposo, aquel enfermo de rostro vendado y ojos fríos e inexpresivos, que a veces casi le resultaban extraños, distintos. Como todo en él. Agregó, suspirando —: El viaje en tren es demasiado pesado, Mark… Sobre todo para ti, que acabas de dejar la clínica.

—Estoy bien, querida —inició una sonrisa entre los vendajes que delimitaban la abertura de su boca—. Y será mejor volver cuanto antes a casa, a nuestra casa… y tratar de recordar entonces.

—Recordar… —Los ojos hermosos de la muchacha se perdieron con vaga expresión en las luces cada vez más distantes de la ciudad, al otro lado del cristal de la ventanilla—. A veces me pregunto si eso nos hará algún bien a los humanos. Es mejor olvidar, no conocer el pasado… ignorar aquello que nos duele y nos tortura…

—No te comprendo —la miró intensamente—. ¿Es que hay motivos ahora para eso?

—¿Motivos? —rió en tono bajo, pero con cierta aspereza—. Es curioso que tú me preguntes eso, Mark. Pero debo habituarme a esto, hacerme a la idea de que no eres el mismo hombre que estaba junto a mí.

—Yo quiero ser el mismo, Violette… porque lo soy en realidad. El blanco de mi mente me impide ver con claridad lo que soy y lo que fui. Pero nadie puede dejar de serlo, por el simple hecho de que no recuerde las cosas pasadas. Nuestro interior no cambia, nuestros

sentimientos y nuestro modo de ser *no puede* sufrir alteración por una amnesia.

—Es verdad… Tal vez, después de todo, me facilites las cosas al hablar así.

—¿Por qué, Violette? ¿A qué cosas te refieres? ¿Te he causado algún mal, tienes que reprocharme muchas cosas de ese pasado mío que ahora ignoro por completo?

—¿A qué hablar ahora de eso, Mark? Volvemos a casa. Es lo que cuenta por hoy. Deja que entonces, si es realmente necesario, hablemos de todo lo que haga falta. Todavía pienso en lo de tu amigo Wilder. ¡Qué horrible desgracia la suya!

—Sí… Y qué *casual* —musitó Mark, casi para sí.

—¿Qué quieres decir? —Ella le miró vivamente.

—Nada. Simplemente, que ha sido un accidente muy casual. Cuando yo sufro uno, y pierdo memoria y… bueno, estoy a punto de perder incluso la vida, Herman Wilder, un viejo amigo mío según parece, encuentra la muerte cayendo por la ventana de un rascacielos.

—No veo nada de raro, salvo la coincidencia de ambos sucesos.

—Exactamente lo que yo he dicho: que es casual. ¿Qué otra cosa iba a decir? Ni siquiera sabemos cómo murió Wilder. Tan sólo lo que aquel viejo conserje nos contó que un hombre, en su propio despacho, se asoma en busca de aire fresco una noche demasiado cálida y cae a la calle. Perfectamente natural todo.

—Espera, Mark, noto algo extraño en tu tono. Y no me refiero ahora a la voz que te suena entre las vendas, tan distinta de la tuya habitual, no. Estoy hablando de la forma en que has dicho eso. ¿Es que *no es natural*? ¿Ves algo fuera de lo corriente en eso?

—Siempre está fuera de lo corriente que un hombre de negocios se olvide de la altura del repecho de su ventana hasta el extremo de asomarse en busca de aire, de tal modo que su cuerpo venza el peso hacia la calle, en una zambullida de muerte. No sé, pero es inconsecuente, temerario y torpe, hacer lo que hizo Wilder, por mucho que le molestara el calor. Y un hombre torpe, temerario o inconsecuente, jamás llega a gerente de una importante industria.

—Estás hablando sobre puras hipótesis tuyas, Mark —objetó ella, inquieta.

—No puedo hablar sobre otra cosa.

—¿Y qué es lo que te llevan esas ideas a pensar sobre el asunto?

Mark iba a responder. Entonces pasó alguien por el corredor del vagón, como si buscara sitio en algún compartimiento. Estudió el que Mark y Violette ocupaban en su totalidad, y pareció a punto de resolverse por aquél. Era un hombre con camisa azul cobalto, corbata gris clara, sombrero negro y redondos ojos glaucos, sobre una nariz aguileña. Por fortuna siguió adelante, y Violette respiró aliviada, sonriéndole a su marido.

—No me gustan los compañeros de viaje —dijo—. Y ése tenía el aspecto antipático. Pero sigue, Mark, hablabas de algo sobre…

—Dejemos eso, Violette —pidió inesperadamente Mark cuyos ojos iban frecuentemente al corredor. Se acercó a la portezuela del compartimiento y echó la cortinilla, regresando junto a la muchacha—. Descansemos, querida. Creo que a los dos nos hace falta. En casa va a sobrarnos tiempo para hablar…

Violette comprendió que Mark no quería hablar. Esto era ya en él más normal que lanzarse a trazar aventuradas teorías sobre un hecho simple y accidental. Mark jamás había sido dado a especular imaginativamente, porque carecía bastante de inventiva y era un hombre frío, cerebral y mecánico, que nunca se dejaba arrastrar por simples vaguedades.

Evidentemente, muchas cosas habían cambiado en su marido, a raíz del terrible accidente que pudo haberle costado la vida.

Para Violette, aquello fue una nueva y terrible decepción.

En cambio, Mark Scott lo acogió serenamente, resignado en el fondo, porque no había esperado nada positivo tampoco de la prueba. Abandonó la última habitación de la casa, precisamente aquella repleta de tuercas, tornillos y toda clase de útiles mecánicos, que, según su mujer, era su gabinete de trabajo en las horas que su labor diaria le dejaban libres.

—Lo siento, Violette, pero no recuerdo nada. Absolutamente nada —repitió, abatido.

—¿No hay nada en esta casa que te sea familiar, que tu proporcione algo de luz? —insistió ella, dejando su sobretodo en el perchero del corredor, y avanzando hacia él con lentitud.

—No, Violette. Podría darte esperanzas y dármelas a mí mismo, diciendo que en algunos momentos creí ver algo conocido, cosas que me eran habituales y que me recordaban el pasado. Pero esto

no ha sido cierto en ningún instante, y sería tonto y cruel mentir.

—De modo que todo sigue igual… incluso en Pittsburg. Incluso en Pittsburg —repitió, como un eco dolorido. Después, hubo un silencio premioso, angustiado. Violette respiró con fuerza y avanzó hacia la derecha, abriendo la puerta de una reducida y limpia cocina esmaltada de blanco y amarillo claro. Ante la ventana que daba al jardincillo posterior de la vivienda, una alegre cretona color crema oscilaba con el aire del mediodía. Más allá, chimeneas humeantes y oscuras moles pertenecientes a las factorías e industrias metalúrgicas, llenaban con su gris sinfonía el panorama de Pittsburg, Pennsylvania.

Era un regreso doloroso y decepcionante. Había esperado mucho de aquel encuentro de Mark con su vivienda, con las cosas que le eran habituales. Ahora sabía que todo fue en vano. La memoria de Mark seguía sin funcionar. Su marido aún era un extraño en su propio mundo.

—Voy a preparar algo, Mark. Creo que algunas cosas de la nevera no se habrán echado a perder —dijo, tratando de ocultar sus ansias de romper en llanto, en sollozos desgarradores.

Mark Scott asintió y la dejó sola en la cocina. Era mejor no dificultar más las cosas. Regresó al alegre comedor de la planta baja, una de las primeras estancias donde entrara al llegar. Sentóse ante la ventana semicircular, bajo la cual corría un diván tapizado en pulcro naranja.

Meditando sobre su situación le encontró todavía Violette cuando entró con dos servicios de almuerzo en una bandeja. Mark tenía escaso apetito, pero todo resultó estar bien cocinado, y terminó completamente sus viandas, sonriéndole con cierto ánimo a Violette que intuía, más bien que apreciaba, las sonrisas o gestos del hombre del rostro vendado.

—Eres buena cocinera, Violette —dijo al fin, aprobadoramente.

—Gracias —le miró, realmente sorprendida, como si no lo hubiera esperado—. Jamás me lo dijiste, Mark. Creí que no te gustaba mi modo de guisar, sobre todo cuando supe que muchas veces preferías quedarte a cenar en la cantina de la fábrica en vez de venir a casa.

—¿Yo hacia eso? —Él entornó los ojos—. He necesitado perder la memoria para ser otro hombre, ¿eh? Tenía que ser un estúpido

para preferir otra cocina a la tuya, Violette.

—Eran muchas las cosas de los demás que preferías por encima de mí —dijo ella penosamente, alzando unos ojos extrañamente tristes—. Alguna vez recordarás todo eso y volverás a ello. Mark. Es inevitable.

—¿A qué volveré? ¿A la cantina de la fábrica… y qué más? —pidió él suavemente—. Violette, he observado en ti ciertas lagunas intrigantes, como si a veces quisieras decirme cosas de las que te arrepientes a tiempo y prefieres ocultarlas. Si he de reconstruir mi pasado a base de los informes de los demás, creo conveniente que me lo digas *todo.*

—De acuerdo —irguió la roja cabecita, solemne y determinada —. Es posible que cometa un error y que todo vuelva a ser como era. Pero eso no se puede evitar. Tú lo dijiste en el tren, Mark: los hombres son de un modo, y una simple amnesia no puede cambiar sus sentimientos y su mentalidad. Tendré que hablarte de Eva Boyle, del divorcio, de todo…

—¿Eva Boyle? ¿Divorcio? —Bajo las vendas se contrajeron los músculos; sus ojos brillaron, intrigados—. Vamos, sigue. No debes temer nada. Quiero tan sólo la verdad.

—La verdad sólo admite un camino, Mark. Decir las cosas como son. No voy a disfrazártelas —rió agriamente entre dientes—. Es gracioso que tenga que contarte yo a ti todo lo que me hiciste en el pasado, en este último e infernal año de casados…

—¿Infernal?

—Sí, Mark. ¿Qué esperas que sea para una mujer joven y enamorada como yo, el descubrimiento de la doblez de su esposo, de sus devaneos amorosos con otra chica, una mujer de la condición de Eva Boyle, con quién prefería pasar sus horas, llegando a casa a altas horas de la noche, alejándose de mí, enfriando nuestras relaciones hasta límites insospechados, y teniendo por fin que afrontar el dilema de la separación, tal como lo hablamos formalmente antes de tu viaje a Chicago?

—¡De modo que es un hecho nuestra separación!

—Sí, Mark. Benson, el abogado amigo nuestro a quién pronto conocerás de nuevo, había empezado ya a resolver los primeros trámites. Mi decisión es irrevocable, y el divorcio está en marcha. Nuestra vida en común es imposible, Mark. Está Eva Boyle y su

odioso grupo de amistades, está todo eso que te apartó de tus cosas, para meterte en enredos políticos otra vez, aunque ahora no fueran nazis. Y yo estoy harta de ser tu víctima. Querías saber la clase de hombre que en realidad eres, tu pasado y el mío. Ahí lo tienes; ya sabes cómo están las cosas entre nosotros. Arriba, encima de tu gabinete de trabajo, está tu alcoba. La mía también está arriba, pero en el ala opuesta. Ya te he dicho que la separación es un hecho, así que no debe sorprenderte…

—No me sorprende ya, después de lo que me has contado —dijo él con lentitud—. ¿Y quién es Eva Boyle en realidad? También tengo que saber eso, ¿no, Violette?

—Una rubia muy bella y poco escrupulosa, aunque se trate de hombres casados. Tiene un apartamento lujoso en Western Avenue, y amigos como Jeff Randall y Cyril Frankham, tan desocupados y estúpidos como ella. Por ellos la conociste, y por ellos ha ocurrido todo lo que te he dicho, Mark. Sin embargo, Eva es hermosa y desaprensiva. Era natural que te atrajese a su lado. Sé que irás a buscarla, y todo continuará igual.

—Iré a buscarla, es cierto. Pero no por lo que tú imaginas. Tengo que hablar con ella. Ahora soy un hombre que está reconstruyendo, pieza por pieza, su vida pasada. Cada elemento ha de encajarse en su sitio, hasta que tenga el cuadro completo, si no recupero la memoria jamás.

—Eso no puede ocurrir, Mark. Volverás a ser el que eras, recuperarás tus recuerdos.

—Es posible que sí… —Vagamente, sintiendo la absurda aprensión de que era vigilado por la espalda, giró de pronto sobre sí mismo, derribando la silla en que estaba sentado. Una sombra se proyectó un instante sobre el cristal, y luego se alejó. Mark gritó—: ¡Había alguien ahí fuera espiándonos! ¡No te muevas de ahí, Violette!



Le persiguió inútilmente.

—¡Mark, ten cuidado! —replicó ella—. ¡No hagas ninguna tontería, no puede ser nada serio…!

Pero Scott no la escuchaba ya. Había salvado a la carrera, con una agilidad impresionante, la distancia entre la mesa y el ventanal, que abrió de un tirón, saltando luego al suelo de grava del jardín.

Una figura corría, furtivamente, ocultándose en los setos. Bajo las vendas se crisparon los labios en dura sonrisa, y Mark corrió en diagonal, atravesó dos irriates, sin preocuparse de hollar las flores y plantas, y saltó sobre un seto relativamente alto, cayendo justamente a las espaldas del fugitivo.

Éste se revolvió, asombrado por la presencia del hombre caído de lo alto y al vérsele venir encima, gritó, angustiado:

—¡No, Tony, no me hagas nada…! ¡Soy Burke…!

Mark no se detuvo por eso. En primer lugar, ni siquiera conocía de nada a aquel Burke ni él se llamaba Tony. Cayó encima del intruso, aferrándole por las solapas. Descubrió unos redondos ojos glaucos, una camisa azul cobalto con corbata gris. Y el sombrero negro al caer por tierra, mostró su calva abundante, cercada de lacios cabellos negros, grasientos. ¡Era el hombre del ferrocarril Chicago-Pittsburg!

—Vamos, amiguito, me gustaría saber lo que hacías en mi casa ahora… —dijo secamente—. Y por cierto que vas a decírmelo, quieras o no… ¡Anda, y cuidado con hacer tonterías!

Le alzó como si fuera una pluma, a pesar de que utilizaba para ello la mano izquierda, sin mover la que tenía vendada. De ese modo, le condujo en vilo hasta la casa. Muy pálida e inquieta, esperaba Violette a la puerta de la alegre y pequeña casita cercada de jardines, del distrito residencial de Pittsburg.

—¡Mark! —exclamó ella, dando un paso adelante—. ¿Pero qué estás haciendo?

—¿Conoces a este tipo, Violette? —respondió Mark con una nueva pregunta.

—Claro que no. ¿Por qué había de…? ¡Espera! ¡Sí, Mark, este hombre venía en el mismo tren que nosotros!

—Exacto. Y ahora está en nuestro jardín, acechándonos a través de la ventana. Curiosa coincidencia, ¿no? A ver, amiguito, escupe lo que sea o te retuerzo el cuello.

—¡Mark! —Ella le miró, atónita—. ¡Jamás hablaste tú de ese modo!

—Pues ahora lo hago. ¿Has oído, amiguito? ¿De veras te llamas Burke?

—Usted… —se cortó el hombrecillo, tragando saliva—. Pues… sí, me llamo Burke. Y será mejor que me suelte, si no quiere que

este abuso le cueste caro…

—¿De veras? —Mark Scott rió desagradablemente—. Casi me asustas. Como avise a la policía, va a ser a ti a quién le cueste cara la cosa. Veamos, sé buen chico, Burke, y di la verdad: ¿por qué me vas siguiendo? ¿Por qué vigilabas la casa? ¿Por qué me has llamado Tony?

—Yo… yo no supe lo que decía… Creí que se llamaba usted así —balbuceó, muy asustado, el llamado Burke—. Pero no lo espiaba. Creí que ésta era otra casa, y de pronto me di cuenta de que me equivoqué, y miré por la ventana para comprobarlo. Al ver a dos desconocidos, iba a marcharme…

—¡Estás mintiendo como un bellaco! —rugió Mark, furioso, zarandeándole violentamente.

En aquel momento, una suave voz irónica resonó cerca de ellos, cortando la escena:

—Perdone, señor Scott, pero mi amigo Burke dice verdad. Era a mí a quién venía a ver. Un fácil error de vivienda, puesto que tenemos casas gemelas, ¿no?

Tanto Mark, como Burke y Violette, se volvieron hacia la tapia cuajada de enredaderas que separaba la vivienda de los Scott de la vecina. Un hombre, con «mono» azul y podaderas en la mano, calzada con recio guante, aparecía subido en lo alto de un árbol, contemplando entre curioso y divertido la escena. Bajo las alas de un ancho sombrero de paja, con el que se protegía del sol mientras estaba talando algunas ramas del árbol, se veían sus cabellos grises, abundantes y bien cuidados.

—¿Quién demonios le mete a usted en esto? —replicó abruptamente Mark.

—Perdóneme, soy su nuevo vecino, Charles Bettger. A la señora Scott ya tuve el gusto de saludarla, antes de que saliera para Chicago en busca suya, señor Scott, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí, señor Bettger! —Violette, algo nerviosa, se volvió a su marido—. Mark, este caballero es el nuevo arrendador de la casa contigua. Llegó a ella dos o tres días antes de que yo supiese lo ocurrido…

—Exacto —asintió Charles Bettger, sonriendo caballerescamente —. Y el señor Burke es un buen amigo mío, que creo erró su destino. Lamentable, pero se puede disculpar ¿no cree?

Mark pareció a punto de replicar negativamente, en forma áspera. Sin embargo, Violette, a su lado, presionó su brazo con inteligente prudencia, haciéndole rectificar.

—Sí, disculpable —soltó al llamado Burke, a quién miró fríamente—. Disculpe mi trato, pero era natural que yo también tuviera mis recelos.

—Claro, claro —la premura en disculpar, del atropellado Burke, era sospechosa. Retrocedió, una vez recuperado su sombrero, y acentuando su sonrisa, añadió—: No tiene que preocuparse, señor Scott. Yo, en su lugar, hubiera hecho igual. Bien, perdonen… y buenas tardes. A sus pies, señora Scott.

Se alejó, balbuceando más excusas, camino de la casa vecina. El hombre de las podaderas sonrió encantadoramente a los Scott, disponiéndose a bajar del árbol.

—Espero no les haya molestado demasiado mi amigo. Siempre vive en las nubes…

—Pues alguna vez puede caerse, y hay mucha altura hasta el suelo —replicó Mark, incisivo.

—Muy ingenioso —el llamado Bettger soltó una risita, chispeándole maliciosamente los grises ojos—. Tiene usted ingenio, señor Scott. Lo celebro, porque seremos buenos vecinos y amigos. Más tarde les enviaré un cestito de fresas. Es un obsequio de su nuevo vecino. Buenas tardes, señores…

Desapareció detrás de la tapia. Mark y Violette se quedaron solos en el jardín, mirando por encima de las enredaderas, al árbol ya desierto. Una nube cubrió el sol, y Mark se estremeció, mientras Violette le miraba fijamente, con extraña expresión.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella—. ¿Tienes frío?

—No… Ha sido ese hombre, su voz… Eso *sí* que me parecía *conocido*…

—Tú nunca viste al señor Bettger, Mark. No vivía antes aquí y llegó en tu ausencia.

—Ya lo he oído. Sin embargo… —Respiró con fuerza y varió de conversación—. Ese Burke no me gusta. ¿Por qué tuvo que llamarme Tony? ¿Por qué estaba ahora aquí y antes en el mismo tren en que nosotros vinimos de Chicago? Nos vigilaba en ese tren… y nos vigilaba antes, por la ventana. De eso estoy completamente seguro. Pero *¿por qué*?

—Mark, te has vuelto desconcertante. Tan suspicaz, tan receloso… y tan violento en tus reacciones. Nunca fuiste así…

—Tal vez haya sido un bien que perdiera la memoria, en ese caso —manifestó secamente Mark, tomándola con firmeza por los hombros, y volviendo con ella a la casa—. Me gusta ser así, y lamentaría que en el pasado haya sido de otro modo. Esos tipos ratoniles merecen ser tratados así. En cuanto a nuestro simpático y afable vecino… te confieso que aún me gusta menos que Burke…

—¡Cielos, Mark, acabarás sospechando de todo y de todos! —rió Violette, escéptica—. Y eres tan persuasivo, que casi me haces sospechar también a mí, a pesar de que se nota que el señor Bettger es todo un caballero, incapaz de nada malo.

Mark no respondió. Cerró la puerta de la casa al entrar ellos y, rápidamente, alzó el visillo de cretona que ocultaba su rectangular vidrio superior, oteando la tapia límite de la casa vecina. Fue tan rápido, que ganó en la acción a la cabeza que, precipitadamente, se esfumó tras la tapia al ver moverse los visillos.

No llegó a tiempo de ver si era Bettger, Burke o un tercero. Pero sí de imaginar lo que hacían allí. Bajo las anchas vendas que cubrían su rostro, los ojos centellearon duramente al volverse a Violette.

—Siguen espiándonos. Aquí hay algo raro, querida, aunque tú asegures que todo es normal. Casi lo puedo sentir dentro de mí, lo intuyo, como una corriente eléctrica que pasara por mi cuerpo… ¿Sabes lo que voy a hacer esta noche, Violette?

—Supongo que dormir —sonrió ella, algo preocupada, mirándole seriamente.

—Supones mal —rió Mark entre dientes—. Soy el único marido que avisa por anticipado a su mujer de que va a hacer una visita nocturna a cierta dama rubia y muy bella con quien ha tenido devaneos amorosos.

—¡Mark! No pensarás hacer eso en serio, ¿verdad?

—Claro que sí. No sé por qué, empiezo a ver que me falta algo por descubrir sobre mí mismo. Y es probable que Eva Boyle me ayude a aclararlo… No olvides que no puedes reprocharme nada, cariño. Estamos virtualmente separados…

CAPÍTULO IV

La puerta se abrió a la segunda pulsación en el timbre.

Aquella rubia, además de joven, linda y bien formada, gustaba de destacar bien todos esos importantes factores de su exuberante naturaleza, con unos atavíos que, de ser siempre así, sobraban por completo, como tal ropa o indumentaria.

Además, la tenue iluminación del departamento, hacía unos contraluces realmente endiablados, tras la rubia figura envuelta en nylon y encajes que aparecía en la entrada. Por contraste, Mark pensó que su aspecto físico, con la mano derecha y el rostro vendados, resultaría sencillamente monstruoso.

—¿Quién es usted? —preguntó Eva, mirando al corredor mal alumbrado, con un esfuerzo.

—Drácula, hijita —rió a flor de labio su visitante—. ¿Ya no conoces a tu amorcito?

—¿Eh? —Ella reculó, asombrada al parecer—. No puede ser que usted… que tú… ¡Mark!

—Eso es. Mark Scott. ¿Tan cambiado estoy? El amor está por encima de vendas y cosas así, Eva. Me decepcionas…

—¡Oh, Mark, cariño!

Se le echó en los brazos, con un concierto de fru-frús y crujido de nylon. Sintió la humedad de una boca en la suya, y la presión firme de unos brazos en torno a su cuello. Suave pero firmemente, la apartó de sí sin devolverle las caricias. Luego, ante la sorpresa de la rubia joven, entró en su departamento y cerró la puerta.

—Bueno, deja eso aún —murmuró Scott—. Debo oler todavía a desinfectantes, y a lo mejor te desagrada el sabor que te dejen mis vendas en los labios, querida…

—Mark, estás muy extraño… —Ella le miró de soslayo. Tenía

una boca carnosa, roja, sensual, una nariz vibrátil y apasionada, y unos ojos castaños que relampagueaban sin nada espiritual en el fondo. Era una hermosa muñeca de carne, una figurita hecha para sentir todo menos el romanticismo. Y con unas curvas inquietantes y peligrosas como las de una carretera rodeando cien montañas. Al no responder él, la rubia siguió, mimosa—: Me he enterado de tu accidente… Alguien dijo que has perdido la memoria, no sé qué tonterías de película, de esas que no ocurren en la vida real… Y que te habías desfigurado bastante. ¿Es todo eso cierto, cariño?

—Hay películas que se convierten en realidad, al parecer. Yo, por lo menos, estoy viviendo una de ellas demasiado directamente. No me acuerdo nada de nada.

—Pero te has acordado de mí… —sonrió, coquetonamente, moviéndose hacia él como un balandro en alta mar, y en día de tormenta—. Eso es maravilloso, encanto…

—No te hagas ilusiones, muñequita —rió Mark, desabrido, parándose ante un mueble y estudiando la hilera de botellas exhibidas en una vitrina iluminada—. No me acordé de ti hasta que te nombró mi mujer. Y quise conocerte para ver si merecía la pena engañar a Violette con otra chica.

—¿Y qué te parece, ahora que me has visto de nuevo? —le desafió—. ¿Merecía la pena, Mark?

Él no contestó. Estaba aún ante las botellas, eligió una por último, y al final volvió a dejarla donde estaba, optando por tomar un vaso y escanciar en él soda, con unas gotas de limón.

—No tienes ninguna bebida de mi gusto, cielo —dijo, a guisa de comentario.

Los ojos de la rubia centellearon, iracundos. Pero conteniéndose, replicó:

—Eran las que te gustaban antes. Bebidas dulces, Mark…

—Tenía mal gusto.

No observó más. Avanzó hasta pararse ante un tocadiscos de lujoso mueble, y lo puso en funcionamiento. Comenzó a sonar un pegajoso vals lento, e irritado apartó el
«pick-up»,
con tal violencia que la aguja chirrió, al rayar el microsurco del disco.

—¿Mi música? —Gruñó entre dientes.

—¿Es que ya has olvidado *nuestra* música? —replicó ella con cierta aspereza.

—Vaya, vaya. Si todo estaba preparado ya para recibir al bueno de Mark… Es tu bonita escena de mujer cariñosa, ¿no? Buena pécora has estado hecha tú, Eva del alma…

—¡Mark! ¡No te consiento esas frases! —chilló, enrojeciendo bajo el maquillaje—. ¡Jamás fuiste tan vulgar, tan… grosero!

—Pues fue una lástima, porque me parece que te merecías cuatro cosas fuertes, encanto.

Acercóse a ella, asiéndola por la cintura. Ella sonrió, esperando sin duda las caricias que recibiría habitualmente de Scott, entornó los ojos y abrió los labios, anhelantes. Por eso su asombro e incredulidad fue terrible cuando sintióse lanzada atrás con violencia, y su hermosa figura golpeó contra un diván, estando a punto de volcarlo por tierra, y la rubia melena golpeó su rostro, tapándolo.

—¡No me gustan las escenitas color de rosa con tipos como tú, Eva! —dijo acremente Mark—. He venido a saber la clase de mujer que eras, y no me ha gustado nada lo que he descubierto. He debido de ser muy tonto hasta ahora, para servir de juguete en tus manos. No tengo dinero ni creo que sea ni haya sido jamás una belleza de hombre. Por otro lado, no me quieres en absoluto, o yo no entiendo nada de mujeres. Así que, ¿a qué viene toda esta farsa? ¿Qué juego te traes entre manos, pequeña?

—¿Es que te has vuelto loco con el accidente, Mark? ¡Sólo dices tonterías! ¡Y me has derribado, has pronunciado insultos terribles! ¡No puedo comprender que seas tú mismo, Mark! ¡Pareces otro hombre… me das miedo!

—Me haces feliz con lo que dices. Pero no del todo. Quiero algo más, o te empezaré a dar miedo de verdad. ¿Por qué me finges cariño? No me vengas con historias de amor y todo eso, porque es mentira. Quiero la verdad, nada más que la verdad, hijita… ¿Por qué me has atraído hacia ti? ¿Qué mil diablos buscas con toda esta farsa?

—Tienes que haberte trastornado para pensar que yo…

La mano izquierda de Mark Scott vibró al dispararse, abierta y directa, contra la mejilla de Eva Boyle. El bofetón restalló como un disparo de pistola, y la cabeza femenina se sacudió de un lado a

otro, por la violencia del golpe.

—¡No quiero más excusas! —rugió el hombre sin rostro, irguiendo su alta figura ante ella, amenazador e impresionante—. ¡Te he dicho que veo claro tu juego! ¡Pudiste tal vez engañarme antes, aunque no veo cómo! ¡Pero ahora te veo tal como eres, sé a qué clase de mujeres perteneces! ¿Vas a decir de una vez lo que te pregunto, o no?

—¿Qué es lo que quiere usted que diga ella, Scott?

La voz procedía de su derecha, e hizo que Mark girara sobre sus talones, sin sobresaltarse, para encarar la puerta de comunicación con otra estancia vecina. En el umbral encontróse con la figura de un hombre joven, menudo y enjuto y de rubios cabellos, cuyas pupilas gris-parduzcas le miraban fríamente por encima de una negra pistola automática empuñada con firmeza.

—Vaya… ¿No me habré metido en la casa de Blancanieves y los Siete Enanitos por un error? —rió Mark, secamente—. ¿Qué hace este enano aquí, hermana?

—Se cree muy gracioso, Scott —replicó virulento el joven de baja estatura, crispando las mandíbulas—. Pero recuerda demasiadas cosas cómicas de su vida pasada, para sufrir de amnesia. Ese cuento habrá convencido a los médicos y a la policía de Chicago, incluso es posible que se lo traguen su mujer y Eva, pero a mí no me engaña tan fácilmente.

—¿Y quién es usted, intelectual? Me gustaría fuese una de las cosas que recordase.

—Pues debería serle fácil de recordar que cuando Dean Carey habla, siempre lo hace en serio, a pesar de su corta estatura.

—¿Dean Carey? No olvidaré ya su nombre, amigo. Siga el discurso, si le gusta. A mí me está aburriendo.

—Ten cuidado, Dean —habló fríamente ella, irguiéndose en el diván y mirando con colérico odio a Scott—. Te está provocando a propósito… No sé lo que le ha ocurrido a Mark, pero es otro hombre. No reacciona como antes, no le gusta nada de lo de entonces, es desconfiado, hostil y violento, como jamás lo fue… Acaso sea cierto lo de su amnesia.

—Fantasías de película —rió Dean Carey, mirando fijamente a Scott—. Me dan tentaciones de arrancarle esas vendas para ver si es verdad que tiene siquiera heridas, o todo es una farsa destinada a

impresionarnos.

—Trate de arrancarlas —dijo simplemente Mark—. A lo mejor no me opongo…

—¡No lo hagas, Dean! —gritó ella, viendo cómo avanzaba hacia Scott, muy decidido—. ¡Es lo que él está buscando!

Pero Carey no le hizo caso. Estaba fiado de la superioridad de su arma sobre la impotencia de Scott, y eso le llevó a situarse más cerca de él y alzar la mano para tirar de los vendajes, poniendo su rostro al descubierto.

Vivamente, Mark entró en acción. Su mano izquierda salió disparada, aferrando la muñeca de su antagonista, al tiempo que la mano vendada hacía un extraño movimiento que produjo un impacto seco y áspero en la mano armada de Carey. La pistola voló por los aires y, acto seguido, Dean Carey pasó de dominador a dominado, viéndose sujeto por una férrea llave que le aplastó contra la pared, inmovilizándole. Cuando quiso moverse, el dolor de la presa le arrancó un grito estridente.

Con viveza de movimientos, Eva Boyle lanzóse hacia la automática caída en tierra, sin duda con la sana intención de recuperarla para cambiar de nuevo los papeles a favor de Carey. Pero Mark no centraba su atención sólo en el hombre. Por el contrario, sus agudos ojos, por medio del espejo del mueble bar, no perdían de vista los actos de Eva, y le bastó girar sobre sí mismo, sin soltar con una mano la presa de Carey, para lanzar un puntapié terrible a la mano de Eva que se deslizaba ya a ras del suelo hacia la pistola.

La rubia gritó al sentir sus dedos casi arrancados por la violencia del impacto. Retrocedió tambaleándose, a medio incorporar, muy pálida y abatida. Mark le dirigió una dura mirada irónica.

—Las armas son para los hombres, encanto —dijo a guisa de advertencia.

Luego, hizo tres cosas tan rápidas, que iban sincronizadas de modo que parecieran una misma cosa, una acción unificada y perfecta. Soltó a Carey, con un impulso vertiginoso que le dejó girando cómicamente en medio de la estancia, igual que una peonza, cruzó Mark entre tanto la distancia que le separaba de la pistola, e inclinóse a recogerla.

Cuando se irguió con ella en su mano, aún daba vueltas Carey,

terminando su rotación con una desesperada búsqueda de un punto donde apoyar la mano y aferrarse enérgicamente. Asombrada y furiosa, Eva asistía, con su mano doblada por el dolor, a la rapidez de movimientos de Mark Scott, ahora dueño absoluto de la situación.

—Bueno, hijitos, ahora quiero las cosas claras. ¿Quién es usted, Carey? ¿Qué pinta aquí y por qué hace de *gangster* de vía estrecha?

—Es un buen amigo mío, Mark —jadeó Eva, inesperadamente sumisa—. Cuando llamaste no sabíamos quién podía ser, y se ocultó para no tener que dar explicaciones de su presencia en mi casa.

—Entiendo. Todo muy limpio y muy digno. Adelante con el cuento de hadas, Eva.

—Carey nunca ha simpatizado contigo, deberías recordarlo si no fuera por tu amnesia. Y al ver cómo actuabas, ha creído oportuno intervenir a mi favor, echándote de aquí.

—Con una automática de buen calibre. ¿Crees que es un método normal de hacer las cosas?

—Lo es para Carey. Le gustan demasiado las armas de fuego. Siempre le dije que algún día van a darle un disgusto.

—¿Y tiene licencia para usar estos juguetitos?

—Naturalmente —respondió secamente el aludido, mirando con rencor a Mark—. Todo vigilante de noche de las factorías de material de guerra tiene derecho a usar armas…

—Vaya, vaya. ¿De modo que es usted vigilante de una fábrica, eh? Es curioso.

—Es vigilante de *tu* fábrica, Mark —añadió con ironía Eva.

—Eso es, Scott. Y si sigue usted empeñado en esa historia de la amnesia, no va a lograr nada con ella. He oído hablar dentro de la fábrica sobre ese tema, y tanto los jefes como las mismas autoridades, no están decididas a pasar por alto las formalidades que exigen los federales para ocupar el puesto, siendo dudoso como usted es, en el terreno político y hasta patriótico. Con tipos así nunca se sabe lo que puede ocurrir…

—Es la ventaja que tenemos sobre los que son como usted, Carey. Porque de ustedes se puede esperar todo lo malo, sin lugar alguno a la duda. Ahora me llevaré este juguetito y lo dejaré en algún sitio donde pueda recogerlo, Carey. En cuanto a ti, Eva, hasta nunca. Las cosas han cambiado mucho a partir de ahora…

—Me pagarás caro lo de esta noche, Mark —dijo ella entre dientes.

—Déjate de truculencias. No vas a impresionar a nadie con ellas. Buenas noches, y encantado de haberles conocido, muchachos.

Caminó hacia la puerta, inclinóse allí, en burlona reverencia, y salió del lugar, cerrando tras de sí.

Una vez solos, Eva Boyle comenzó a lanzar palabras ofensivas. Pero Dean Carey que, con la vista fija en la puerta, parecía estar sumido en sus pensamientos, la frenó con un vivo ademán, al tiempo que gruñía con aspereza:

—¡Calla, ya, Eva, y déjame reflexionar un poco! No puedo entender esto…

—¿Qué es lo que no entiendes, imbécil? —chilló la rubia, demostrando su escasa delicadeza femenina—. ¡Mark Scott se ha reído de ti, te ha usado como un juguete…!

—¿Quieres callar de una vez? Mark Scott no ha hecho nada de eso, querida…

—¿Es que pretendes todavía seguir en tu papel de héroe? —se rió ella—. Bien he visto cómo…

—Has visto cómo ese hombre me ha dominado fácil y rápidamente, sí, y cómo se ha hecho también el amo de la situación con una energía y rapidez de acción que jamás tuvo Mark Scott. ¿Y sabes por qué?

Ante el silencio sorprendido de ella, Dean Carey sonrió enigmáticamente, soltando su bomba:

—Porque ese hombre no es Mark Scott… ni lo ha sido nunca.

CAPÍTULO V

Violette estaba aguardándole en el porche. Su expresión, entre temerosa e inquieta, le produjo una agradable laxitud, una sensación de pleno y dulce bienestar, después de la sensualidad innoble de Eva Boyle, la rubia damita que exhibía sus encantos físicos y ocultaba sus pensamientos. Al revés que Violette.

Ella no podía ocultar la batalla interior que estaba librando por serle útil a su marido. Un marido que había perdido mucho antes del accidente y sus consecuencias, porque él mismo había truncado todas aquellas ilusiones. Ahora… era tarde para todo, pero Violette quería, no obstante, ayudarle. Ser su auxiliar y su apoyo en momentos en los que todo parecía flaquear y resquebrajarse en torno suyo.

—¿Ya viste a esa mujer, Mark? —Fue todo lo que preguntó, cuando él llegó junto a ella y se detuvo, mirándola fijamente bajo la leve claridad de una farola colgada del porche hogareño.

—Sí. Ya la vi —fue también todo lo que contestó él, eludiendo más explicaciones y entrando en la casa seguidamente.

Violette, sin embargo, no podía conformarse con eso. Sobre la mesa del alegre y confortable comedor, esperaba un agradable refrigerio, casi frío por la espera. Sin embargo, Mark no sentía apetito. Sentóse, aspiró el aroma de los alimentos dispuestos en los platos, y resolvió que su apetito admitía probar algo de todo aquello. La joven esposa se sentó frente a él, sin dejar de mirarle, aunque no hizo intención de tocar las viandas.

—¿Y qué, Mark? —preguntó, con un temblor en la voz.

Él alzó los ojos, la estudió con leal franqueza. Hubiera querido decirle muchas cosas; que el otro Mark Scott, el verdadero, aquel que fue antes de todo esto, tuvo que ser un necio, un torpe y absurdo imbécil, para preferir a la muñeca rubia que era Eva Boyle, vacía de cascos y de corazón, a una criatura maravillosa y dulce

como era Violette, cuya belleza física superaba también la de su rival oxigenada.

Pero en vez de todo eso, contestó suavemente:

—Nada. No he podido recordar nada. No sé que la haya visto jamás. Ni a ella ni a un tal Dean Carey, que parece muy amigo suyo y le gusta usar juguetes que disparan proyectiles de plomo bastante peligrosos.

—¿Carey? ¿El vigilante nocturno de la factoría Forester, donde tú trabajas?

—Eso es. Al menos, es lo que él dice… —Mark sonrió, arqueando sus cejas—. Pero no te preocupes. Mi corazón ha seguido indiferente a los cantos de sirena de esa rubita. No comprendo cómo pude sentir jamás algo por ella.

—Volverás a comprenderlo cuando la amnesia se cure —dijo secamente Violette.

—Es probable —admitió Mark, sin pretender discutir la cuestión. Pero en el fondo, experimentó cierto regocijo. Porque el tono de su mujer había tenido un cierto aire de despecho, de celos mal disimulados. Y donde hay celos, hay amor, afecto. Algo que, en un principio, parecía no existir ya entre Violette y Mark Scott.

¿Se estaría enamorando de nuevo de su marido, o nunca dejó de amarle en realidad?

Para eludir toda otra charla sobre el tema, Mark tomó el periódico doblado cuidadosamente junto a su cena. Era el de aquella tarde, editado en Pittsburg. Es probable que hubiera leído mil veces aquel mismo diario, pero ni su título ni sus caracteres tipográficos le despertaron evocación alguna.

En cambio, sus ojos se clavaron, instintivamente, en un titular perdido en la quinta o sexta columna de aquella primera página. Acaso porque estaba fechado en Chicago, acaso porque estaba más a la vista que los demás, dada la situación del periódico:

> «SIGUE ENVUELTO EN EL MISTERIO EL ROBO DEL BANCO FEDERAL. UN MILLÓN DE DÓLARES EVAPORADOS. ¿QUIÉN ASESINÓ A TONY WAGNER, PRINCIPAL INDUCTOR DEL SENSACIONAL ROBO?».

Tony Wagner… Algo percutió allá, en el fondo de su mente. Fue

como un lejano timbre que resonó un momento, apagándose inmediatamente. Las tinieblas volvieron a sus recuerdos, envolviéndolos como si fueran masas de algodón. Se encontró leyendo el segundo título de la crónica:

> «TONY WAGNER FUE INHUMADO AYER EN CHICAGO, TRAS SU FALLECIMIENTO A CAUSA DE LOS BALAZOS DISPARADOS SOBRE SU ESPALDA. ¿HA SIDO MARTY DUNCAN, SU CÓMPLICE PROBABLE EN EL GRAN ROBO, QUIEN ASESINÓ ALEVOSAMENTE A SU CAMARADA DE DELINCUENCIA, DESPUÉS DE ARRANCARLE EL SECRETO DEL ESCONDITE DEL MILLÓN DE DÓLARES?».

—¿Qué lees tan interesado, Mark? —preguntó suavemente Violette.

—¿Eh? —Mark se sobresaltó, largo rato después de formulada la pregunta. Casi le resultaba extraño sentirse llamar así: *Mark*. Era él, naturalmente. Por unos momentos, se había sentido tan inmerso en aquella insulsa noticia de crímenes y rivalidades *gangsteriles*, que los nombres de Tony Wagner y Marty Duncan habían tenido para él cierta familiaridad, un significado remoto y borroso, que se perdió en cuanto volvió su atención a Violette. Ella le estudiaba con intensidad y él sonrió vagamente, añadiendo—: ¿Me decías algo, querida?

—Sí. Te pregunté qué leías.

—Oh, una noticia de Chicago… Habla de un pistolero, un tal Tony Wagner, que asaltó un banco, robó un millón de dólares y fue asesinado después por su propio compinche, Marty Duncan… ¿Tengo yo algo que ver en eso o he oído hablar de esa gente anteriormente?

—Que yo sepa, no —Violette le estudiaba, realmente perpleja—. ¿Por qué, Mark?

—Porque… por un momento ha parecido como si la luz, esa luz que tanto busco, hiriera mi mente. Por desgracia, no ha pasado de la superficie, no llegó a calar hondo, y sigo igual que antes. Pero es curioso que esto me cause esa impresión…

—Posiblemente lo leíste u oíste antes de perder la memoria… —sonrió ella.

—Es probable —alzó los ojos del periódico—. Ese Wagner murió hace un par de días, pero el robo tuvo lugar hace más de una semana. El tiempo que yo pasé en el «Medical Center»…

Se detuvo, al mirar hacia un aparador. Allí, rebosando de una graciosa cestita de material plástico, simulando mimbre, rojos fresones remataban en punta, como un colosal helado. Mark frunció el ceño, y Violette sonrió, entendiéndole.

—Sí, son de nuestro vecino. Es muy amable, y no olvidó su promesa.

—El señor Bettger es todo un caballero, ¿eh? Y sin embargo, no me gusta… —Eso le trajo a la memoria el incidente de aquella tarde, con el tal Burke. Algo bailaba en aquel recuerdo, pero todavía se sentía torpe para hilvanar ideas, y otro pensamiento le apartó de esa divagación. Interrogó a su mujer—: Violette, necesito saber algo: ¿en qué me ocupo yo, dentro de la fábrica? Sé que conozco la mecánica y la metalurgia, pero no logro centrar mi propia especialidad, mi ocupación…

—Espoletas de proyectiles —informó escuetamente ella—. Parece ser que ahora trabajáis en nuevos diseños de espoletas complicadas, que tal vez puedan adaptarse a proyectiles intercontinentales, tales como el «Atlas», el «Júpiter» o el «Vanguard», para obtener resultados positivos, sin posibilidad de fallo alguno. Sobre eso mismo, Mark, tú estabas perfeccionando, en tu taller, algunos extremos. Pero tus notas son chino para mí.

—Temo que también van a serlo ahora para mí —rió Mark, estudiando sus manos en silencio. Y repitió, como un eco—: Espoletas de proyectiles…

Violette tomó el periódico, leyendo la noticia sobre el robo del millón de dólares en Chicago. Únicamente formuló una observación, que Mark apenas escuchó:

—¿Has leído esto, Mark? Ese Tony Wagner murió en la misma clínica donde tú estabas, en el «Medical Center», donde ingresó con varios balazos en la espalda… y el mismo día en que te ocurrió a ti el accidente de automóvil. Eso explica tu repentino recuerdo…

Mark, con la vista fija en las fresas, seguía pensando, pensando en aquel punto extraño que no lograba esclarecer. Escuchó lo que le refería Violette, de un modo mecánico, aunque las palabras se grabaron en su mente.

De pronto, recordó aquello que le intrigaba, un punto que distaba mucho de estar claro. Y, repentinamente, se puso en pie, mirando pensativo a su mujer.

—Tengo que salir, Violette —dijo, inexpresivo.

—¿Otra vez? Pero, Mark… ¿adónde? Ya es muy avanzada la hora, y…

—He de averiguar algo. Algo que me tenía preocupado, y ahora mucho más.

—¿Qué es?

—No puedo decírtelo, porque yo mismo no lo sé. Sin embargo, tengo la sensación de que es… *peligroso.*

—¿Para ti?

—Para todos. Incluso para ti, pequeña. Vale más que estés al margen de ello. Algo raro ocurre en Pittsburg, algo raro ocurrió en Chicago, y eso es lo que tengo que aclarar, antes de sentirme seguro de que todo esto que me sucede a mí es un simple accidente, sin otras consecuencias futuras.

—No logro entenderte, Mark. Estás muy misterioso, has cambiado tanto… que a veces me das miedo. Como si me enfrentara a un desconocido… —Y se estremeció.

—Yo también me estoy enfrentando con un desconocido, cuyo rostro y cuyo cerebro pretendo conocer, escrutar a toda costa. Y lo terrible de esto, Violette, es que ese extraño, ese desconocido, *soy yo mismo.*

Avanzó hacia la salida. Violette se puso en pie, mirándole preocupada.

—Mark, ¿es que definitivamente vas a salir ahora de casa?

—Sí. Posiblemente vuelva pronto. Pero si tardo algún tiempo, acuéstate y no me esperes. Después de todo, ocupando habitaciones separadas no tendré que despertarte…

Salió, cerrando suavemente tras de sí. Violette contuvo un sollozo a duras penas, y se apoyó en la mesa, mirándose o sí misma en el gran espejo del trinchante. Musitó:

—Dios mío, ¿por qué tengo que preocuparme así por él, por qué tengo que sentir miedo por su vida? ¿Por qué, Señor, he tenido que sentir otra vez algo por él, por qué le amo ahora más que nunca… sin razón alguna para ello?

La residencia vecina, gemela a la suya, aparecía completamente

en tinieblas. Ni rastros de existencia humana dentro de sus muros, y mucho menos de que alguien estuviera levantado. Y, sin embargo, Bettger debía de estar dentro, durmiendo tal vez. Esto alejaba definitivamente la posibilidad de que Burke, aquel hombrecillo de ojos redondos y glaucos, anduviese por allí, a no ser que fuera invitado de Bettger, su curioso amigo.

Mark sintióse desalentado. Había tenido confianza en esto, y ahora se encontraba sin saber qué hacer. Esperaría, naturalmente, al otro día, y entonces buscaría a Burke donde fuese, para explicarle por qué había tenido que llamarle «Tony» aquella tarde, cuando le persiguió. Aquel nombre carecía de sentido. Y, sin embargo, otro hombre llamado Tony, Tony Wagner, había ingresado en grave estado en la clínica del doctor Scoffield, saliendo ya cadáver, mientras que él volvía a la calle como un muerto en vida, sin rostro ni memoria, para deambular en la noche eterna de su ignorancia, de su oscuridad mental y de su pasado dormido, ignoto, tenebroso…

¿Por qué le llamaron «Tony»? ¿Por qué Burke tuvo que insinuar que eran conocidos anteriores, por qué Bettger fue tan oportuno en mediar a favor de Burke, dando una explicación oscura, por qué aquel hombre le sonó a falso y por qué, en fin, recordaba *algo*, relacionado con un robo de un millón de dólares en Chicago, él, que no podía recordar nada?

Eran demasiadas casualidades. Demasiado extraño, en un hombre que no había logrado recordar a su propia mujer, a su antigua amiguita, a un compañero de trabajo, a Víctor Morrow, amigo y compañero en Pittsburg, su propio hogar y su vida cotidiana de antes. Cosas todas que debieron despertar su mente, le pasaron sin dejar huella. Y he aquí que una noticia, un suelto en un diario, sin relación con Mark Scott y con su vida, salvo en el común denominador del «Medical Center» de Chicago, producía en su cerebro un repentino fulgor de lucidez, de evocación inmediatamente desvanecida, pero sentida fugazmente.

Inclinó la cabeza, reemprendiendo el camino hacia su casa. Por la calle bordeada de árboles de aquel poco frecuentado distrito residencial donde habitaban, asomó un coche con los faros apagados y el motor silenciosamente en marcha. Bajó lento, bordeando la ancha acera donde se elevaban los dos edificios, el de Scott y el de Bettger.

Mark se detuvo junto a la tapia de su vivienda, contemplando con abstraída curiosidad aquel coche. Luego, se dispuso a abrir la verja de entrada y reunirse con Violette dentro de la casa.

En aquel mismo instante, un estridente silbido hendió la calma callejera, a espaldas suyas. Muy cerca de él, por añadidura. El hombre de la cabeza cubierta de vendajes, se volvió en redondo, tratando de averiguar la razón de aquel silbido.

Vio venir a aquel hombre hacia él. Su claro sobretodo y su sombrero gris le ocultaban por completo la figura a ojos de Scott, pero no su cachiporra, alzada en alto para descargarla sobre Mark.

Eludió a tiempo el golpe, y la porra de goma silbó en el aire, rozando la sien vendada de Mark, sin golpearle. Al instante, fue Mark quien entró en acción, rápida y precisa. Unos músculos entrenados, hábiles en la lucha, respondieron a los mandatos urgentes de su cerebro, y el puño izquierdo salió disparado hacia la mandíbula del hombre que trastabillaba, de resultas del fallido golpe. Lo levantó en vilo, cómicamente, y su cabeza chocó con hueco impacto contra el muro de la cerca.

El individuo gimió, pugnando por rehacerse, pero Mark no le dio tiempo, y le soltó un brutal mazazo con la vendada mano diestra, lanzándole ahora de costado contra el pavimento, donde rebotó, hasta golpear el bordillo de la acera con la nuca, y allí quedó inmóvil.

Picado por súbito recelo, Mark volvió a girar sobre sus talones, presintiendo un nuevo peligro. Pero éste no llegó a tiempo de contenerlo, porque el coche, silencioso y apagado, había sido excesivamente veloz y cauto en aproximarse. La portezuela acababa de abrirse suavemente al girar Mark el cuerpo, y vomitó dos figuras silenciosas y rápidas, dos hombres con sobretodos oscuros y sombreros, como si aquello fuese un uniforme o cosa similar.

Uno esgrimía una automática empavonada, de largo y plano cañón, provisto de un redondo metal en el extremo, sin duda un útil silenciador que reduciría cualquier disparo a un sordo taponazo. El otro reducía su armamento visible a una porra, acaso de goma.

Mark buscó frenéticamente la pistola arrebatada a Dean Grey, pero llegó tarde, porque los agresores estaban encima de él y obraron sin contemplaciones. El primero de ellos accionó el gatillo de su automática, no obstante lo cual, su compañero se anticipó y

lanzó un violento mazazo con su porra a la cabeza de Scott. Éste se derrumbó, sintiendo un estallido atroz dentro de su cabeza, algo así como si todo volara bajo su cráneo.

Después, ese estallido se convirtió en una total oscuridad y el suelo vino a su encuentro, aplastándose despiadadamente contra su rostro.

—Asunto resuelto —dijo uno de ellos, inclinándose sobre el caído para comprobar si estaba inconsciente; Luego miró al otro—: Si disparas podías haberle matado… Y ésas no son las órdenes, Mac. Te hubiera costado un disgusto con el patrón…

—Habla menos y mételo en el coche —replicó el otro, ásperamente—. Voy a ver lo que le ha hecho ese tipo a Garman. Tiene unos puños como dinamita.

—Así tomó por sorpresa a Garman. La verdad es que Scott, antes de su amnesia, no sabía usar los puños debidamente. Y ahora parece un boxeador, el diablo…

—Tonterías —masculló el llamado Mac—. Yo no creo tampoco en ese cuento de la amnesia. Scott es un tipo fuerte y tuvo suerte al tumbar a Garman, eso es todo. Vamos, deprisa, o saldrá su mujer y no me gusta meterme en jaleos con las chicas. Gritan demasiado y escandalizaría todo el barrio. Cogeré a ese estúpido de Garman y nos largaremos enseguida…

Garman seguía sin sentido, doblada su cabeza sobre el bordillo. Mac silbó en voz baja al cogerlo entre sus brazos, y se reunió con su compinche, que estaba metiendo en el silencioso coche, a cuyo volante iba otro hombre, la figura inerte de Mark Scott.

—Creo que lo ha matado, Duffy —dijo Mac, lúgubremente.

—¿Eh? —Se asustó Duffy, poniendo un gesto ratonil—. ¡No puede ser!

—Ojalá me equivoque, pero el cuello de Garman tiene todo el aspecto de estar roto, y bien roto. Si es así, Mark Scott las va a pasar muy mal ante el patrón…

—¡Muerto Garman! —Duffy miró, asustado, el cuerpo inmóvil de su camarada—. Cielos, ¿es que tiene dinamita en los puños este Scott? Jamás hizo daño a nadie… y menos con los puños. Era torpe como una tortuga y tonto como un polluelo. No lo entiendo, Mac, no lo entiendo…

—Yo tampoco. Pero nuestro amiguito Scott nos lo explicará… —

Y la feroz sonrisa de Mac, no presagiaba nada bueno para el cautivo.

CAPÍTULO VI

Aquella maldita luz molestaba mucho. Era demasiada claridad, demasiado calor asestado contra su cara… Abrió los ojos, parpadeando repetidamente, y tuvo que cerrarlos de nuevo, ante la potencia de la lámpara asestada contra él. Mecánicamente, su cerebro le dijo que aquello era una lámpara especial, de las utilizadas para luz fotográfica, en una pantalla corriente. Su blancura y potencialidad eran cegadoras.

—Esa luz… —balbuceó—. Esa luz… me molesta…

Al mismo tiempo, trató de cubrirse, hacer pantalla con su mano. Pero no logró mover el brazo, no pudo efectuar acción alguna, porque algo tenso y doloroso se aferraba a sus miembros, agarrotándolos.

—Ya vuelve en sí… —dijo una voz, casi junto a su oído—. Tal vez tengamos suerte y haya recobrado la memoria, de resultas del golpe. En el «cine» ocurre siempre así…

Una risotada acompañó al comentario, hecho evidentemente en broma. Luego, algo se estrelló en su rostro, despertando el dormido dolor de cabeza hasta el último rincón. La sangre afluyó a su mejilla, y después pareció trasladarse penosamente a la otra, al repetirse el impacto, seco y violento, contra el otro lado de la cara.

Le estaban abofeteando. Cruel y cobardemente, sin piedad alguna. Bajo las vendas, le ardía el rostro. Furioso, desencajado, pugnó por revolverse, por replicar a la fría y ruda agresión, pero eso era imposible. Aquello que frenaba sus miembros, reduciéndolos a la impotencia, eran fuertes ligaduras que le retenían a algún lugar donde estaba sentado e imposibilitado de defenderse. Rechino los dientes, logrando mantener los ojos entornados, y distinguió una figura corpulenta, vestida con un traje negro, o muy oscuro, junto al foco dispuesto ante sus ojos.

—Vamos, Scott, vas a hablar pronto y bien —dijo una voz

cortante, glacial, que pertenecía, sin duda, al mismo personaje que le había abofeteado—. Has matado a uno de mis hombres, de modo que no voy a tener contemplaciones contigo, si no te portas bien enseguida. Garman, el hombre que te atacó en la calle, sufrió rotura de la nuca, y ha fallecido hace pocos instantes. No te conocía en ese terreno, Scott, pero ya sabes que conmigo se pagan esas traiciones… De sobra me conoces ya.

—No conozco a nadie —respondió Mark, en cuya mente, por mucho que se esforzaba, no hallaba rincón alguno más claro que antes de recibir el golpe en la calle—. Sufro un ataque de amnesia y mi pasado está en blanco… ¿Quiénes sois y qué queréis de mí?

Una risotada siguió a su declaración, y la misma helada voz, repitió:

—¿Amnesia? Vamos, Scott, no te hagas el gracioso conmigo. Sabes que esa historia no va a pasar. Es un bonito medio de eludir responsabilidades, promesas hechas a nuestra organización, que tú recuerdas muy bien, pero que te resistes a cumplir, llevado sin duda de ese miedo que siempre te produjeron las grandes empresas, demasiado notables para tu mezquindad y cobardía. Escucha, Mark Scott: siempre fuiste un inepto, un cobarde, excepto para idear ingeniosos mecanismos, como esas espoletas que ibas a patentar. Eso es una de las cosas que queremos, pero hay algo más por medio y tú lo sabes. Has de cumplirlo, a toda costa, y para ello te hemos cazado. A pesar de conocer a Garman, le atacaste y pusiste fin a su vida. Esto no se olvida, Scott. Pero puede perdonarse si ayudas. Siempre has sido un colaborador prudente, sobre todo si te veías en el dilema de ayudar a tu antigua causa o sufrir graves consecuencias en el contrario. Eres un cobarde, Scott, y por eso vas a obedecernos ahora, o serás eliminado. Sabes que nosotros no vacilamos en destruir al que nos traiciona. Hemos destruido ya a muchos, durante la pasada guerra. Hoy, por desgracia, ya no existen nuestras «S. S.», la «Gestapo» o el «Bunderstag», pero en el fondo, todo sigue igual, y llegará un día en que podamos rehacer lo perdido, y elevarnos por encima de todo lo que odiamos y despreciamos. Tu mundo, tu ambiente, Scott, simboliza todo eso. Pero tú no perteneces a él, jamás has pertenecido. Te conviene seguir siéndonos leal. Por encima de otras apetencias más de hoy, más ambiciosas para ti. Esos devaneos partidistas no son nunca convenientes, Scott. Ahora,

eres pieza favorita de muchos cazadores. Y mala cosa es ésa, amiguito. Si no cooperas con nosotros, te mataremos. Hoy mismo, ahora mismo. Si nos ayudas, tampoco respondo de tu cabeza. Porque posiblemente, *ellos*, tus nuevos amigos, resuelvan que tu traición, con ser perjudicial a tu país, no es lo bastante favorable para sus planes, y te eliminen. También ellos saben hacer bien esas cosas, tú lo sabes. ¿Qué prefieres, Mark Scott?

Mark sentía dentro de sí una sensación infinita y vivísima de horror. Horror, pero no a lo que le rodeaba, con ser nauseabundo y despiadado, sino a sí mismo. Porque eso sí que lo recordaba. Sorprendentemente, tenía conciencia de lo que el nazismo representaba, de lo que las oscuras doctrinas políticas de un mundo ya vencido y repudiado por los propios países donde germinó, para mal del mundo, significaba de sombra, de amenaza torva y oculta, en el desenvolvimiento actual de los pueblos y de las gentes, tras la terrible contienda. El pasado seguía allí, vigilante y sin piedad, deseando vengarse de su derrota. Y él, Mark Scott, ciudadano americano, perteneciente a una generación de hombres libres, jugaba con dos barajas, y, ambas marcadas contra el juego de su propia patria. Él era ese ser odioso, él era el Mark Scott de las vacilaciones, los temores abyectos… y la traición, no importa para quién, pero contraria a su mundo.

Lentamente, encajó los labios bajo su envoltura de vendas, miró con ojos glaciales al que hablara, y replicó, lenta y firmemente:

—No sé la clase de hombre o de bestia que he sido en mi pasado. Sólo sé una cosa: ni vosotros ni «ellos» obtendréis mi colaboración. Soy americano, soy leal a mi país y a mis principios de hombre libre y dueño de mi destino. No sé nada de nada, porque mi amnesia es cierta, clínicamente confirmada en Chicago. Pero aparte de eso, aunque pudiera seros útil, aunque recordara algo en materia técnica que pudiese serviros de arma contra este país donde os alojáis como reptiles al acecho, dentro de vuestros nidos, jamás lo obtendríais de mí. Ésa es mi respuesta. Total y definitiva.

De nuevo se abatieron sobre él las bofetadas, puñetazos y puntapiés, ahora en auténtica lluvia violenta, dolorosa y cruel. Pero lo resistió estoicamente, con férrea energía, sin conmoverse siquiera.

—¡Basta, patrón! —dijo una voz algo lejana—. ¡Va a destrozarlo

a golpes y entonces es seguro que no hablará! ¿No cree que hay otros métodos que la persuasión con amenazas o con golpes, métodos que otras veces nos dieron buen resultado?

—Es cierto —sonrió el otro, deteniendo su belicosidad—. Tienes buenas ideas a veces, Mac. Está bien, trae el instrumental y el hornillo eléctrico. En un momento, estará todo dispuesto.

Mark se estremeció. Iban a torturarle. Refinadamente, como ellos lo sabían hacer. Como lo habían hecho antes en Belsen, en Bujenwald y en tantos otros sitios. Durante su convalecencia en la clínica había leído viejos artículos de todo eso, crónicas lejanas, puestas a su disposición por el doctor Scoffield, acaso en un afán de despertarle ecos dormidos. Y ahora, eso le servía de ilustración. Sabía que terminaría por desfallecer, por morir, víctima de atroces tormentos. Sin hablar, porque nada podía decir. Pero aunque esto hubiera sido posible, también hubiera muerto igual…

De esto estaba seguro…

Transcurrieron largos minutos de silencio, de angustiosa espera. Unos pasos se habían alejado, pero volvieron pronto. Entre los vendajes, escrutó la lóbrega estancia. Un hornillo eléctrico comenzó a funcionar. Sobre él colocaron pinzas, agujas y extraños artefactos metálicos, bruñidos, como un diabólico instrumental de siniestros médicos destructores.

Por último, aquél a quién llamaran Mac, observó tenuemente:

—Patrón, podemos empezar por su cara. Si es cierto que tiene las cicatrices aún sin cerrar, el dolor ahí será mayor, y no le desfiguraremos mucho más de lo que esté ya.

Mark se estremeció de horror. Iba a ser peor aún de lo que suponía.

—Tienes razón otra vez, Mac —rió el jefe. Y agregó—: Duff, quítale las vendas.

Otro hombre, a quién no podía ver, se movió a sus espaldas. Le rodeó, Mark vio ante él unas anchas manos velludas, que se acercaron a su rostro, tomaron las vendas por encima del puente de su nariz, con violencia, y…

—¡No! —gimió roncamente Mark, de un modo casi instintivo.

Luego cerró los ojos. El bárbaro tirón le causó agudos dolores en el rostro, y crujieron los vendajes, rasgados por los dedos cortos y peludos, la masa de vendas cayó de su rostro, las facciones que

ocultaban quedaron al descubierto…

—¡Vamos, Mac, deprisa! —ordenó el jefe fríamente—. ¡Ya puedes empezar!

Siguió un silencio inexplicable. Mark abrió los ojos de nuevo, dominando las punzadas dolorosas de su piel dañada. Vio tres rostros, tres facciones torvas y crueles… pero también asombradas, incrédulas todas, fijas en él las miradas.

—¡Jefe! —exclamó Duffy, adelantándose a los otros dos—. ¡*Este hombre no es Mark Scott*!

En el mismo momento, una vidriera, a espaldas de los tres hombres, se abatió estrepitosamente, revelando unas figuras masculinas detrás; un largo cañón metálico, bruñido, asomó por el roto, y empezó a tabletear siniestramente una ametralladora «Thompson».

La vidriera, cercana al techo, debía de corresponder a un tragaluz situado a ras del suelo exterior, y la estancia ocupada por Scott y sus captores un subterráneo, porque mientras el arma crepitaba, arrojando haces de fogonazos anaranjados sobre los tres nazis, cuyos rostros se revolcaban, tronchados materialmente a balazos, bañados en su propia sangre, Mark podía ver las piernas de varios hombres, moviéndose al otro lado del boquete.

Por un instante temió que la temible y trágica «Thompson», que en menos de diez segundos convirtió el sótano en una cámara funeraria escalofriante, con tres cuerpos caídos en grotescas posiciones, y cuyos vidriados ojos miraban al techo en una trágica máscara de sangre y huesos destrozados, fuera dirigida contra él, para completar la matanza.

Pero en vez de eso, los restantes vidrios fueron soltados a patadas, y un par de hombres se descolgaron dentro de la estancia, avanzando hacia él. Uno llevaba una pistola «Luger», y el de arriba esgrimía amenazadoramente aún, su «Thompson» humeante.

—Buenas noches, Tony —saludó el segundo de los hombres aparecidos tan inesperadamente. Mark reconoció la faz redonda de Burke, y el tipo de ojos glaucos le sonrió—. Ya va entendiendo el misterio, ¿verdad?

—Cada vez menos —gruñó el hombre que había creído hasta entonces ser Mark Scott.

—Bien, ahora lo entenderá por completo —rió Burke—. La

verdad es que yo tampoco creía mucho esa fantasía oriental de su amnesia hasta que el señor Bettger me convenció.

De modo que sus teorías habían sido ciertas, igual que sus temores. Bettger, el amable vecino de los jugosos fresones, estaba, después de todo, detrás del oscuro e inextricable tinglado de enigmas en que se estaba debatiendo desde que abandonara el «Medical Center» sin saber adónde iba ni cuál era su pasado y su futuro.

—Buena matanza han hecho, hermano —dijo el hombre de los vendajes mirando en torno suyo, mientras Burke le cortaba las ligaduras, sin que su compañero dejara de encañonarle con su «Luger»—. ¿No me añadís a mí a la lista de difuntos?

—Oh, no, usted es demasiado precioso para nosotros, Wagner —rió de nuevo Burke.

¡*Wagner*! El que se creyera Scott estudió con estupor a su interlocutor. Repitió:

—¿Wagner? ¿Tony Wagner… soy yo?

—Claro que es usted —esta voz provenía del tragaluz. Mark miró allí. El hombre de la ametralladora se había agachado, y vio el rostro fríamente cortés de Charles Bettger, su vecino de residencia. Éste continuó—: Y ahora no se trata de un secuestro, sino de un rescate. Es usted libre, naturalmente. Ya sabe quién es, y acaso logre eso cambiar en algo su amnesia. ¿No le recuerda nada el Banco Federal, el millón de dólares, Marty Duncan y todo lo demás?

—Ya antes, en esta misma noche, recordé cosas relacionadas con eso —el joven se sentía demasiado aturdido, lleno de sorpresa y desconcierto, para reaccionar—. Yo… yo no soy Mark Scott.

—No —Bettger se echó a reír de buena gana—. Nunca lo ha sido. En el «Medical Center» entraron dos hombres el mismo día. Uno, era un tal Tony Wagner, víctima de un accidente de circulación cuidadosamente previsto para el caso. El otro, era Mark Scott, traidor a todo el mundo por cobardía y abyección, y que pagó su traición con unos balazos. Dentro de la clínica, uno de nuestros hombres hizo el cambio previsto. Es fácil, en un establecimiento sanitario así, cuando un hombre inteligente, activo y de total confianza dentro del Centro, obra rápida y calculadamente, trocar dos cuerpos cubiertos por sendas sábanas, y que ocupan iguales camillas, sin que nadie advierta el cambio. Sobre todo, cuando los

que pueden dar cuenta de dicho cambio, son un cadáver y un hombre ya de acuerdo en el trueque. Lo único que no calculamos jamás fue su amnesia, Tony. Y eso, precisamente eso, es lo que lo ha estropeado todo a última hora… Porque usted ha creído en todo momento, ser el hombre que se decía que era. Ahora vamos a cierto lugar más acogedor que éste, donde podremos charlar con todo detenimiento, Wagner. De no habérseme ocurrido vigilar su casa día y noche, el secuestro de los antiguos compañeros de Scott, los nazis, hubiera sido la causa de su muerte. Porque al descubrir que usted no es Scott, ya no les era útil, y en cambio se convertía en un estorbo para ellos. De buena le hemos librado, amigo…

Y el hombre que acababa de descubrir su nueva identidad de Tony Wagner, ladrón de un Banco Federal y oficialmente muerto en Chicago por su compinche, Marty Duncan, se vio en la obligación moral de asentir con la cabeza.

Después de todo, era bien cierto. Le habían librado de morir. Pero ¿cuál era su inmediato destino con Bettger y su gente? Empezaba a imaginar quiénes eran éstos, y la situación, en el fondo, no había mejorado en absoluto.

Un veloz automóvil de negra carrocería, condujo al joven por una carretera poco frecuentada, en la que un jalón de madera barnizado en amarillo le indicó la distancia de treinta millas hasta Pittsburg, ciudad, hasta el lugar donde, indudablemente, poseía un refugio más apartado su actual anfitrión, Charles Bettger. Un hombre, el de la «Luger», conducía silenciosamente, mientras Burke permanecía a su lado, silbando entre dientes un detonante « *roll rock’n* ». Bettger, sentado junto a Mark Scott (o Tony Wagner, según se desprendía definitivamente de los últimos y sorprendentes acontecimientos vividos en la aislada granja rural donde resultó hallarse, prisionero de los agentes neofascistas), fumaba en silencio un cigarrillo de exótico aroma, al que él había negado su aceptación poco antes.

—¿Vamos muy lejos ahora, Bettger? —interrogó el joven, rozándose las cicatrices del rostro, que le causaron un leve tirón doloroso.

—No mucho —sonrió el amable caballero, mirándole de soslayo—. De todos modos, antes del amanecer estaremos de regreso en

Pittsburg, no se preocupe por eso, Wagner.

—Y con mi rostro al descubierto ya… —Estaba pensando en algo, algo en lo que probablemente Bettger no podía pensar: Violette—. Perdida mi identidad de Mark Scott, ¿no es eso?

—Oh, no. No puede perder usted la identidad del hombre clave de nuestro plan, amigo mío. ¿Cree que para eso hemos gastado tanto dinero, que para eso hemos asesinado a un hombre en Chicago, y hemos costeado su estancia en el «Medical Center», cifrando nuestras esperanzas en el resultado final de la suplantación de personalizad que usted está llevando a cabo con tan perfecta habilidad?

—No es habilidad mía, Bettger. Yo ignoraba quién era. Ahora, cuando sé mi nombre verdadero, cuando conozco el destino sufrido por Mark Scott, ¿podré seguir fingiendo aunque así lo desee? ¿Me será posible engañar hora a hora y día a día a una mujer, que cree ser mi esposa y es, en realidad, la de otro hombre a quién asesinaron, acaso con mi propia complicidad?

—No, usted nada tuvo que ver con eso —rió Bettger—. Destierre escrúpulos, si es que Tony Wagner puede sentirlos por algo, al ser otro hombre por una simple amnesia.

—¿Quién es, en realidad, Tony Wagner? —preguntó seriamente el joven—. ¿Quién *soy yo*?

—Una pregunta original. Divertida también. Pero llena de lógica y de naturalidad en un hombre que vive su curiosa experiencia. Verá, amigo mío: Tony Wagner es una especie de bribón, de pillo redomado que huyó siempre de los delitos de sangre, pero que no regateó responsabilidades en atracos, robos, secuestros y toda clase de granujadas que no pudieran llevarle nunca a la silla eléctrica o la cámara de gas. Un tipo inteligente, astuto, de rostro poco conocido por la policía e incluso por sus propios compinches del hampa. Reclamado por la policía de varios Estados, pero no encasillado en los archivos Federales de Washington. Precisamente lo que necesitábamos. Capaz de todo por dinero.

—Capaz, incluso, de «colaborar» con los enemigos de su patria —dijo secamente el joven.

—Es un medio trasnochado y ramplón de expresar la realidad —observó agudamente Bettger—. En nuestra época, hemos desterrado términos tan ambiguos y espectaculares. Somos una generación

práctica, amigo mío, que labora por el bien supremo, por el triunfo de la verdad en el futuro.

—¿Y usted cree poseer esa verdad? —sonrió él enarcando las cejas.

—No precisamente yo. No me gusta personalizar, porque nuestras ideas van más allá de la persona, del individuo como base de la sociedad. Soy… un simple peón. Pequeño, insignificante: Pero con una misión que cumplir, con una consigna que acatar sin dilación, porque es fundamental para nuestra causa. Usted, Tony Wagner, es nuestro hombre. Elegido por otros para esa tarea. Yo soy el enlace dispuesto cerca de usted para guiarle. Ahora recibiré instrucciones directas del verdadero director en el país, del que rige mis actos, por orden más alta, superior a todas…

—Entiendo fácilmente de *dónde* proceden esas órdenes —observó con sarcasmo el joven.

—Me alegra su buena disposición para adaptarse a las circunstancias. Seremos buenos amigos, no lo dude. Por cierto, que el doctor Scoffield hizo maravillas en su rostro. Casi se parece usted a Mark Scott, el verdadero. De no ser por ciertos rasgos en desacuerdo, nadie diría que no sea él. Sus antiguos compinches, sin embargo, le conocían demasiado bien para dudar al verle. Supieron en el acto que no era Scott.

—¿También el doctor Scoffield es miembro de… de la organización?

—Claro, mi querido amigo. De no mediar él, ¿cómo cambiar los cuerpos, cómo hacerlo todo a conciencia? El único fallo fue ajeno a nuestros planes: su pérdida de memoria, al recibir un golpe demasiado violento en el fingido accidente de tráfico ideado para su ingreso en la clínica como Mark Scott, mientras éste, muerto a tiros, ingresaba con el nombre de Tony Wagner.

—Muy ingenioso. Pero eso me recuerda algo más, Bettger: ¿Y Marty Duncan? Hay un hombre, cómplice mío en un robo de un millón de dólares, que debe andar buscándome… porque él sabe que no mató a Tony Wagner, y debe creer todo eso una burda farsa para quedarse sin su dinero.

—Jamás he pensado en ese Marty Duncan —rió Bettger—. Era un pistolero de mala muerte, amigo mío, asociado últimamente con usted. Es posible que sospeche algo. Y si vio el cuerpo de Scott por

alguna casualidad imprevisible, sabría que el verdadero Tony Wagner sigue vivo en alguna parte. Pero en caso de peligro para usted, nosotros le protegeremos…

—Es gracioso. Ustedes me protegen… si colaboro con la misma causa con la que se comprometió a colaborar el anterior Tony Wagner, el pillo redomado. Pero ¿si me niego?

—Entonces, mi querido Wagner, seguirá los pasos del auténtico Mark Scott… y nosotros nos dedicaremos a buscar otro hombre que haga la labor. La causa no conoce la piedad ni el sentimentalismo. El mundo no puede vivir eternamente de eso.

Enmudeció el joven, rozando aún con las yemas de sus dedos las cicatrices de su rostro. El coche siguió adelante, se desvió de la carretera por un camino vecinal que discurría entre terrenos de labranza y cercas de madera mal cuidadas, llegando al fin ante un edificio de ladrillos, que iluminaren los faros del coche fugazmente, mostrando sobre la valla de tablas y alambre espinoso un inocente rótulo visiblemente destacado:

«Hacienda Wilcox. Avicultura y selecciones de granja.
»Prohibido el paso».

—Ya hemos llegado, amigo mío —dijo Bettger, a guisa de explicación.

CAPÍTULO VII

El interior de la granja era sorprendente, comparado con su apariencia trivial e insignificante. Cierto que había aves, corrales llenos de gallinas, palomos y otras clases de alados animalitos, cuyo revuelo era considerable al pasar por entre sus verjas tupidas, camino de la casa. Un hombre con aspecto de granjero, que únicamente quedaba paliado inquietantemente por una automática enfundada en su cintura, bajo la zamarra de cuero, gastada en los codos, saludó deferentemente a Bettger, miró ceñudo al visitante y les precedió al interior de la casa.

Detrás de una estancia donde se apilaban cajones destinados a huevos de ave y otras mercancías derivadas de lo que allí parecía cultivarse, el granjero abrió lo que en apariencia no era sino un simple armario de útiles diversos. Pero apartados esos útiles rápida y eficientemente, surgió otra puerta en el muro, al fondo del armario, Bettger accionó un pulsador oculto, y la entrada fue franqueada silenciosamente, sin un solo chirrido.

Dentro, lo primero que vio el joven que se creyera Mark Scott hasta poco antes, fue una cruda luz blanca, proyectada sobre el cuerpo bruñido, aerodinámico y agudo de un largo proyectil balístico, copia exacta del intercontinental «Atlas» o «Júpiter», de eso no estaba seguro él aún, como no lo estaba de muchas otras cosas.

Sobre un muro, en hilera dentro de una vitrina de cristal, se distinguían espoletas, percutores y delicados mecanismos balísticos de compleja estructura, que el joven estudió en silencio, con rápida agudeza, sin que Bettger le quitara los ojos de encima.

—¿Le es familiar algo de lo que ve, Wagner? —dijo, cuando estuvieron dentro de la sala y la puerta de acceso volvió a cerrarse en silencio tras de ellos.

—Creo que sí —llegó junto al cuerpo recto, agudo y brillante del

proyectil, sustentado sobre unos soportes metálicos, y cuya escala era reducida, en comparación con los originales que se lanzaban desde Cabo Cañaveral y otros centros de experimentación balística de los Estados Unidos. Pasó sus dedos sobre el cuerpo plateado, hasta tocar la punta acerada, centelleante, picuda. Se estremeció, como si algún recuerdo lejano pugnara por salir a la superficie, al contacto del metal balístico. Añadió con sequedad—: Pero no puedo estar seguro de nada todavía. Mi mente está confusa, liga las ideas torpemente.

—Sin embargo, conoce lo que está viendo. Sabe que es un proyectil intercontinental, superior al «Atlas», al «Júpiter», al «Vanguard» y a todo cuanto se ha hecho. Pero algo falla en él, algo le hace ser aún como un cuerpo adherido a la tierra, sin posibilidad de liberación. Y, sin embargo, poseemos todo, absolutamente todo, excepción hecha del sistema ideal para poner en funcionamiento el propulsante o combustible, sin que ese cohete, por la propia acción de su poderosa energía propulsora, estalle en menudos fragmentos antes de despegar de tierra. La altura de un «Vicking», por ejemplo, sería juego de niños, comparado con lo que este cohete puede alcanzar, liberándose incluso de la gravedad terrestre. El proyectil que tenemos aquí, abre el campo definitivo y total de los ataques intercontinentales e incluso de los viajes espaciales y la Astronáutica. Pero falla lo más pequeño, lo que pudiera parecer más nimio y falto de importancia: el sistema de espoleta, el mecanismo de explosión que lance al cohete hacia las alturas.

El joven no respondió. Estaba pensando ahora en lo que oyera sobre ciertos estudios privados de Mark Scott, sobre notas en su gabinete de trabajo, que Violette decía no entender. Su capacidad técnica en la Factoría Forrester, su especialización en espoletas y mecanismos de percusión de proyectiles y cohetes…

—¿Y Mark Scott trabajaba acaso en todo esto? —preguntó, tras una pausa meditativa.

—Justamente. Sabemos que había dado con un sistema que deseaba ensayar. Este modelo a escala reducida, se obtuvo tras difíciles operaciones en los talleres de factorías del Estado e incluso de la propia Factoría Forrester, donde fabrican las bombas de impulsión y los motores fabricados se almacenan en la Factoría donde usted ha de volver como si fuese Mark Scott, esperando la

prueba de la nueva espoleta de doble acción y capacidad ilimitada que creara Scott.

—¿Y por qué precisamente yo, para ocupar el puesto de un técnico en proyectiles?

Bettger rió de buen grado, aunque su expresión era fría y calculadora.

—Porque Tony Wagner ha sido también técnico en proyectiles, hasta que se le expulsó de Sands Rock, centro de experimentación del Estado, por vida desordenada y malos antecedentes. Entonces, Tony Wagner volvió a su vida de bribón, pero nadie como él conocía los mecanismos complicados de las cajas fuertes, los sistemas de alarma o seguridad de los bancos y todo aquello que le podía hacer llegar al dinero más fácilmente. Y le hablo en tercera persona de ese hombre, porque debe habituarse a algo, algo que si olvida, constituiría un grave riesgo para usted: Tony Wagner ha muerto. Usted es Mark Scott, y nadie más que Mark Scott, ¿de acuerdo?

—Supongamos que sí. ¿Cuál es, entonces, mi misión?

—Son dos las misiones encomendadas, y eso nos lleva a hablar nuevamente a Scott. Pudimos haberle secuestrado forzándole a decir la verdad sobre esas espoletas. Pero él no la hubiera dicho. Por el contrario, nos hubiese tratado de engañar con falsas orientaciones. Últimamente, había cambiado mucho y eludía todo intento de traición. Primero mintió y traicionó a sus antiguos compañeros nazis. Luego, pretendió convencernos a nosotros de que colaboraría con nuestra causa sin doblez. Pero nuestro jefe sospechó. Supo que entre el
F. B. I.
y Mark Scott había algún contacto, un enlace o relación de la que no estaba seguro, pero que existía en alguna parte. Por la razón que fuere, los Federales y Scott tenían algo en común. Eso era peligroso, y sería mejor eliminarlo. Ahora, los federales acaso busquen el contacto con usted, pero su amnesia le será muy útil en algo que usted, como tal Tony Wagner, hubiera tenido dificultades en soslayar. El no recordar nada, tiene sus ventajas, después de todo: Scott, me consta que entregó los planos de su nueva espoleta a la fábrica Forrester, pasando el proyecto a estudio y pruebas. Eso es funesto, si el Gobierno yanqui obtiene pronto resultados. El

proyectil intercontinental perfecto, no debe llegar a ser una realidad jamás… excepto si nosotros lo alcanzamos antes. Su misión es ésta: anular tales experimentos. Y sólo hay un medio para ello: destrucción.

—¿Destrucción?

—Sí. Total y absoluta. Una cápsula bastaría para volar por los aires la «Factoría Forrester», con su precioso *stock* de proyectiles a punto de entrar en acción, dependiendo sencillamente de una espoleta complicada, en período de ensayo. Pero no es fácil entrar en ésa factoría, nacionalizada y vigilada estrechamente. Pero usted trabajará allí de nuevo, volverá a tener acceso a los mecanismos, como Mark Scott. Una cápsula que yo le entregaré, completamente inofensiva, excepto si entra en contacto con altas temperaturas, se encargará de llevarse por los aires toda la factoría. ¿Entiende ya, Wagner?

—Sí, entiendo. Mark Scott tenía acceso a lugares de altas temperaturas…

—Eso es. Su pabellón de trabajo está junto a los altos hornos de la factoría. Una simple ocultación de esa cápsula, cerca de los altos hornos, bastará. El calor reinante irá reblandeciendo su capa envolvente, y un par de horas más tarde, saltará en pedazos la factoría, con sus proyectiles y el sistema de espoleta que, a ser posible, deberá usted recuperar, para ganarnos a nosotros tiempo en los experimentos. Creo que hay una o dos espoletas de muestra, a punto de funcionar. Obtenga una, y su labor habrá sido perfecta. Entonces ya no precisará de su memoria para recuperar ese pobre millón oculto. Hay muchos más millones en juego, y sabemos ser generosos con quien nos sirve leal y acertadamente, Ahora, Wagner, espero su respuesta, porque ya es usted un hombre diferente al que contratamos entonces. ¿Trabajará para nosotros o no?

—Negarme, es morir… —sonrió él.

—Y aceptarlo para después volverse atrás o traicionarnos, también significa morir. No se haga ilusiones. Nuestro brazo es largo y despiadado. Llega lejos, Wagner…

—En ese caso, prefiero seguir viviendo —dijo con firmeza Tony —. Acepto, Bettger.

—Lo celebro por usted —se llevó una mano a la muñeca y desprendió su reloj de pulsera, que tendió al sorprendido joven—.

Ahí tiene la cápsula de que le hablé. Nada más sencillo y vulgar que perder el reloj junto a los hornos de fundición. Cae en un sitio donde sea difícilmente visible, no demasiado cerca del más alto grado de calor, para no precipitar la explosión… y lo que contiene ahí ese reloj hará simple humo las ilusiones del Gobierno de los Estados Unidos respecto a balística intercontinental…

En silencio, Tony Wagner tomó el reloj y dio el suyo a cambio. Después, Bettger pareció dar por resuelto el asunto y pasó a otra cuestión, ardua y compleja, en la que pasaron las tres horas siguientes, encerrados en aquella cámara secreta: el desarme y estudio de todas y cada una de las piezas de aquel complicado proyectil, en cuyo interior, bajo la envoltura desmontable de su cuerpo acerado, resultó existir un mundo infinito de mecanismos, ingenios y propulsores mecánicos, al servicio de una sola idea: el dominio intercontinental de los espacios, con vistas a una futura conflagración.

Estaba próximo el amanecer, cuando abandonaron la hacienda avícola, y regresaron en el oscuro y silencioso automóvil hacia el centro de Pittsburg. Dejaron al presunto Mark Scott cerca de su vivienda, pero no exactamente en su vecindad.

El joven comprobó la hora en el trágico reloj que se ceñía ahora a su muñeca, en espera del terrible destino a que estaba abocado: eran las seis y media de la mañana. La claridad azulada que se extendía ya por detrás de los grises contornos de las fábricas, fundiciones y factorías metalúrgicas de Pittsburg, mostró al joven la silueta amable de su vivienda, donde una mujer estaría esperándole aún inquieta y temerosa.

Una mujer, Violette Scott. Una mujer por la que había empezado él a sentir algo inquietante, y de la que ahora sabía algo nuevo y desolador: no era su esposa. Pertenecía a otro hombre, a un hombre asesinado en Chicago, cuyo puesto estaba usurpando él…

Nuevos vendajes, dispuestos cuidadosamente por Bettger en la hacienda avícola, cubrían de nuevo su rostro, para no mostrarle la verdad a la muchacha.

Aquello no era noble ni leal. Pero nada de aquel diabólico asunto lo era. Y él, fuese Tony Wagner, Mark Scott o cualquier otro, se sentía como envuelto en un torbellino siniestro, prisionero de unas redes de las que no era ya consciente autor, puesto que había

encarado una nueva vida a partir de su amnesia… y esa vida se obstinaba en ser sombría, preñada de amenazas, odios, traiciones y recelos, para culminar en un crimen de lesa patria, en una hecatombe que repugnaba a sus sentimientos.

Ojos invisibles le vigilaban en la sombra, sabía que sus pasos eran seguidos, que se le espiaba y acechaba implacablemente, esperando un error, un fallo, un simple paso en falso. Eso significaría la muerte. Y él no quería morir.

Quería intentar lo imposible, antes de resignarse a perderlo todo, sacrificado en vano. Y ese imposible que alimentaba, era precisamente todo lo contrario de lo que Bettger y sus torvos ideales significaban para la nación donde vivían y habían nacido…

Se sorprendió de encontrar las luces encendidas en la casa. Y más aún cuando fueron dos las personas que salieron a recibirle en el vestíbulo, con muestras de evidente alivio.

—¡Mark, muchacho! —exclamó jovialmente el rubicundo Víctor Morrow, abriendo sus brazos—. ¿Para esto he venido a toda prisa de Chicago, dejando mis asuntos? ¿Para encontrarme con una desconsolada esposa que lloraba a solas la ausencia de su veleidoso marido…?

Pero las palabras alegres de Morrow no fueron casi oídas por Wagner, ya que Violette obró de un modo increíble, arrojándose con violencia en brazos del joven, sin poder contener sus sollozos, que sacudían con fuerza su bella figurita. Él no quiso hacerlo, pero se encontró rodeando amorosamente los hombros de la linda pelirroja con sus brazos.

—¡Oh, Mark, cuánto me has hecho sufrir esta noche! —gimió ella a flor de labios, sepultado el rostro en su pecho—. He llegado… he llegado a pensar si te habrían matado… si de nuevo te habría perdido, y esta vez para siempre…

—Pero… Violette, no podía yo saber que tú… que tú pensaras así… —balbuceó el joven, sin saber qué decir ante aquella explosión de afecto inesperado.

—Mark, Mark, no me preguntes qué me ocurre o qué es lo que ha pasado para que mis sentimientos hacia ti se vuelvan como fueron en un principio, pero sé que si alguna vez te he amado, que si algún momento ha sido para mi angustioso y terrible, ha sido precisamente el de esta noche sin ti, sin saber dónde estabas…

¡Porque te amo, Mark, te amo, a pesar de todo, por encima del pasado y de cuánto entonces sucedió entre nosotros!

Impulsivamente, ella levantó la cabeza para buscar sus labios, pero entonces, el hombre que se hacía pasar por Mark Scott sintió horror de sí mismo, del beso que, candorosamente, pedía ella al hombre que suponía era su esposo… y se apartó vivamente, soltándola con brusquedad, zafándose de su proximidad con un esfuerzo de voluntad.

Violette retrocedió un par de pasos, tambaleándose, fijos sus dilatados ojos en él, dolorosamente defraudada por el hombre a quién creía su marido. Víctor Morrow miraba la escena con una gran parte de su jovialidad desaparecida. Sin duda, también el viejo amigo de los Scott intuía algo raro en todo aquello.

—Violette, yo… lo siento —murmuró roncamente Tony Wagner —. Pero no quería…

Sin dejarle terminar, ella lanzó un prolongado sollozo y cruzó el vestíbulo corriendo. Desapareció en la escalera que conducía al piso superior, perdiéndose su llanto tras el sonido de una puerta al cerrarse. Ambos hombres, solos y frente a frente, se mantuvieron silenciosos, violentos, como no sabiendo por dónde empezar.

—Bueno, Mark, creo que no he elegido buen momento para volver a Pittsburg, a pesar de que lo hice por vosotros, dejando abandonados mis negocios más urgentes —dijo Víctor pausadamente, dirigiéndose a una mesita de donde recogió su sombrero—. Me marcho, y es posible que mañana las cosas se hayan aclarado más… Creo que, de todos modos, tu actitud con Violette no tiene justificación, Mark. Además de pasar la noche fuera de casa, no sólo se abstiene de pedirte explicaciones, sino que se arroja en tus brazos, llorando de emoción… y tú la apartas con una brusquedad dolorosa y humillante para ella.

—Víctor, estas cosas nadie, excepto uno mismo, puede comprenderlas…

—No intento tampoco comprenderte, Mark, pero es hora de que reacciones de otro modo. Durante mucho tiempo, he asistido a vuestra vida en común, y veo que no supiste jamás hacer feliz a esa muchacha, a pesar de que es encantadora y se merece todo lo mejor de este mundo. Ella ha sido paciente, ha perdonado y olvidado mucho. Pero tú no te das cuenta de nada. Y aun con tu amnesia y

todo eso, sigues igual que antes. Ella pretende hacer borrón y cuenta nueva, empezar otra vez, sin rencores. Y ahí sale de nuevo el Mark Scott a quién yo más detesto: el intolerante, el brusco y duro Scott.

—Gracias por todo, Víctor, pero será mejor que te vayas y me dejes solo. No necesito tus consejos.

—Oh, claro, tú nunca necesitas consejos de nadie, ¿eh? —Morrow, ceñudo, se encaminó a la puerta—. Está bien, hasta otro día, Mark, pero así no resuelves nada de nada. Violette se merece otro trato. O terminarás perdiéndola, fíjate bien…

Dicho esto, salió de la casa. La puerta resonó con fuerza tras de él.

Un hombre se quedó solo allí, como perdido en medio del vestíbulo, sumido en sus pensamientos, nada alegres ni claros. Un hombre con la cabeza envuelta en vendajes, que se aferraba las sienes entre sus manos, y caminaba lenta, pesadamente, hacia el gabinete inmediato. Miró hacia el techo, con patética impotencia, por entre la enredada masa de vendajes que le convertía casi en un monstruo.

¡Un monstruo! La idea le hizo reír. ¿Acaso no era eso, aun sin vendas? Un monstruo sin conciencia, usurpando el lugar de un hombre asesinado, engañando a una mujer maravillosa, sensible y delicada. Un monstruo sin nombre, sin lugar en la sociedad, sin pasado ni futuro, sin un sendero en su vida… Destinado tan sólo a destruir, a matar, por unas ideas que le eran extrañas, a las que no estaba dispuesto a obedecer por nada de este mundo, aunque la rebelión significase la muerte.

Morir era más piadoso que vivir así, sumido en una eterna noche de tinieblas, cercado por la angustia, la incertidumbre y la soledad de su vida prestada, grotesca…

Y para colmo de males, ella, Violette… enamorada otra vez de su esposo. Del hombre a quién creía su esposo y era un simple falsario, una contrafigura, un usurpador enmascarado por una falsa careta de vendajes, cuyo propósito era ahora evidente. El doctor Scoffield no le había recomendado conservar aquellas vendas para disimular las cicatrices casi curadas ya. No, su idea era otra bien distinta, más tortuosa: engañar, mentir, esconder la realidad a una mujer y a unos hombres que creerían realmente que Mark Scott

volvía a su mundo.

Era un infierno, un infierno cruel y abominable… porque él también se sentía atraído hacia ella, él también experimentaba algo hondo y apasionado por Violette, que no era su esposa ni le pertenecería jamás, puesto que para ella, la verdad de su rostro y de su nombre significarían una sola cosa: *complicidad en el asesinato de Scott.*

Un abismo que les separaría siempre, si no hubiera otros más por medio. Rabioso, se llevó los dedos al rostro vendado, los hundió entre las tiras de tejido blanco, rasgó brutal, despiadadamente, las vendas y gasas que le envolvían, percibió con cierta salvaje satisfacción el crujido de la tela entre los dedos crispados, sintió salir las espirales blancas de tela, hasta rodar por el suelo, se desenvolvió aquella máscara infame, quedó ante el espejo, erguido… mirándose por primera vez el rostro, surcado de varias cicatrices ya en vías de curación, de las que más adelante sólo quedarían líneas, surcos ligeros en su piel broncínea, tersa, en aquellas facciones varoniles, de dura expresión, ojos penetrantes y firme boca apretada. La piel se azulaba en torno, por efecto de la barba, descuidada unos días.

Ante la imagen del espejo, retrocedió dos pasos, tambaleante. Se había habituado ya a verse con aquellas vendas, convertido en un ser sin rostro. Esta experiencia era nueva, turbadora, impresionante… y le llevó una ráfaga de extraña luz a la mente en tinieblas.

Algo, *algo* pugnó, allá en el fondo de su memoria, por romper los velos y escapar, por devolverle a la realidad de su pasado, de su vida. Y es posible que en aquel instante de diáfana lucidez, provocado por el encuentro consigo mismo sobre el cristal azogado, al encararse con su propio reflejo, hubiese recobrado la normalidad, vuelto a ser él mismo, con noción absoluta de todo lo olvidado.

Pero sucedió algo imprevisto, algo que dio al traste con todo y cubrió de intensa palidez el rostro crispado del hombre que se hacía pasar por Mark Scott. Un rostro más apareció tras él, reflejado en el espejo, un par de ojos dilatados, horrorizados, le contemplaban fija y obstinadamente.

Se volvió él en redondo. Se encaró con Violette Scott, aferrada angustiosamente al borde de la puerta, que le contemplaba sin

poder creer lo que veía. Indudablemente, había bajado en forma tan cautelosa que no fue capaz de advertir su llegada hasta este momento. Y ahora era demasiado tarde…

—¡Violette! —Fue un ronco susurro el que escapó entre sus labios crispados.

Ella retrocedió dos pasos, tambaleóse al murmurar con un hilo de voz:

—¡No… no eres… Mark Scott… Tu rostro… no es el suyo…! ¡No eres mi marido, no eres mi marido…!

Un sollozo quebró su voz y después se desplomó sobre el linóleo, inconscientemente, rota por la emoción.

CAPÍTULO VIII

No podía hacer muchas cosas. La primera de ellas, tratar de asistir a Violette. Trasladó a la joven a una butaca buscando después una botella de coñac, del que le hizo ingerir algunas gotas entre sus apretados labios.

Lentamente, Violette fue recuperando la noción de las cosas. Suspiró, entreabrió los ojos y fijó en el joven una larga mirada intensa, amarga y hostil.

—Lo siento de veras, Violette —dijo él roncamente—. No pude evitarlo…

—¿Quién… quién es usted? ¿Qué ha hecho de mi marido? ¿Dónde está Mark?

—Tranquilícese, por favor. Soy el primero en sentir el dolor de esta situación. A fin de cuentas… no sabía… no podía saber sino lo que me dijeron. Mi mente ignora todo lo relacionado conmigo mismo. Se me dijo que yo era Mark Scott. Lo creí de verdad y vine convencido de mi personalidad. Hasta hace muy poco tiempo, esta misma noche, no he sabido que yo fuese otra persona y no su marido.

—No lo creo… No puedo creer nada suyo… Dígame dónde está Mark, qué significa todo esto… Lo demás no me importa, me tiene sin cuidado todo lo suyo…

—Escuche, y trate de ser razonable —desesperado, se inclinó sobre ella, y Violette hizo un instintivo gesto de horror, echándose atrás—. Yo ignoro lo que está ocurriendo. Sólo sé que hay personas interesadas en que su marido desaparezca de forma… pongamos temporal, de su vida habitual. Ignoro si vive o no. Y si algo le ha ocurrido, no he tenido parte en ello, se lo prometo…

—¿Cómo puede estar tan seguro de eso? Dice que no recuerda nada.

—Es cierto, posiblemente me hayan engañado también en eso.

Pero yo tengo conciencia de algo: de que por despreciable que haya sido mi vida hasta hoy, no pude hacer nada semejante, no pude ser cómplice en crimen alguno, no he intervenido en esta suplantación ni sé de nada todavía. Estoy tan en tinieblas como usted misma, soy un peón más en esta dramática partida…

—Pero Mark… Mark ha muerto, ¿verdad? —Y la pregunta era tan fríamente segura, tan cruda y directa, que él no pudo hacer otra cosa que inclinar la cabeza en silencio.

Un sollozo sordo, contenido apenas, brotó entre los labios pálidos de la joven. Luego, él trató de continuar:

—Ya le he dicho que no tengo nada que ver con eso, que he sido engañado. Como usted, como todos… Pero no hubiera seguido engañándola, porque estaba dispuesto a…

—Por favor, no siga —cortó ella roncamente—. No quiero seguirle escuchando. Si no ha de continuar la farsa, continúela ante los demás, no ante mí. Váyase. A cualquier parte, lejos de aquí, donde nada le pertenece ni es suyo.

—¿Va a denunciarme a la policía, Violette? —preguntó suavemente.

Un largo silencio siguió a la interrogante. Después, ella entornó los ojos. Estaba muy pálida y le temblaban las manos sobre el pecho.

—No lo sé… No sé nada de nada aún… y creo que necesito reflexionar… hacerme cargo de todo lo que no comprendo… Déjeme sola, váyase…

Se incorporó el hombre que hasta entonces se había hecho pasar por su marido. Apartóse del butacón, inclinándose a recoger sus vendajes, que hundió en un bolsillo de la americana. Después, se encaminó a la puerta, sin que ella tratara de detenerlo. Cuando salió al jardín, el día clareaba ya sobre Pittsburg, mientras el gris de las fábricas se recortaba contra el cielo. Cerróse tras él la puerta, y una mujer lloró dentro de la casa.

El joven avanzó por la senda de grava, inclinada la cabeza hacia el suelo, sintiendo por vez primera, en toda su intensidad, el aire fresco de la mañana contra su rostro agitando sus cabellos.

No sabía adónde dirigirse a tales horas. Se tenía que presentar en la Factoría Forrester a la hora de entrada al trabajo, pero aún faltaban un par de horas para ello.

Encontró abierta una cafetería, cuatro travesías más abajo, y entró a tomar un café solo bien cargado. Sentía la imperiosa necesidad de reanimarse con algo, y también de combatir el sueño que la larga noche de vela traía consigo.

Un empleado soñoliento le sirvió, casi sin mirarle, y el joven permaneció reflexionando largo rato. Examinaba con mirada ausente su anillo, aquel anillo legítimo, con la fecha de boda entre Mark Scott y su mujer. Eso le recordó algo. Rebuscó en sus bolsillos y dio con un sobre de cerillas. Examinó la tapa azul, con un pájaro exótico en ella. El nombre rezaba, con las típicas letras de los clubs nocturnos, en esas clases de reclamos: «Flamingo». Y más abajo, una dirección en pequeñas letras negras impresas: West Drive, 198. Pittsburg.

Terminado su café, adoptó una decisión. Salió de la cafetería, subiéndose el cuello para abrigarse del frío matinal. Cualquiera que le viese, sería incapaz de relacionarse con el hombre vendado que era para todos Mark Scott.

Consultó una guía de transportes locales y tomó un autobús hacia el centro, dejando bien pronto atrás el distrito residencial e industrial de Pittsburg, hasta llegar a la altura de West Drive, tal como rezaba un indicador de calles. Abandonó allí el autobús, subiendo hacia los números altos de la calle. Pronto encontró el 198. Era un edificio moderno, rectilíneo y carente en absoluto de belleza, en cuya planta inferior se veían grandes rótulos luminosos, ahora apagados, con el nombre «FLAMINGO» formando arco sobre una gigantesca figura de un ave zancuda tropical. Al lado de todo esto, destacaban las carteleras, anunciando la actuación especial de una «streap-tease» famosa en todo el Oeste, así como de dos hermanos especialistas en números acrobáticos. Entre las atracciones anunciadas con letras de menor tamaño, destacaba la de Eva Boyle, «La Venus de Fuego». Y se cuidaban de ilustrar este extremo con varias fotografías de la rubita, sobre un fondo de llamas y diablos, casi tan expresivos como las turgencias femeninas exhibidas generosamente.

El joven se miró en el cristal de las vitrinas, donde la claridad del amanecer casi formaba un claro espejo. Su aspecto no era malo del todo, y las cicatrices le deformaban menos de lo que podía suponerse en principio. Se pasó los dedos a guisa de peine por sus

revueltos cabellos, y luego empujó las puertas del local.

Todo aparecía desierto, las sillas y mesas recogidas en torno a una pista silenciosa y abandonada. Sobre la barra, cubos de limpieza y escobas, aguardaban sin duda las manos que habían de emplearlos en el aseo del local, que olía a bebidas alcohólicas tan malas como caras para el público de semejantes antros. Unas cortinas que debían de resultar muy sugestivas con la luz de los focos, pero que aparecían ahora bastante deslucidas, cubrían el fondo de un diminuto escenario con los vacíos atriles de una orquestina.

—¡Eh, amigo! ¿Se dejó olvidado algo aquí, la otra noche? —preguntó una voz a su espalda.

Se volvió sin prisas. Un tipo en mangas de camisa, con el chaleco desabrochado, masticaba un puro y respiraba cansadamente, con aire tan fresco como si llevara cien noches sin dormir una hora. La mirada de sus ojillos estrechos era desconfiada y severa.

—Seguro —rió entre dientes Tony Wagner—. Perdí un amigo aquí, y pensé que a lo mejor andaba aún debajo de alguna mesa. Pero si barren con frecuencia, es que no está.

—Se hace el gracioso, ¿eh? —masculló el otro, enfadado—. Largo, chico. No es hora de venir con chistes malos. Probamos a los teloneros de las doce a la una.

—Creo que con usted tendrán bastante aquí, compadre —replicó Tony—. Sobran los graciosos. Yo busco a Mark Scott, un buen chico de esta sucia ciudad de Pittsburg. ¿Le conoce tal vez?

—¿Scott? ¿Mark Scott? —El otro frunció el ceño, mirando con mayor recelo a su visitante—. Aguarde, hijito. ¿No se referirá al amiguito de esa rubia estupenda, Eva Boyle?

—La rubia es estupenda, de acuerdo. Y el amiguito es Mark Scott, eso creo. De modo que sabe cosas de él. Ahora veamos: ¿tiene idea del tiempo que falta de aquí y de quiénes son sus amigos habituales?

—¡Peste de Scott! No me gusta ese tipo. Bebe demasiado, gasta mucho para ser un empleado de las fábricas, y tiene amigos que aún me gustan menos que él. No, me alegro de que no ande por aquí. Y creo que también se alegra la chica, Eva Boyle. Así le dejan tiempo libre para zanganear con ese otro tipo, Dean Carey. Pero ése es más

conservador. No tira alegremente los cientos de dólares…

—¿Cientos de dólares? —El joven frunció el ceño—. Mucho pagan aquí…

—¿A Scott? Ni el presidente de las Factorías Forrester cobra la mitad de lo que él gastaba aquí cada noche. No, amigo, el tipo se traía algo sucio entre manos, estoy seguro. Carey dice que no, y la rubia también. Pero a mí no me la dan… Oiga, compadre, y a todo esto, ¿quién mil diablos es usted? Tiene aires de polizonte o de federal…

Rió el aludido, divertido por la comparación.

—No, no soy nada de eso. No tiene que preocuparse. Soy realmente amigo de Scott y ando buscándole. Creí que aquí podrían darme una pista de él o de sus amigos…

—Vaya a ver a Eva, si quiere. O a Carey… ¡Eh, espere! Ahí tiene usted a Carey… Vea, en el bar de enfrente. Siempre va a tomar ahí el desayuno, después de su turno de noche. Ahora vamos a cerrar, de modo que lárguese con viento fresco, muchacho.

Tony le dirigió una torcida sonrisa, comprobando a través de las vidrieras de la puerta que, efectivamente, era Dean Carey el que entraba en un local de enfrente, donde se anunciaban desayunos y almuerzos económicos. Vestía un «mono» azul y llevaba un maletín consigo. Pero era el mismo hombre del piso de Eva Boyle la noche antes.

Cruzó la calle, empujó la vidriera del local y se acercó al taburete que, ante el mostrador, ocupaba ahora el guardián de la fábrica. Un tipo con aire desocupado entró casi al mismo tiempo que él y se sentó en una mesa apartada. Dean Carey se volvió mirando a uno y otro con total desinterés. Luego encargó una taza de café con leche y unas tostadas con mantequilla. Tony pidió café solo.

Tras una larga pausa, empezó a mirar de soslayo a Carey. Éste lo advirtió, estudiándole, ceñudo. Por fin, dijo secamente:

—¿Le ocurre algo, amigo? ¿O es que no le gusta mi cara?

—Creí que era usted un amigo mío, un tipo al que ando buscando: Mark Scott —dijo con toda calma Wagner, sonriendo.

Carey frunció el ceño, siguió con la mirada fija en él y dijo de pronto:

—¿De modo que ya ha cambiado su papel?

—¿Eh? —se sorprendió a su vez el joven, cogido por sorpresa.

—Anoche era Mark Scott, resucitado. ¿Quién es ahora? ¿Hércules Poirot?[1]

—No —rió ahora de buena gana el joven—. No me imaginé que me reconociera.

—He hecho algo más que eso. Es muy extraño que un hombre vuelva diciendo que es Mark Scott y resulte ser un falsario. Soy un hombre muy observador, y anoche no me pareció Scott en absoluto. Cuando obró de aquel modo con Eva y conmigo, estuve completamente seguro. Scott era de otro modo. Solapado, cobarde y viscoso, pero no un luchador. Huía siempre sus responsabilidades y todo riesgo posible. Era un canalla, esté donde esté. Pero aún queda la incógnita: ¿quién es usted?

—Ni yo mismo lo sé aún —y no mentía del todo al decir esto—. Es cierto que perdí la memoria. Pero alguien se ha empeñado en que sea Mark Scott.

—Pero no engañará a nadie más. Espero que no irá a la Factoría con la idea de entrar como tal.

—¿Y si eso ocurre? ¿Qué hará usted entonces, Carey?

—Impedirlo. Como hubiera impedido que Scott entrase, hasta que no hubiera seguridad sobre sus propósitos. Pero habiendo un falsario, es más delicado aún el momento. No puedo encubrirle. Y no es rencor por lo de anoche. Creo que me merecí el escarmiento.

—Sospecha que puedo representar un peligro.

—Es una de mis sospechas. Y escuche esto, sea usted quien sea: yo podré ser un individuo tan lleno de errores y de faltas como otro cualquiera, pero nunca me uniría a un traidor. Dentro de esa fábrica hay material de guerra muy delicado e importante. Mecanismos que, de ser destruidos, significarían un retraso de meses o años en el armamento.

—¿Y si yo le dijera que nada le va a ocurrir a ese armamento si yo entro allí?

—No le creería.

—Dentro de la fábrica puede haber ya gentes dispuestas a sabotear la industria bélica.

—Es posible. Pero las mayores posibilidades se inclinan hacia usted.

—En ese caso, denúncieme a la policía.

—No lo he hecho aún. Tal vez no lo haga todavía. Y no sé por qué. Es posible que, dentro de mis recelos, me inspire usted cierta confianza. Tal vez por eso imaginé enseguida que usted no era Scott. De él sospeché siempre lo peor.

—Parece ser que todos le juzgaron mal. No era tan perverso como parecía. Y por eso le mataron…

—¿Muerto Scott? —Carey le miró con asombro—. Cielos, parece increíble. Una rata menos.

—No es un comentario piadoso.

—No tengo piedad con los tipos como él. Violette Scott fue una de sus víctimas. Y además, como disponía de mucho dinero, podía quitarme a mí el afecto de Eva, porque a ella le gustan mucho los lujos, que yo no puedo darle.

—¿Su sueldo en la fábrica era tan grande?

—Claro que no. Alguien le pagaba por algo. Y no sería por nada bueno, desde luego. Ahora debió convertirse en un peligro para alguien, y por eso le eliminaron. ¿Y usted quién es, amigo? ¿Un policía tal vez?

—Es curioso que diga eso —rió él—. Es la segunda vez que dicen eso hoy. En realidad soy algo completamente opuesto. Un bribón redomado. Pero por fortuna no lo recuerdo.

—Buena cosa la amnesia —comentó burlón Carey, apurando su taza de café—. A todos nos iría bien tenerla alguna vez en la vida.

—Pues yo daría algo por recordar el pasado en estos momentos, siquiera un instante. Sospecho que mi papel en todo esto, dista mucho de ser casual o accidental. Pero alguien me engaña a sabiendas, y no sé quién es, ni por qué lo hace.

—¿Y qué va a hacer para descubrirlo?

—No me queda mucho por hacer. Pero voy a ir a la fábrica esta mañana. Haga usted lo que haga, Carey.

El vigilante nocturno se puso serio, mirándole larga y pensativamente. Al fin declaró:

—Es usted un tipo valiente, sea quien sea. Pero no vaya allí. Es peligroso…

—¿Para mí?

—Tal vez para todos…

Se puso en pie de un salto, arrojando unas monedas sobre el mostrador, y salió del establecimiento, sin añadir palabra. Tony

Wagner se quedó quieto en su asiento, viendo alejarse al centinela nocturno de la Factoría. Ni siquiera se dio cuenta de que el tipo desocupado de antes salió detrás de Carey, al parecer por casualidad.

Momentos más tarde, el hombre que se hiciera pasar por Mark Scott, abonó su consumición, saliendo a la calle con expresión abstraída. Unas manzanas más arriba dobló un coche la esquina, iniciando la recta de la calle hacia abajo a buena marcha. Mecánicamente, Tony Wagner miró hacia la acera derecha, de la que salía ahora Dean Carey, comenzando a cruzar la calle. En la otra acera, el tipo con aire de desocupado estaba detenido ante la cartelera de un cinematógrafo cuya puerta estaban regando unos empleados.

Poco a poco, Pittsburg despertaba a la vida cotidiana. Un camión de leche hizo sonar su claxon unas manzanas más abajo de donde el joven se había parado, mirando a Carey.

Y de repente, el hombre abstraído ante las carteleras del «cine» se agachó, comenzando a atarse el zapato, aunque no parecía colgar ningún cordón suelto. En el mismo instante, Dean Carey llegaba al centro de la calle. Y el automóvil de oscura carrocería aceleró vertiginosamente, lanzándose como un bólido cuesta abajo.

Dean Carey, sorprendido, vaciló en mitad de la calle, mientras él gritaba:

—¡Carey, salte! ¡Cuidado…!

Pero la advertencia de Tony Wagner era tardía. No llegó a tiempo, ni tampoco hubiera llegado, de hacer Carey algo por evitar el impacto mortal del automóvil, lanzado cruelmente contra él. Hizo un último y desesperado intento por eludir las ruedas fatídicas, pero resbaló torpemente en medio del asfalto, cayendo de rodillas ante el monstruo lanzado a toda velocidad.

Lo que siguió luego, fue tan confuso como horripilante. Un alarido espantoso, de infinita agonía, un crujido estremecedor de huesos rotos, el impacto de una cabeza desgajada por el aplastamiento, y voces, gritos y carreras de los escasos y sorprendidos testigos de la escena.

Tony Wagner tuvo el tiempo preciso para meterse en un portal inmediato al local donde desayunara junto a un hombre que ahora no era sino un trágico pelele, roto en mitad de la calle, mientras su

metálico asesino, tripulado por manos conscientes, se perdía por una esquina con agrio chirrido de frenos, prolongado lastimeramente tras su desaparición. Luego, desde su refugio, al que no llegó la mirada de los ocupantes del coche, vigiló al tipo del zapato desabrochado. Aparentemente tranquilo, seguía calle arriba; sin dirigir siquiera una mirada curiosa al hombre muerto.

Endureciéronse los labios de Tony Wagner con una sonrisa despiadada, que ahondó los surcos de sus cicatrices por un momento. Luego, se lanzó a través de la calle, sin importarle la proximidad del camión de leche, cuyo conductor, asustado por lo que acababa de ocurrir y la presencia de aquel loco suicida cruzando la calle a todo correr, metió los frenos de tal modo que el blanco camión brincó materialmente sobre sus llantas.

El tipo con aire desocupado se volvió un instante al sentir el rápido taconeo del joven sobre el asfalto. Vivamente, pareció cobrar una velocidad y una prisa de las que carecía antes. Sus largas piernas se precipitaron en vertiginosa carrera calle arriba, doblando sin cesar de correr la inmediata esquina. Pero Tony Wagner no cejó en la persecución, doblando la esquina unos segundos después de hacerlo su presa.

Le vio ante sí, corriendo por entre cubos de basura y cajones repletos de botellas de leche. Derribó un par de cubos, y el suelo se blanqueó con un montón de botellas dispersas, que se estrellaron en tierra, derramando su impoluto contenido lechoso.

Wagner brincó por encima de obstáculos, patinó sobre unas basuras pero conservó el equilibrio, sin despegarse de su presa, que estaba ya mucho más cerca. Una nueva esquina les separó, y pronto le dio nuevo alcance, viéndole ante sí, ya a escasa distancia.

Una mujer que salía con un cesto de ropa limpia, sin duda en busca del lugar donde habitualmente la tendería, fue derribada por el fugitivo, que trastabilló aparatosamente sobre el cesto rodante, se enredó una pierna en ropa blanca, y a duras penas logró recuperar la velocidad, teniendo ya a Tony muy cerca de él.

Entonces gritó la mujer caída en tierra, y Wagner vio la razón. El fugitivo empuñaba una pistola automática, que le encañonaba directamente a él. Disparó, resonando la detonación en el silencio de la calle, nada frecuentada aún. Un cristal, a espaldas de Tony, se resquebrajó y cayó al asfalto, hecho fina lluvia de fragmentos.

Tony dio alcance al fugitivo antes de que alcanzara la otra esquina. Se arrojó en perfecto *plongeon* contra sus piernas, que asió fuertemente, derribándole por tierra, al tiempo que la pistola se disparaba al aire, estérilmente.

El tipo trató de revolverse, pero Tony le asestó un violento golpe de izquierda al vientre, que le dobló en tierra, mortalmente pálido. Después, brincó sobre él y le hizo girar la cabeza a un lado y otro, a puñetazo limpio, abatiéndole inerte en tierra.

Se incorporó, jadeante, ordenándose los cabellos. Miró en torno. La mujer se preocupaba más de su ropa, que recogía desconsoladamente, que de los dos hombres. Tony aprovechó el momento para registrar rápidamente los bolsillos del hombre. Le arrebató la cartera de documentos, que se guardó en un bolsillo, alzando luego en vilo al hombrecillo, mientras tomaba para sí la pistola, y se acercó a un poste de alumbrado en el que había un teléfono público. Pidió a información el número de la policía, y una vez marcado el que le proporcionaren, habló rápidamente:

—En West Drive han matado a un hombre. Con un automóvil. Parece un accidente, pero es asesinato. Busquen a los culpables. Un hombre podrá decirles algo. Lo encontrarán en este mismo teléfono público, esperándoles. Avisen al
F. B. I.
si es preciso. La seguridad nacional es probable que dependa en mucho de todo esto.

—¡Eh! ¡Espere! ¿Quién es, de dónde llama?

—Eso tienen ustedes muchos medios fáciles para saberlo enseguida. Adiós.

Colgó. Rápidamente, inclinóse, buscando con los ojos algo útil para su inmediato propósito. Encontró lo que buscaba en un solar cercano. Tomó una tira de alambre, y con ella ligó rudamente al inerte hombrecillo al poste del teléfono. Luego, se alejó de allí con una dura sonrisa de determinación en los labios.

Cuando llegaba de nuevo a West Drive, ululaba cerca una sirena policial y otra de una ambulancia. Evidentemente, los policías habían localizado ya el origen de la llamada. Tomó un autobús de la misma línea que utilizara para llegar al centro, y regresó al distrito industrial de la ciudad. Todavía era tiempo de entrar en las fábricas.

CAPÍTULO IX

Desde un pequeño restaurante cercano a las Factorías Forrester, buscó en la guía hasta dar con el número de Mark Scott y llamó a la casa repetidamente, sin que ninguna de las veces respondiera nadie.

Consultó el reloj, comprobando que faltaban diez minutos para las ocho. Rápidamente, penetró en los lavabos, encerrándose. Con toda premura, ante el espejo, fue adaptando los vendajes en torno a su rostro y cabeza. Cuando la operación quedó terminada, cinco minutos más tarde, volvía a ser el «Mark Scott» que todos creían. Satisfecho, salió de nuevo, encaminándose al teléfono, bajo algunas miradas curiosas y ciertos cuchicheos.

Repitió, una vez más, la llamada a casa de Violette. En esta ocasión, después de tres timbrazos del receptor, alguien descolgó el auricular al otro extremo de la línea, y una voz de hombre, ronca y como velada por algún tejido espeso, habló:

—¿Dígame? —Ante el silencio de Tony, insistió—: ¿Quién llama?

—¿Quién es usted? —preguntó a su vez el joven, con tono tenso, hostil.

La voz no respondió. Sonó un «clic» seco, que cortó de raíz el diálogo.

Repitió varias veces más la llamada. No obtuvo la menor respuesta en esta ocasión. Inquieto, marcó el número de la policía nuevamente, e informó, escueto:

—Acudan urgentemente a la vivienda de Mark Scott —añadió la dirección y concluyó—: Es posible que Violette Scott esté en peligro. Es muy importante…

Esta vez colgó, antes de que pudieran preguntarle cosa alguna. Después, cruzó el concurrido restaurante donde, a su paso, algunos obreros le saludaron afectuosamente. Ante su mecánica respuesta, todos ellos explicaban invariablemente a otros compañeros:

—Es Mark Scott, un compañero que ha perdido la memoria y está muy desfigurado. Pobre muchacho…

Entre tanto, él iba avanzando hacia las altas cercas de piedra, rematadas con alambres espinosos, probablemente cargados con corriente de alta tensión, a cuyo lado opuesto se elevaban los grandes tinglados, chimeneas y pabellones de la Factoría Metalúrgica Forrester, acogida a la dirección del Estado, según rezaban grandes cartelones, y nacionalizada, por lo tanto, para las tareas especiales en fabricación de material de guerra.

Un par de soldados con casco blanco, correaje de igual color y fusil ametrallador al hombro, montaban guardia a la entrada de la amplia verja metálica que daba paso al interior. Junto a ellos, otros dos hombres uniformados de azul oscuro, con el distintivo de la industria para la que trabajaban, supervisaban el examen de tarjetas de trabajo de cuantos se acercaban a la entrada, llevasen indumentaria de trabajo o no.

Lenta y tranquilamente, Tony Wagner llegó a la puerta y, sin temblarle el pulso un ápice, entregó su tarjeta laboral, que examinaron escrupulosamente los soldados, mirando desconfiados la masa de vendajes que cubrían su rostro.

Uno de los empleados, rápidamente, intervino, tendiendo la mano al joven.

—¡Hola, Scott! Pasa, muchacho —explicó la situación a los soldados—. El señor Forrester ha dado órdenes de que seas admitido sin más trámites nuevamente. Esto en atención a tus especiales circunstancias, Scott, que todos lamentamos de veras. No me recordarás tampoco a mí. Soy Fred Wilkinson, un viejo conocido tuyo.

—Gracias entonces, Fred —sonrió bajo las vendas—. Seguro que nuestra amistad seguirá igual. Tienes cara de buen muchacho…

—Pues tú pareces más amable que antes de marcharte —rió Wilkinson—. Entonces eras un poquito adusto. Y para algunos, bastante antipático.

—He cambiado bastante con la pérdida de memoria —rió a su vez el supuesto Scott.

—Entre todos te ayudaremos, no te preocupes por eso. El patrón también está a tu lado, Scott. ¡Eh, Hopper, ven acá! —llamó a otro empleado de idéntico uniforme al suyo—. Guía a Scott a su

pabellón y ayúdale en todo hasta que se haga cargo de las cosas…

El falso Mark Scott no tuvo precisión de esforzarse en cosa alguna. A partir de aquel momento, fue auxiliado y orientado en todo por los antiguos compañeros del auténtico Scott. Incluso conoció al afable y poderoso Waldo Forrester, propietario y director general de la Sociedad Metalúrgica por él manejada para la industria bélica nacional.

Hasta primeras horas de la tarde no fue oficialmente informado Mark Scott de que su esposa, Violette, había desaparecido sin dejar rastro, y sin huella alguna de violencia en la casa.

—¿Tiene alguna idea sobre lo que le puede haber ocurrido a su esposa, Scott?

El joven denegó lentamente con la cabeza. Ideas, tenía muchas. Pero no se sentía capaz de formularlas aún. El inspector Grant, de la policía Metropolitana, se había vuelto hacia él al tiempo de formular la pregunta. Dos agentes suyos recorrían la casa, en busca de huellas o indicios de violencia, que no aparecían por parte alguna hasta el momento.

—Sabemos que alguien nos telefoneó anunciando la desaparición de la señora Scott, y se ha localizado el teléfono de origen como próximo a la fábrica donde usted trabaja, Scott. De modo que por fuerza existe alguna relación entre usted y esto. Pero si no tiene ninguna teoría formada al respecto…

—No sé quién les llamaría —mintió tranquilamente el joven, volviéndose hacia la puerta cuando sonó la campanilla de la entrada, y un policía franqueó el paso a Víctor Morrow. El amigo de los Scott avanzó hacia quien él creía que era Mark, y preguntó, ansioso:

—Mark, ¿es cierto lo de Violette? ¿Es posible que haya desaparecido?

—No está aquí. Ni en ninguna parte de Pittsburg, al parecer —informó secamente él—. Por un momento tuve la esperanza de que tú sabrías algo de ello. Pero el inspector Grant me ha informado de lo que les dijiste por teléfono. De modo que no creo en una fuga suya. Te hubiera dicho a ti adónde iba.

—Eso creo —asintió, sombrío, Morrow, alargada su rubicunda faz por la preocupación—. Además, por muchas diferencias que haya entre vosotros, no creo que se marchase por su voluntad, y

menos aún sin avisarme.

—Todo esto es extraño y desconcertante —manifestó Grant, ceñudo—. Además, si el señor Scott pudiera ayudarnos, todo se facilitaría. Pero de este modo, él está incapacitado de toda orientación, a causa de su amnesia total. ¿Supone, sin embargo, señor Scott, que esta desaparición pueda ser ajena a la voluntad de su esposa?

—Es muy probable —admitió él con tono áspero—. Yo casi lo juraría.

—¿En qué se basa para ello? —interrogó agudamente el policía, sin dejar de mirarle.

—En meras sospechas, en corazonadas, nada sólido, inspector. Pero sé que no se ha ido por su voluntad.

—¿Secuestro… o engaño?

—No lo sé —se llevó las manos a las sienes, angustiado, ante la mirada sorprendida de Víctor Morrow. Oprimióse la cabeza vendada con verdadera furia—. ¡Oh, Dios, si yo supiera… si yo supiera…!

—Si supiera, ¿el qué, señor Scott? —La pregunta de Grant era suave, persuasiva.

—Nada —reaccionó él con brusquedad—. Nada que afecte a su función policial, inspector. Pensaba en ella… y en mí mismo…

—Vamos, Mark, creo que necesitas descanso, calma por unos momentos —Morrow le tomó por los hombros—. Inspector, ¿será preciso que vuelva al trabajo después de…?

—No, no hace falta que acuda allí —sonrió Grant—. Yo hablaré con Forrester. Por cierto, también tengo que hablarle de otro asunto muy serio. Han asesinado a un obrero de su fábrica en West Drive, esta mañana.

—¿Asesinado? —Morrow se quedó de una pieza.

—Sí. Pretendían hacerlo pasar por un simple accidente, pero alguien, de nuevo un misterioso comunicante telefónico, nos avisó de que había un tipo capaz de hablar claro. Y ha hablado. Lo encontramos atado con alambres a un poste de alumbrado y teléfono público. Resultó ser Walter Wermann, agente al servicio de ciertas células políticas cuyo nombre no puedo revelar aún. Le habían arrebatado todos sus documentos, y él juró y perjuró que sólo un tipo del

F. B. I.
era capaz de mañas semejantes, como para sorprenderle y dominarle a él igual que si fuera un niño. Su descripción corresponde a un hombre que nos es desconocido, pero el empleado de una cafetería cercana al Club «Flamingo» coincide con la misma descripción, respecto a un hombre que hablaba en la barra con Dean Carey, el vigilante nocturno asesinado, momentos antes de cometerse el supuesto atropello casual. Walter Wermann ha declarado estar de acuerdo en la vigilancia estrecha de Carey, que era un hombre de confianza para los Federales, metido en la fábrica en plan de observación de posibles elementos sospechosos. Esto nos convence de que hay algo feo en el asunto. Y ahora, otro empleado de Forrester, en apuros, otro informe telefónico… No sé, no sé, Scott, pero le aseguro que veo algo turbio en todo esto, cuyo centro puede ser precisamente la Factoría Forrester. Vamos a avisar al
F. B. I.
urgentemente. Es posible que el caso exceda los límites de mi jurisdicción metropolitana, para constituir delito federal. ¿Conocía usted a Dean Carey, Scott?

—Sí —confesó el joven—. Interroguen a Eva Boyle, una cantante de segunda fila en el «Flamingo». Ella mantenía buena amistad con Carey, además de tenerla conmigo. Creo que les será útil…

—¿De veras? —Grant le miró, pensativo—. Empiezo a creer que sabe usted muchas cosas, Scott. Tenga cuidado entre tanto, porque su vida también puede peligrar.

—Seguro —rió el falso Scott duramente—. Me guardaré bien, inspector…



—¡No se mueva o disparo!

Se encaminó con Víctor Morrow hacia la puerta. En aquel preciso momento, con la precisión de un efecto dramático sabiamente calculado, zumbó el timbre del teléfono. Todos se miraron. El inspector Grant fue el primero en alcanzar el receptor, descolgándolo.

—¿Diga? —preguntó. Una larga pausa. Luego, volvióse a Mark —. Para usted, Scott.

El hombre del rostro vendado se acercó al aparato, cogió el receptor de manos del policía, y preguntó con voz de agrias aristas:

—¿Quién llama?

—Un amigo, Scott —rió una voz, sorda y lejana. Era sibilante, cruel—. ¿O prefiere que le llame Tony Wagner?

Los dedos del falso Scott se aferraron al teléfono. Bajo las vendas, se crisparon sus músculos.

—Hable. ¿Qué desea? —En tanto, concentraba su atención en la voz que iba a sonar de nuevo, tratando de identificarla.

—Hablarle de su querida Violette —continuó aquella voz fría, ominosa—. Parece que, para no ser su mujer, la ha tomado demasiado cariño. Lo siento, amigo, porque ahora su vida depende de usted. Siga obrando por su cuenta, contra nosotros, y ella morirá. Igual que Dean Carey…

Grant, observando la crispación de la mano de quien él creía Mark Scott, indicó a un policía que subiese a tomar otro receptor. Tras las vendas, los ojos centelleantes del joven asintieron mudamente al policía. Al mismo tiempo, procuró ganar tiempo:

—¡Espere! ¿Está en su poder acaso?

—De sobra sabe que sí —rió la voz extraña.

—¿Qué es lo que pide a cambio? —exigió roncamente.

—No hace falta repetir las cosas. Tiene usted un reloj. Ya sabe lo demás. Y no trate de alargar la conversación para que la policía facilite su localización de este teléfono. He terminado, «Scott»…

Un seco chasquido sonó, marcando el final de la comunicación. El policía bajó de nuevo, precipitadamente, y Grant se aferró al teléfono, arrebatándoselo a Scott, para pedir el origen de la llamada. En tanto que aguardaba, miró inquisitivo al joven.

—Está en poder de alguien —informó él, incisivamente—. No han dicho si quieren rescate… Se pondrán en contacto conmigo más tarde. Es secuestro, inspector. El
F. B. I.
ha de intervenir también en esto.

—¿Crees que será precisa tanta polvareda? —objetó Morrow—. Acaso sea todo un error…

—No había error en esa llamada, Víctor —replicó secamente el

joven—. Son asesinos. Confesaron ser los mismos que mataron a Dean Carey, inspector.

—¿Es cierto eso, Scott? —se excitó el policía.

—Completamente cierto. Busquen a Violette por todas partes. Su vida peligra.

—¿Eso… lo dijeron también ellos?

—También —alzó la muñeca, miró su reloj, mientras Morrow le estudiaba con preocupada expresión—. Nunca creí que dos vidas humanas vivieran pendientes de un simple reloj…

—No le entiendo, Scott —confesó Grant.

—El tiempo, inspector. El tiempo va contra nosotros. Mientras ella esté en poder de esos canallas, no hay nada seguro. Vamos, Víctor, vamos a cualquier parte donde pueda olvidar siquiera un momento esta situación.

—De acuerdo, Mark. Iremos a casa.

Salieron de la vivienda, cruzando el jardín. El falso Scott se detuvo de repente, mirando a la casa vecina. Todas las ventanas estaban herméticamente cerradas, y tenía el aspecto de completa soledad. Soltóse de Morrow y corrió en derechura al edificio, por la acera común a ambas casas. La puerta metálica estaba cerrada, y aunque golpeó tres o cuatro veces la campanilla, que repicó estridentemente allá dentro, nadie acudió a abrir ni se vieron huellas de vida detrás de los atrancados postigos.

—Parece que está deshabitada —observó Morrow, estudiando la fachada—. Pierdes el tiempo, Mark. Vamos ya… ¿Querías ver a alguien en esa casa?

—Sí. Pero es igual. Ya nos veremos, más pronto o más tarde.

—Hay algo raro en ti hoy, Mark —observó Víctor Morrow, pensativo, caminando con él hacia el «Daimler» parado ante el bordillo—. Me preocupas mucho.

—Y a mí me preocupa Violette —se mordió los labios bajo las vendas—. De no ser por ella, muchas cosas saltarían ahora por los aires, para mi bien o para mi mal.

—No te puedo entender, muchacho —se asombró Morrow, sentándose al volante y poniendo el coche en marcha, suavemente —. Ayer, eras un muchacho normal, aparte tu desdichado accidente. Hoy, estás metido en un secuestro, que se relaciona con un supuesto asesinato, con un hombre llamado Wermann, agente extranjero en

el país, y pides que intervenga la Oficina Federal de Investigación en el asunto. ¿No te ha trastornado un poco lo de Violette?

—No, Víctor. Todo es real, auténtico. Hay gentes sin escrúpulos ni piedad alguna, decididos a hacer de mí un peón a su servicio, sea como sea. Primero, matan al hombre que podía dificultar mi regreso a la fábrica. Ahora, se apoderan de la persona que puede obligarme a hacer lo que yo no deseo, en forma alguna, llevar a cabo.

—¡Pero, Mark! ¿Qué galimatías es todo eso?

—No lo entenderías de todos modos, Víctor. Sigue adelante, por favor…

El «Daimler» aceleró, al enfilar una ancha avenida recta. Ni él ni Morrow se dieron cuenta de que un coche gris, el mismo que ya en Chicago, frente al «Medical Center», saliera en su persecución, avanzaba a espaldas suyas, sin despegarse ni una yarda de ellos desde que abandonaran la casa.

Dentro del coche seguidor, un hombre se inclinó, ceñudo, sobre el conductor:

—Vamos, Doc, no le abandones ni un momento. Creo que nuestro amigo empieza a darse cuenta de muchas cosas… Y eso siempre es peligroso…

—Sí, Muddle —asintió el llamado Doc sin apartar sus ojos del «Daimler» azul turquesa—. Capítulo final, ¿no?

—Puede ser… —Y Muddle se retrepó en el asiento, riendo entre dientes, y su mano derecha golpeó con amorosa simpatía el bulto frío y duro de su automática, bajo la axila izquierda.

Los dos coches siguieron su carrera, a igual distancia siempre, sin que aumentara o disminuyera entre sí una sola pulgada, mientras caían las sombras de la noche sobre Pittsburg.

CAPÍTULO X

La residencia de Víctor Morrow era la que correspondía a un hombre de su nivel económico y social dentro de la industriosa ciudad de Pennsylvania. Una tapia de rojos ladrillos circundaba los jardines en suave ascensión hasta la vivienda, alargada y formada por tres cuerpos, largos los laterales y ancho el central, con porche corrido y rojo tejadillo sobre la segunda y última planta. Todo era moderno, esbelto y confortable, continuando esa tónica en las estancias, no demasiado amplias ni demasiado iluminadas. Un criado filipino de blanca chaqueta se hacía cargo de las cosas y se apresuraba a cumplir sus obligaciones con servil sonrisa inalterable.

—Buen palacio —aprobó el falso Scott, mirando en torno con intención crítica.

—Ya estuviste en él otras veces —rió Morrow—. Pero eso era antes de tu accidente.

—Oh, entiendo. Es como decir que jamás estuve aquí.

—¿Nada de esto te recuerda tu vida anterior?

—No esperaba que me lo recordase —confesó el joven—. Tampoco creo en las recuperaciones de golpe, tal como las vemos en el cine. Desde esta mañana, he empezado a ver claras muchas cosas, sin necesidad de recibir golpes que me provoquen un nuevo «*shock*».

—¿De veras? —se interesó Morrow, ofreciéndole un asiento y encaminándose él a un mueble-bar, para extraer bebidas—. No me lo habías dicho, Mark…

—En realidad, no se lo he dicho a nadie. Son simples ideas vagas, sin forma. Pero van precisándose dentro de mí, como una visión borrosa que, a medida que centramos la lente con que la observamos, se aclaran y delimitan perfectamente. Cosas sueltas, sin ilación entre sí, dispersas todavía. Cuando forme el todo que busco, habré dado un gran paso.

—¿Hacia dónde?

—Hacía mi verdadera personalidad, hacía mi pasado. Y hacia la verdad de lo que me rodea, Víctor. Que es, tal vez, lo más importante.

—¿Qué verdad buscas?

—La que explica un asesinato en Chicago, otro aquí, un secuestro… y un mecanismo bélico de gran valor para alguien. Eso, al menos, es lo que constituye hoy mi verdad. La que han pretendido contarme. Y yo no la he creído.

—Espera, espera un momento, a ver si puedo seguir tus pensamientos, Mark —dijo Víctor Morrow, perplejo, tendiéndole un alto vaso de *whisky* con soda, y quedándose otro para sí—. ¿Qué tiene que ver todo eso que has citado, contigo y con lo que ocurre?

—Verás, Víctor: imagina que yo no soy Mark Scott…

—¿Estás loco? ¡Eso es imposible, si te conozco, si soy tu amigo! ¿A qué viene esa broma ahora, Mark?

—No es broma, Víctor. Tú has dado por sentado, igual que Violette, lo que os decían que era verdad: os enfrentáis con un hombre cubierto de vendajes y os aseguran que es Mark Scott. Físicamente se parece bastante, es preciso que así sea para convencer a los que le conocían. Se le ha instruido convenientemente para cubrir ese papel satisfactoriamente. Y he aquí que ocurre algo imprevisto, que altera los planes, pero que no perjudica demasiado a los organizadores de ese gran complot: nuestro hombre pierde la memoria. No recuerda nada de nada. No se puede pedir actor más sincero ni eficaz para cubrir un puesto que no es el suyo. Creerá cuanto le digan y cuanto haya sido planeado para convencerle, porque él no sabe nada de nada sobre sí mismo. La voz suena extraña bajo los vendajes, puede ser la de Scott. Sus cambios de carácter se achacan a la amnesia. Pero hay demasiados cambios en Mark Scott, en el Mark Scott que vuelve. El hombre en cuestión, pese a su amnesia, empieza a sospechar. ¿Será realmente Mark Scott? Hay muchas cosas que no coinciden. Un hombre, incluso, le reconoce. Es Dean Carey, compañero de trabajo suyo. Su propia mujer advierte, insensiblemente, la diferencia. Ella no amaba ya a su marido, que era un ser lleno de doblez, perfidia y deslealtad para con todos. En cambio, se enamora del nuevo Mark Scott, y cuando pretende convencerse a sí misma de que es una falsa

impresión y que todo obedece a que ama de nuevo a su marido, éste la rechaza de un modo doloroso, pero que pronto advierte ella, ya a solas, que tiene algo extraño, anómalo. Como si él no quisiera su amor, su afecto, su proximidad, a pesar de que en sus ojos cree haber leído amor, pasión… Vuelve abajo, cauta, silenciosa… y sorprende al hombre que se hace pasar por Mark Scott, arrancándose las vendas. La emoción que le produce comprobar sus sospechas y ver que *no es Mark Scott*, le hace caer sin sentido.

—¿Todo eso es verdad, Mark? —se resolvió a balbucear Morrow, atónito.

—Por completo. Al volver en sí, pregunta por su esposo. Pide al falso Scott que se marche. Quiere estar a solas, reflexionar, ver claro en todo aquello. Pero alguien ha visto la escena desde fuera, alguien vigilaba en el jardín, cerca de la ventana del gabinete, y comprende que hay que silenciar a Violette Scott, que ya sabe demasiado y es un peligro. Interesa que el falso Scott entre en la fábrica y lleve a cabo su parte. ¿Para qué? Para volar la factoría, con todo cuanto hay dentro de interés nacional.

—¡Cielos! Parece una novela fantástica.

—Es completamente real. Un mecanismo especial volará la factoría con sus proyectiles intercontinentales, sus espoletas y todo lo demás. En tanto, el falso Mark Scott se ha de apoderar de los proyectos y planos del verdadero Scott, sobre un sistema de reacción de carburante en el lanzamiento de proyectiles balísticos intercontinentales. Todo convincente, pero extraño. Muy complicado y difícil de llevar a cabo. Sobre todo, sabiendo el que ha de hacerlo que él no es Mark Scott. Con lo fácil que hubiera sido capturar al verdadero Mark Scott, haciéndole decir cuál era su invento, sin más trámites. Siempre hay medios de hacer hablar a un hombre, desde el más cobarde al más valiente. Y sin embargo, el verdadero Mark Scott fue asesinado en Chicago por la espalda, a tiros. ¿Por qué? Otra vez la extraña interrogante, a pesar de todas las explicaciones.

—Un momento, Mark —se acercó al bar y tomó otro vaso de *whisky*, esta vez puro, que agotó de un trago—. Ahora sigue: ¿pretendes convencerme de que no eres Mark Scott?

—Nunca lo fui —rápido, tiró de sus vendajes con ambas manos. Cayeron las tiras onduladas, serpenteantes, de blanca tela, sobre el

asiento que ocupaba. Un rostro duro, metálico y firme, se enfrentó al asombrado e incrédulo de Víctor Morrow, que retrocedió dos pasos—. ¿Te convences ahora, Morrow?

—No… no es posible… —balbuceó Víctor—. Ni siquiera te pareces a él… y sin embargo… yo creí que…

—Has sido el único incapaz de sospechar que yo no fuese el que aparentaba ser, Morrow —sonrió el falso Mark—. Eso te hace ser el hombre de más buena fe del mundo… o el mayor de todos los farsantes.

—¿Qué dices?

—Digo que es sorprendente que Dean Carey, conociendo menos a Scott que tú, sospechara enseguida de la suplantación. Que Violette tampoco quedara plenamente convencida y llegase a sospechar un engaño bajo esas vendas. Que todos, en fin, los que más a fondo me conocían, vieran en mi cosas raras. Incluso una muñeca estúpida y vacía de cascos como Eva Boyle… Y tú, mi mejor amigo, el bueno de Víctor Morrow, convencido plenamente de mi identidad… sin dudar jamás, sin ver nada raro en mí… ¿Por qué, Víctor? ¿Porque así te convenía a ti?

—Pero… ¿qué es lo que pretendes dar a entender con todos esos disparates? En resumen, y para ser más exactos, ¿quién es usted en realidad, qué se propone y qué hace aquí, en el puesto de otro hombre? Hable pronto, o avisaré a la policía…

—No avisará a la policía, porque su asombro de ahora ha sido evidente, sincero. Y eso me confirma lo que yo estaba sospechando ya de antes, y he ido confirmando paso a paso, momento a momento: algo anda mal en todo esto. Algo ha fallado, sorprendiéndoles a ustedes mismos. Vamos, Morrow, confiese la verdad: usted es el verdadero dirigente de esa secta o cuadrilla de espías y asesinos a sueldo de una potencia extranjera y de unas ideas torvas y siniestras, encaminadas a dañar a nuestro país.

—Yo no tengo nada que ver en todo eso. Tiene que estar loco para acusarme…

—Pues le acuso. Le acuso de ser el director de Charles Bettger, Burke y toda su pandilla de espías al servicio del extranjero. De usted nadie sospechaba. Pero creí reconocer su voz por el teléfono, cuando llamé a casa de Violette, pese a que cubrió el receptor con un pañuelo o cosa parecida. Mi oído es muy fino y está muy

entrenado, Morrow. Después, sólo usted podía saber que Violette había visto mi rostro sin vendas, porque acababa de salir de casa cuando yo me arranqué las mismas y ella me descubrió. La vio desmayarse, agazapado ante la ventana del gabinete, y corrió a prepararlo todo para secuestrar a Violette. Sabía demasiado y, además, acababa de descubrir que yo estaba enamorado de ella. Porque sabiendo que yo no era Scott, y conociendo, como conocía ya por los informes de su segundo, Bettger, que yo estaba enterado de que no era Scott, mi actitud con Violette era clara. En cambio, distaba mucho de sentirse tranquilo sobre mi afán de cooperar en el caso, cometiendo el terrible sabotaje dispuesto. Y con Violette en peligro, había un arma poderosa contra mí, que me obligaría a actuar contra todo escrúpulo.

—Todo eso es disparatado, absurdo e imposible —replicó acremente Morrow, avanzando hacia el receptor telefónico—. Voy a llamar a la policía si no se va ahora mismo de aquí. Y de todos modos, lo haré más tarde para denunciar lo que ocurre.

—¡No toque ese teléfono, Morrow! —Rápido, con una elasticidad asombrosa en sus miembros, el falso Scott se puso en pie de un brinco, y en su mano apareció la automática que le arrebatara a Walter Wermann, en West Drive, horas antes. Se inmovilizó Víctor Morrow, con la mano extendida hacia la horquilla—. No haga nada con el teléfono, si estima en algo su vida…

—¿Espera adelantar algo con esa actitud violenta? —replicó duramente Morrow.

—Espero prolongar la vida de Violette Scott, a quién matarán en cuanto usted de una sola orden por ese teléfono. No me engañan sus trucos, Morrow. Jamás llamaría a la policía en estas circunstancias, porque he leído el terror, la inquietud en sus ojos, mientras yo hablaba. Sabe que está desenmascarado, y jamás avisará a la Ley. Marcaría ahí el número del lugar donde Violette está secuestrada, y ordenaría su muerte inmediata. Se ha terminado el juego; falló el supuesto sabotaje a la fábrica… ¡con un reloj que estallaría en el momento mismo de acercarme a un alto horno, sin necesidad de dejarlo en parte alguna, sin demora, en el acto! Ése era su plan. Volar la factoría, eliminarme a mí con ella, sin dejar rastro… y sin importarles lo más mínimo las espoletas ni los secretos trabajos de Mark Scott. ¿Cree que no entiendo de mecanismos de explosión y

no examiné concienzudamente ese cachivache al serme entregado por Bettger?

Víctor Morrow, pálido y tenso, parecía acorralado, sin posibilidad de detener el golpe asestado por el contrario.

—No puede… haber descubierto eso… —jadeó roncamente—. Habla por hablar… Usted es Tony Wagner… un perito en mecanismos, pero no en electrónica…

—Vaya. De modo que al fin habló, ¿eh, Morrow? —dejó él escapar una risita sibilante entre sus prietos labios—. Le ha costado trabajo confesarse culpable de todo esto… Me dan asco los tipos como usted. Cargados de dinero, pero siempre dispuestos a ir contra su patria y contra los principios de todos los humanos libres. Sin duda lo hace el exceso de dinero, el afán de hallar emociones nuevas, o tal vez la perversidad, el odio a sus semejantes y la morbosa satisfacción de quien desea ser realmente importante y temido. No quiero indagar en usted, Morrow, pero ya sabe adónde va a ir: la cámara de gas espera a tipos como usted. Son dos asesinatos ya: Mark Scott y Dean Carey. Usted dio las órdenes al respecto. Violette misma le acusará. Ella, naturalmente, jamás se hubiera prestado a salir con nadie de casa, de no ser alguien de confianza: usted por ejemplo.

—¿Y qué va a hacer ahora? ¿Denunciarme? —rió Morrow huecamente—. No le creerán. Además, Wagner, usted irá también con nosotros hasta el fin. Recuerde su pasado, su situación al margen de la Ley. No le creerán su historia. De modo que es mejor arreglar las cosas amistosamente. Violette será puesta en libertad, y usted recibirá dinero y un pasaje para ir lejos de los Estados Unidos mañana mismo. A cambio de eso, guardará silencio. Y todos saldremos ganando, Wagner.

—Me produce náuseas, Morrow. Aunque le acompañe yo a la cámara de gas, iré gustoso si le veo retorcerse en la agonía de la muerte. ¡Apártese de ese teléfono!

Llegó él al receptor, mientras Víctor Morrow retrocedía lenta, aviesamente, sin quitar de él los ojos. Sin soltar la automática con una mano, con la otra oprimió el receptor telefónico.

—Suelte eso, Wagner —dijo una voz helada a sus espaldas—. Suelte el teléfono y el revólver, si no quiere morir acribillado, como su compinche Marty Duncan murió en Chicago.

No podía hacer muchas cosas. El hombre que se hiciera pasar por Mark Scott soltó ambas cosas. Lentamente alzó los brazos y dióse media vuelta, mientras Víctor Morrow pasaba a ser amo de la situación, extrayendo una plana automática de su chaqueta, sonriendo triunfalmente a la persona que apuntaba al joven.

Éste reconoció enseguida al hombre que empuñaba la pistola, firme y resueltamente. Había visto su fotografía antes, mucho antes. Con un fondo de fábricas y una camioneta.

Aquel hombre era Mark Scott. *El verdadero y auténtico Mark Scott, en carne y hueso.*

CAPÍTULO XI

La escena tenía algo de alucinante. Sobre todo para el hombre que era centro de la misma, protagonista destacado del dramático momento. El que fingiera ser Scott y se veía ahora ante un hombre de quién se dijo que había muerto asesinado en Chicago. Y sin embargo, el brusco choque con la verdad, con la clave del enigma, al ver ante sí a un auténtico resucitado, contribuía a aclarar las últimas sombras de su mente, le conducían al desenlace sorprendente e increíble que lo aclaraba todo, que todo lo resolvía y dejaba nítidamente a la vista.

—¿No le sorprende verme, Wagner? —dijo duramente el hombre de quien Bettger dijera que había muerto en Chicago, asesinado por la espalda—. ¿Sabía también esto?

—Era lo único que me faltaba por saber —dijo irónicamente el joven—. La clave final.

—Vamos, Scott, dejemos esto —intervino con rudeza Morrow, avanzando hacia ellos—. Tenemos prisa.

—No tanta, Morrow, no tanta, una vez en nuestro poder este amiguito charlatán… —Scott rió entre dientes—. Es curioso enfrentarse con el hombre que ha de suplir el puesto de uno. Y también asombroso que cometieras tal error, Morrow. ¿Es que no has comprendido aún que ni siquiera tras la operación del doctor Scoffield se parece en absoluto a mí este hombre?

—No es culpa mía, Scott —dijo apuradamente Morrow—. Tony Wagner tenía un gran parecido contigo, pero…

—… *Pero Tony Wagner ha muerto en Chicago, Scott* —completó, suave y fríamente el falso Mark, sin quitar sus ojos del marido de Violette, cuyo rostro expresó asombro, incredulidad y desconcierto.

—¿Qué? ¿Qué es lo que ha dicho? —barbotó, irritado.

—Yo te lo explicaré, Scott —intervino Morrow.

—¡Que lo explique él! —rugió Mark, avanzando un paso

amenazador—. Se ve que ha recobrado la memoria, ¿eh?

—Poco a poco la voy recobrando —sonrió el joven, centro de la escena tensa y violenta—. Pero antes recuperé mi sentido común, mi don natural de deducir cosas ciertas de simples indicios. Eso me sorprendió. ¿Por qué poseía yo una mente tan analítica, por qué un espíritu tan fríamente deductivo? Era extraño en un simple granuja, por listo y astuto que fuera. Luego, cuando obré activamente, jamás pensé en otra cosa que en avisar a la policía, al
F. B. I.
y empleaba métodos habituales en los agentes de la autoridad. Arrebaté su documentación a Walter Wermann. Era extraño que entre sus papeles, llevara una tarjeta de identidad, con una fotografía perteneciente a un tal Marty Duncan, AGENTE FEDERAL DE INVESTIGACIÓN. Yo siempre había oído que Marty Duncan era un simple pistolero, un granuja que actuaba con Tony Wagner y se le culpaba de su muerte. Era raro, también, que sus señas personales coincidieran con las mías, y en cambio diferían notablemente de Tony Wagner en una cosa: una cierta cicatriz de bala, en el costado derecho, cicatriz que *yo poseía*. Por tanto, *yo era Marty Duncan*, agente federal.

—¡Infiernos! —aulló frenético Mark Scott, revolviéndose hacia Morrow—. ¿Y no pudisteis daros cuenta del error? ¡Matasteis, entonces, al verdadero Tony Wagner!

—Eso, eso —dijo suavemente el hombre que ahora se revelaba, finalmente, como Marty Duncan, agente del
F. B. I.
—. Tony Wagner fue muerto en mi lugar, y se perdió el «sosias» ideal previsto para el cambio. Pero de eso no tiene culpa alguna Morrow.

—¿Usted qué sabe de todo eso? —Gruñó Víctor Morrow, furioso.

—Ahora lo sé todo, amigos. Sé por qué estoy yo en lugar de Tony Wagner. No era tan mal chico como parecía, el tal Wagner, y al serle ofrecida esa magna conspiración, vio algo que se salía de los límites habituales de sus delitos, y al sospechar la verdadera intención del juego, avisó a un agente federal amigo suyo: Marty Duncan. Eran similares de estatura y aspecto físico. Por eso pensó en Duncan, de quien ahora le separaba el margen de la Ley. Le contó sus temores, y Duncan planeó rápidamente un proyecto:

ocupar el puesto de Wagner, puesto que a éste sólo le conocía una persona de la organización: el jefe, o sea usted, Morrow. En cambio, nadie conocía a Marty Duncan, y hasta el doctor Scoffield sufrió el error al operarme. El sitio convenido para el accidente, y la forma en que se llevaría a efecto, fue referida por Wagner a su amigo Duncan, que se fingía un granuja como él, para no despertar sospechas. Primero fingieron juntos un atraco, robando un millón de dólares que debe estar ya en manos del
F. B. I.
Llegado el momento, Marty Duncan ocupó el puesto de Tony Wagner, con sus documentos. Documentos que después los autores del atropello, según el plan trazado, le quitaron, pasándoselos al hombre a quién tenían que matar, para hacerle pasar por Tony Wagner oficialmente: su propio compañero Duncan, precisamente.

»El trueque de personalidades llevó a los asesinos a matar al propio Tony Wagner, mientras yo, Marty Duncan, víctima del accidente, era trasladado al "Medical Center", cambiaban en mis bolsillos los documentos y útiles —que eran los de Tony—, por los de Mark Scott, y como tal salía después de la clínica. Herman Wilder, gerente de una empresa de productos químicos de Chicago, antiguo amigo de Scott, podía descubrir el cambio. Acaso fue el propio Scott quien le arrojó por la ventana.

»La amnesia sufrida por mí al caer bajo el coche que me lanzaron encima, cuyo golpe casi fue mortal, excediéndose sus conductores en la realización del plan, lo complicó todo, ya que en vez de llegar aquí un agente federal con plena conciencia de su misión a desenmascarar a una cuadrilla de farsantes peligrosos, se encontró con que ignoraba quién era realmente y lo que hacía aquí. Poco a poco, el "*shock*" sufrido fue pasando, y reaccioné siempre como quién era, por encima del olvido mental que sufría. A esa amnesia deben ustedes la vida y el ser ahora los amos de la situación, Scott. Sólo me falta saber para qué se planeó todo esto, ya que usted vive y no es el hombre muerto en Chicago».

—Si es tan listo, ¿por qué no lo saca por sí mismo? —le desafió burlón Scott.

—Lo haré. Supongamos que un hombre, Mark Scott, cuya filiación política todos sabemos, tras su desviación del nazismo, descubre un nuevo sistema revolucionario, para impulsar los

carburantes de ciertos proyectiles balísticos intercontinentales. Su idea es ocultar esta noticia a todos y entregarla a los que él sirve, pero Violette, su esposa, se entera casualmente de su éxito experimental, cosa inevitable entre un matrimonio, revela esto a gente conocida como Seyler, amigo de Forrester y otros industriales, y entonces ha de entregarles la idea a ellos. Pero no les da la verdadera idea, que él se oculta para entregar, junto con otras cosas robadas a Forrester, tales como planos, mecanismos y proyectos secretos, a su organización de espionaje. El juego es tan peligroso que resuelve huir del país, dirigirse a la potencia extranjera a la que sirve, y que le acepta gustosa para incrementar su programa de proyectiles dirigidos intercontinentales. Entonces, Scott resuelve fingir su muerte. Pero ha de ser claramente, sin lugar a dudas ni sospechas. Para ello, desaparece, buscándose un «doble» que ocupe su puesto y, al entrar en la fábrica, pretextando cualquier maniobra, deje el mecanismo de explosión electrónico, idea también del propio Scott, en un lugar donde estalle en el acto, llevándose consigo una de las primeras industrias bélicas del país y, a la vez, a la contrafigura de Scott, cuya «muerte» será así un hecho incontrovertible, en tanto que el auténtico Scott huye al extranjero, acaso con su amante, Eva Boyle, dejando oficialmente viuda a Violette, a quién no ama ni soporta. En el «Club Flamingo» encontré un nuevo retrato de Mark Scott, un Scott desconocido, con dinero abundante. Me aclaró su real condición.

»Nadie va a saber que el hombre destrozado en la explosión no era Scott, sino Tony Wagner, un pistolero oficialmente asesinado en Chicago por un compinche que desaparece. Todo lógico y bien realizado. Pero hay un fallo: el que Wagner dude, hable a un federal amigo, y éste se haga cargo del asunto, fingiendo ser Tony Wagner. Creo que Walter Wermann sospechó la verdad, al buscar documentación de Marty Duncan y descubrir que era un agente del
F. B. I.
La organización es poderosa, y puede obtener incluso informes del interior de la Oficina Federal en Washington. Siempre hay espías, confidentes y enemigos en todas partes. Pero Wermann, encargado de seguir a Dean Carey, ve a este hablar con un desconocido, que resulta ser el propio Marty Duncan, según oye en un restaurante, sorprendiendo su conversación, y ordena a sus compinches matar a

Carey, que es el único que puede complicar la entrada del falso Scott en la fábrica. Después planea informar de lo que ocurre, decir que el falso Scott no es Wagner, sino Duncan, un federal. Y en ese momento, yo le descubro, sospecho su papel en el crimen y le doy caza, reduciéndolo a la impotencia. Todo parece haber sido movido por un caprichoso manipulador de marionetas, para complicar las cosas… y llegar a este final».

—Un mal final para usted, Duncan —dijo duramente Scott, mirando al federal.

—Alguien tenía que perder —sonrió él, sereno—. Hice mal en no sospechar que usted estaría oculto aquí. Es el lugar del que la policía jamás creería, porque Víctor Morrow es hombre fuera de toda duda. Los grandes granujas siempre obran con cautela.

—Me honra, Duncan —se inclinó, ceremonioso, el aludido. Pero sus ojos brillaban metálicamente, sin humorismo alguno—. Nos ha estropeado el plan, con su maldito juego. Ahora hemos de eliminarle y buscar un medio de que quede irreconocible y nadie dude que es Mark Scott. Como usted dice, Wilder fue eliminado por evitar futuras identificaciones.

—¿Y Violette, su mujer? —inquirió Marty Duncan, mirando fijamente a Scott—. ¿Va a dejar que ella muera también?

—No hay otro remedio —dijo brutalmente Scott—. Ella sabe que usted no es quien representa ser. Tiene que ser silenciada, y la muerte es el único medio factible de lograrlo. Por fortuna, el
F. B. I.
todavía no ha intervenido oficialmente e ignora su labor secreta.

—¿Está seguro de eso? —rió de pronto Marty Duncan, sembrando la inquietud entre los dos hombres.

—¿Qué quiere decir? —Morrow oprimió los labios con fuerza—. Si el
F. B. I.
supiera lo que ocurre, ahora estaría la casa rodeada, usted estrechamente vigilado por sus amigos… y ése no es su caso actual, Duncan.

—Tal vez lo sea y usted no lo sabe —dijo serenamente Duncan, sin inmutarse.

—¡Maldito polizonte! —rugió Morrow—. ¡Yakimo! ¡Yakimo!

El criado con aspecto filipino acudió a la llamada. Examinándole

con mayor atención, se apreciaba un curioso bulto bajo su blanca americana. Marty Duncan no se hacía ilusiones. Estaba en poder de toda una completa organización. Pero ahora le inquietaba tan sólo un factor: Violette. ¿Dónde la tenían oculta, dónde aguardaba ella la muerte?

—Yakimo, sal al jardín, recorre todo con cuidado y observa si hay gente sospechosa en derredor de la casa. Vuelve enseguida con lo que descubras.

Salió el oriental silenciosamente. Morrow se puso a pasear, inquieto, mientras Mark Scott no perdía de vista al federal, que seguía quieto y tranquilo en el centro de la estancia.

—¿Dónde están Bettger y compañía? —interrogó suavemente Duncan, tras un silencio.

—Con mi querida esposa —rió Scott, cruelmente—. No pregunte más, porque no le voy a decir dónde se hallan.

—Hasta un tonto podría saber dónde están ahora —dijo burlón, Duncan, parándose ante un ventanal de los que asomaban al jardín. El aire agitaba las blancas cortinillas. Al otro lado, un anexo o pabellón destinado a cobertizo y garaje, mostraba su cubículo oscuro, solitario.

—¿De veras? —El tono de Scott era más duro por momentos—. ¿Dónde?

—En esta misma casa —se volvió hacia Morrow, que se había quedado rígido—. Pero en un lugar tan alejado de aquí que su amigo Víctor precisaba del teléfono para dar la orden de eliminación inmediata. Eso deja un solo camino factible, ¿no?

—¿Cuál? —La pregunta de Morrow era un ladrido.

Duncan se acercó a la ventana, levantó una cortinilla y señaló al pabellón.

—Allí…

Acto seguido, se arrojó contra el ventanal, bajando la cabeza y cerrando los hombros.

Un verdadero estallido de cristales atronó la noche, al tiempo que el cuerpo de Marty Duncan atravesaba la abertura, entre millones de fragmentos vidriosos, pulverizados por el rudo impacto de su cráneo contra la cristalera.

Scott iba a disparar su pistola, con un juramento, cuando Morrow saltó sobre su brazo frenéticamente, gritando:

—¡No! ¡Aún no! ¡Sólo en caso extremo, Mark! ¡Hay que cazarle sin ruido, va desarmado!

Corrieron juntos hacia la gran estrella de agudas puntas desiguales, abierta en el cristal por el cuerpo lanzado del atrevido agente federal. Ya una figura borrosa se incorporaba sobre la hierba bien cortada de los arriates, y corría hacia la edificación cuadrangular del anexo.

Maldiciendo entre dientes, Morrow ordenó a Scott:

—¡Síguele tú, avisa a Yakimo y no dispares si no es inevitable! ¡Yo voy a ordenar a Bettger que acabe con tu mujer en el acto!

Asintió Scott, lanzándose al jardín a través de la abertura del cristal.

Al mismo tiempo, Víctor Morrow llegó al teléfono, lo descolgó, marcando un solo número, perteneciente a la línea interior de la casa, y una voz ronca le preguntó al otro extremo del hilo. La orden de Morrow fue seca, rotunda y rígida:

—¡Matad a la chica! El falso Scott va para allá ahora. Matadle también, a ser posible sin ruido. Es un agente federal, Marty Duncan…

Colgó. Luego, empuñó con mayor fiereza su automática plana y se precipitó al jardín por la puerta corredera de cristales que conducía a los arriates. En el jardín sonaron dos disparos, que estremecieron la calma de la noche. Morrow juró entre dientes.

CAPÍTULO XII

Lanzóse en precipitada carrera hacia el pabellón anexo, pero de pronto se detuvo, inclinándose sobre algo que estaba caído en mitad del sendero de grava. Profirió una exclamación de rabia y decepción.

La chaquetilla blanca le dijo, antes de nada, quién era el hombre tendido en tierra. Luego, su rostro amarillento quedó revelado a la luz de las lejanas farolas del porche, con los almendrados ojillos vidriosos. Estaba muerto. Sobre el corazón, se le ensanchaban dos rojos rosetones. Yakimo había sido borrado de la lista.

Se irguió, tratando de buscar con la mirada a Mark Scott o a Marty Duncan. Ninguno de ellos era visible. Pronto se conmovería todo el señorial distrito de residencias con aquel tiroteo iniciado, que tendría su inevitable prolongación si Duncan seguía con vida.

Ahora oprimió desesperadamente la automática, lanzándose como una saeta hacia el pabellón. No se percibían ruidos dentro del mismo, lo cual era mal síntoma. Era posible que Violette hubiera sido sacrificada ya, pero era preciso que también lo fuera Duncan, o todo sería inútil, y el complicado proyecto llevado a cabo para hacer pasar por muerto a Mark Scott, mientras el verdadero se iba para ser útil a sus nuevos amos, lejos de los Estados Unidos, con nombre supuesto, sería tan inútil como peligroso para todos.

De pronto, la noche se encendió de fogonazos ante el pabellón. Por una de las ventanas brotaron disparos dirigidos a una sombra furtiva que trataba de asaltar el edificio, y que huyó en rápido zigzag, eludiendo el rosario de proyectiles que le buscaban.

Víctor Morrow sonrió ferozmente, con una demente crispación de odio y de furor en su rubicundo rostro, que tan bien sabía fingir la bondad y la simpatía. Alzó su automática, apuntando bien. Dentro de la casa, sonaban gritos de mujer, unidos al tiroteo de que era objeto el hombre agazapado fuera, que se veía obligado a

recular ante aquella red de fogonazos y plomo mortífero.

—Ha llegado tu hora, Duncan —dijo entre dientes Morrow, oprimiendo el gatillo de su automática por dos veces.

La sombra del atacante del pabellón se tambaleó, alcanzada mortalmente en la espalda. Después, dos nuevos disparos de la automática de Morrow, convertido ya en un furioso mecanismo de muerte, le hicieron girar sobre sí mismo aparatosamente, soltar su arma y derrumbarse de bruces ante el pabellón. El tiroteo cesó dentro del anexo, y Víctor Morrow avanzó hacia el edificio, sonriendo radiante.

—¡Eh, Scott, ven acá! —llamó hacia las sombras circundantes—. Ya está listo…

Nadie le respondió, pero estaba demasiado eufórico para inquietarse por ello. Corrió junto al caído, inclinóse, esbozando una sonrisa triunfal… sonrisa que se heló en sus labios al volver el cadáver cuyas espaldas acribillara a balazos él mismo.

Cumpliendo su destino, tal como se pretendiera hacer creer, Mark Scott, el verdadero Mark Scott, era quien había caído, muerto a tiros por la espalda…

—Suelte esa pistola, Morrow —dijo una voz fría, implacable, cerca de él.

Irguió la cabeza, asombrado, pretendiendo comprender lo que ocurría, sin lograrlo. Marty Duncan se erguía ante él, saliendo del pabellón, con una figurita pelirroja y estremecida de llanto bajo la protección de su brazo derecho, firmemente aferrado a sus hombros.

Rápido, Morrow trató de alzar la mano armada contra el enemigo. Pero Duncan era más rápido que él, y disparó una fracción de segundo antes, a la altura de su cadera, llevándose por los aires, de un certero balazo, el arma de Víctor Morrow, cuya mano se tiñó de rojo, mientras profería un grito de intenso dolor.

—La lucha ha terminado, amiguito —dijo duramente Duncan, sin conmoverse—. Vamos, Violette, deje de llorar… El peligro ha pasado ya. Es doloroso que le haga ver esto, pero necesita saber quién era el inductor de todo, el que deseaba su muerte a toda costa, el que ha de responder ante una Justicia más alta de sus crímenes e infamias. Mírele, Violette. Ninguno de nosotros tuvo que ponerle la mano encima. Su propio cómplice le mató, creyendo que

acababa conmigo…

Violette inclinóse hacia adelante, vio el rostro del hombre muerto a los pies de Morrow.

Un grito prolongado, angustioso y estremecido, brotó de sus labios al reconocerle. Gritó el nombre de Mark Scott, de su esposo verdadero, y luego se derrumbó en brazos de Marty Duncan, como ya ocurriera anteriormente en una ocasión bien diferente.

Del pabellón situado a espaldas de Marty Duncan, salieron dos hombres empuñando fusiles ametralladores que aún humeaban, y Víctor Morrow comprobó, asombrado, que ninguno de ellos era Bettger o Burke, sino dos desconocidos por completo.

—Morrow, le presento a mis compañeros, Doc Winslow y Art Muddle, del Servicio Federal de Investigación —dijo con irónica sonrisa Marty Duncan—. Iban siguiendo mis huellas desde que dejé la clínica, pero en algunas ocasiones las perdieron y, sin yo mismo saberlo, hice ir de cabeza a mis propios amigos. Al final recuperaron el rastro, al suponer quién era el informante de la policía, lo siguieron con su habitual astucia, y se dieron cuenta de que en ese pabellón había algo raro, procediendo a ocuparlo por sorpresa, antes de que partiera su orden de matar a Violette. ¡Poco se figuraba que estaba ordenando cometer un crimen, precisamente a dos agentes especiales del
F. B. I.,
Morrow! Sus amigos Bettger y Burke espía, bien empaquetaditos ahí dentro, y otro más no llegará a sentarse en la silla, porque el plomo ha sido más piadoso con él, como en el caso de Scott. Pero usted, Morrow, usted, cobarde asesino, traidor a su patria y a todo el mundo… ¡va a encontrar el justo castigo, y comparecerá ante un jurado que le enviará a la muerte sin cargos de conciencia!

Doc y Muddle se acercaron al abatido Morrow, tomándole cada uno por un brazo, y el comentario de Muddle, con acento plañidero, fue el más solemne de todos:

—Que Dios se apiade de tu alma, hermano…

Luego, se volvió a Marty Duncan y le dijo:

—Bueno, muchacho, tú te estás mereciendo unas buenas vacaciones ya… Vete con la chica a ver al inspector Grant. Encontrarás en Jefatura al agente especial Ned Barry, de Washington, a quién hicimos venir Doc y yo. Se preguntaba dónde

diablos andaría metido Marty Duncan, y ahora tendrá el cuadro completo. Seguramente te enviará después a descansar, que buena falta te hace.

Duncan sonrió, tomando entre sus fuertes brazos a Violette, y se encaminó a la salida de la residencia de Morrow, ante la cual sonaban ya las sirenas de los coches-patrulla atraídos por el tiroteo.

Marty se identificó ante los agentes, se hicieron cargo de Violette Scott, avisando una ambulancia para ella, y el agente federal partió hacia la Jefatura, para informar a sus jefes de la misión cumplida.

EPÍLOGO

Todas las células enemigas radicadas en Pennsylvania y otros centros industriales del país, fueron localizadas y destruidas sistemáticamente por el Servicio Especial del
F. B. I.
destinado a la Seguridad Nacional. Espías, saboteadores, informadores de toda laya, técnicos en destrucciones, averías y paralizaciones encaminadas a mermar el ritmo industrial del país, fueron capturados allí donde radicaban, siguiendo los informes extraídos a Víctor Morrow, a Bettger, Burke, Wermann y otros agentes detenidos en Pittsburg, por los agentes federales.

Desarticulado el vasto plan que, como una monstruosa tela de araña, envolvía la industria bélica, dispuesto a bloquearla lenta e implacablemente, bajo la dirección de cerebros tan agudos y despiadados como los de Morrow, Scott y otros, la tranquilidad volvió a la cuenca industrial de Pennsylvania, y se iniciaron los sensacionales procesos que culminarían en una serie de condenas, comprendidas entre la pena de muerte y los diez o quince años de prisión, para los encartados en el gran complot.

Marty Duncan, héroe casual de uno de los casos más sensacionales del «Federal Bureau of Investigation», fue felicitado por sus superiores de Washington, incluido el propio John Edgar Hoover, Director del
F. B. I.,
y recibió un permiso especial de un mes, para que se tomara unas merecidas vacaciones y recuperara, lenta y pacientemente, la normalidad total de sus recuerdos y consciencia.

Aquella soleada y alegre tarde, semanas después de la pesadilla terrible vivida en Pittsburg, Violette Scott, vestida con un severo traje negro, recibió la más grata de las visitas.

Al abrir la puerta, tras percibir el alegre campanilleo de llamada,

se encontró ante un hombre distinto, con deportivo atuendo, atlética complexión y rostro risueño, a pesar de las largas líneas que dejaban sus cicatrices, como un tributo a su labor callada y noble, al servicio de su Patria y de su condición de hombre del
F. B. I.

—¡Duncan! —exclamó, con un tono de alegría que casi había olvidado la muchacha.

Él sonrió, inclinándose, y al dejarle ella paso franco, entró en la casa, mirando en torno con cierta complacencia.

—Violette, espero no importunarle con mi visita… —empezó diciendo.

—¡Qué tontería, Duncan! —dijo ella, cuyo pálido rostro se había teñido de carmín—. Siempre será bien acogido en esta casa… que puede decirse fue suya algún tiempo. Muy poco.

—Por eso he regresado, Violette —bruscamente se volvió a ella, porque si no era así, con brusquedad, sin pensarlo siquiera, jamás se resolvería—. He vuelto a pedirle… a pedirte… si sería posible… que ésta fuera mía… para siempre…

—¡Duncan! —Ella respiró agitadamente, sin fuerzas para sostenerse. Se apoyó en un mueble—. Pero eso… ¿eso es solo… por compasión hacia lo que he sufrido?

—No, Violette. Te quise nada más conocerte. Fui feliz al creer que eras mi mujer, y sufrí más que nunca al saber la verdad. Hoy, que eres libre de nuevo y no debes fidelidad al recuerdo de un hombre que deseó tu muerte, y no supo amarte siquiera, te pido que aquella farsa sea cierta, que seas mi esposa. Que tú y esta casa, me pertenezcan para toda la vida, tal y como creí que ocurría, durante unas fugaces horas…

—Duncan… Duncan, yo… yo fui tan feliz aquellas pocas horas… creyendo tener al fin a mi lado al hombre digno de mi cariño… que parece imposible que tú… también…

Estalló en un ronco y prolongado sollozo, incapaz de seguir adelante. Entonces, Marty Duncan se adelantó a tomarla en sus brazos.

Porque sabía ya cuál era la respuesta de Violette.

Sabía, al fin, que la noche había quedado atrás. Que el sol salía para los dos.

FIN

Sam tuvo que rendirse ante la siniestra amenaza de una enorme automática que apuntaba directamente a su pecho En pocos minutos los acontecimientos le sacaban del sopor que le produjera la muerte de su esposa...



Este es uno de los emocionantes párrafos de la sensacional novela

Muerte bajo los focos

que ha escrito con su habitual maestría el gran

MARK HALLORAN

¡Quería retirarse del periodismo, y se vió envuelto en el asunto más siniestro y escabroso que jamás hubiera imaginado!

MUERTE BAJO LOS FOCOS

¡Un relato intrigante como pocos!

COLECCION SERVICIO SECRETO

lo publicará la próxima semana

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
618 — Matilde Redón Chirona
TRAS EL MISTERIO

COLEC. "MADREPERLA"
514 — Javier Catá
AMOR EN ROMA

COLECCION "ROSAURA"
458 — Rosa Alcázar
LA SEGUNDA MUJER

COLECCION "AMAPOLA"
345 — Jesús Navarro
AVENTURA

COLECCION "ALONDRA"
297 — Trini de Figueroa
CONDENA IRREMEDIABLE

COLECCION "CAMELIA"
239 — Clotilde Méndez
AL CAER DEL PEDESTAL

COLECCION "ORQUIDEA"
208 — Carlos de Santander
NO PUEDO CREER EN TI

COLECCION "CORAL"
87 — Corín Tellado
FRIVOLA

COLECCION "BISONTE"
539 — A. Rolcest
LUCHANDO CARA A CARA

COL. "SERVICIO SECRETO"
423 — Donald Curtis
ETERNA ES LA NOCHE

COLECCION "BUFALO"
256 — R. C. Lindsmall
LA MUERTE LLEGA AL RIO

COLECCION "CALIFORNIA"
103 — Rudy Linbale
UN PLOMO EN LA FRENTE

COLECCION "TEXAS"
124 — M. L. Estefanía
COSIDOS CON PLOMO

COLECCION "COLORADO"
48 — J. León
EL DESTINO DE UN JUGADOR

COLECCION "KANSAS"
14 — M. L. Estefanía
CAZADOR DE CUATREROS

Las obras más selectas, los autores más populares, la presentación más sugestiva, los hallará siempre en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Proyecto, 4 - Barcelona » Hipólito Irigoyen, 640 - Buenos Aires

Ted Astor ayudó a una linda muchacha que estaba siendo maltratada por unos pistoleros. Habían asesinado a su padre brutalmente, y Ted les hizo poner pies en polvorosa, acompañándola a lugar seguro y siguiendo luego su camino...



La venganza de la amazona

es el título de esta trepidante novela que ha escrito el conocido

A. ROLCEST

¡La obsesión y el objetivo de aquella muchacha eran, vengarse de los asesinos de su padre y... encontrar de nuevo a Ted Astor de quien se habían enamorado locamente!

La venganza de la amazona

Podrá leerla la próxima semana en la popular

COLECCION BISONTE EXTRA

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA

¡CUIDADO!

¿Ya vigila usted su salud?
¿Nota síntomas de cansancio inmotivado?
¿Le duelen a menudo las articulaciones?

¡La artritis es una terrible enfermedad!

El artrítico es un hombre que, tras continuos sufrimientos, puede quedar imposibilitado para la vida normal

¡EVITE USTED, Y CURE SI ES ARTRITICO EN PRINCIPIO, ESTA PELIGROSA DOLENCIA!

La popular

COLECCION IBIS

le ofrece un libro de extraordinario valor

ARTRITIS Y SENTIDO COMUN

Por el Dr. Dan Dale Alexander, Ph. D.

En él encontrará los consejos y fórmulas necesarias para evitar y curar el artritismo

Precio del ejemplar: 65 Pts.

Una exclusiva de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Barcelona

Aquel río le despertaba amargos recuerdos... y sin llegarlo a sospechar, su vida quedaría íntimamente ligada al "Ohío", en cuyas riberas yacía su esposo...



HORIZONTES DE VIOLENCIA

es la última de las creaciones del famosísimo

PETER DEBRY

¡La historia de Diana Burns, la mujer que con férrea voluntad e indomable carácter, logró que los despiadados hermanos Bertin reconocieran que no eran ellos solos, los únicos que podían vivir en aquellos lugares!

Horizontes de violencia

Una novela de intensa emoción, que podrá deleitarse leyendo la próxima semana en la insuperable

COLECCION BUFALO EXTRA

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 **BARCELONA**

Un libro maravilloso que no debe faltar en la biblioteca de ningún muchacho, es el que les ofrece esta semana la magnífica



COLECCION HISTORIAS

Los mejores cuentos del famoso HOFFMAN admirado tanto por la juventud como por los mayores, que resumidos en un sugestivo volumen, llevan por título:

CUENTOS FANTASTICOS

¡256 páginas de texto perfectamente compaginadas con más de 250 ilustraciones, lo que permite al lector seguir la trama de la obra como si se tratara de una película!

CUENTOS FANTASTICOS
de HOFFMAN

¡Un libro que no olvidará fácilmente!

¡RECUERDE!

COLECCION HISTORIAS

Precio de venta: 30 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Richard Widmark
Mai Zetterling



N.º 747 Formaron pareja en la película "Atraco en los nubes". Mai valiosa actriz del cine sueco fijó su residencia en Inglaterra. Richard nacido en Minnesota, triunfó apoteósicamente en su primer film: "El beso de la muerte".

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: $ 4'50

NOTAS

[1] Alude a un popular detective, creado por la escritora inglesa Agatha Christie. < <